

VIAJE

A LA

PATAGONIA AUSTRAL

(20 de octubre de 1876 a 8 de mayo de 1877)

POR

FRANCISCO P. MORENO

DOCTOR AD-HONOREM DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL-MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA - MIEMBRO ACADÉMICO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS FÍSICO-NATURALES DE BUENOS AIRES-MIEMBRO HONORARIO DEL CÍRCULO MÉDICO ARGENTINO-MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD ITALIANA DE ANTROPOLOGÍA Y ETNOLOGÍA-MIEMBRO CORRESPONSAL DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE PARÍS - DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA, ETNOLOGÍA, ETC., DE BERLÍN-DE LA SOCIEDAD REAL DE CIENCIAS DE LIÈGE - Y DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL.

• • • • •

SOCIEDAD DE ABOGADOS EDITORES
ADMINISTRADOR: ALDO DE ROSSO
SARMIENTO 1411
BUENOS AIRES



ES PROPIEDAD

DE LA

Municipalidad de Buenos Aires

Faltan los pas pag 160/167

Pst. 1841

DIRECCION DE BIBLIOTECA
PUBLICAS MUNICIPALES

MOR 15

Nº. ORDEN

16.844

18-L-7

Unidad

821.134.2(82)-992

VIAJE

A LA

PATAGONIA AUSTRAL

(20 de octubre de 1876 a 8 de mayo de 1877)

POR

FRANCISCO P. MORENO

DOCTOR AD-HONOREM DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL-MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA - MIEMBRO ACADÉMICO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS FÍSICO-NATURALES DE BUENOS AIRES-MIEMBRO HONORARIO DEL CÍRCULO MÉDICO ARGENTINO-MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD ITALIANA DE ANTROPOLOGÍA Y ETNOLOGÍA-MIEMBRO CORRESPONSAL DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA DE PARÍS - DE LA SOCIEDAD DE ANTROPOLOGÍA, ETNOLOGÍA, ETC., DE BERLÍN-DE LA SOCIEDAD REAL DE CIENCIAS DE LIÈGE - Y DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL.

• • • • •

SOCIEDAD DE ABOGADOS EDITORES
ADMINISTRADOR: ALDO DE ROSSO
SARMIENTO 1411
BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO Y CÍA.

AL LECTOR:

Este «diario» que contiene mis impresiones de viajero, no tiene pretensiones de ningún género. No espere, pues, el lector encontrar en él descripciones brillantes de los grandiosos panoramas que se desarrollan en las comarcas que he visitado, pues tengo la sinceridad suficiente para creer que semejante tarea es superior a mis fuerzas y que no debo tentarla.

La pintura de la naturaleza patagónica, unas veces terriblemente árida, otras lujosa hasta recordar el trópico, pero imponente siempre, tanto en sus habitantes como en sus áridas mesetas, en sus mantos volcánicos inmensos, en sus elevadas montañas nevadas, en sus volcanes, en sus lagos, en sus ríos, en sus torrentes, en sus bosques, necesita para ser fiel, la pluma de Humboldt o de Darwin. Simple admirador de esas tierras nuestras, poco visitadas, sólo aspiro a que con esta narración mis compatriotas puedan formarse una idea de lo que encierra esa gran porción de la patria, siempre denigrada por los que se contentan con mirarla mentalmente desde las bibliotecas.

Hácese necesario que sepamos con seguridad, con qué elementos puede contribuir Patagonia a la prosperidad de la República y esto sólo se puede conseguir conociendo su geografía y sus productos naturales. Hay que estudiar allí las condiciones geológicas y climatéricas, su geografía, sus producciones, y las ventajas que puede ofrecer para su colonización; todo por medio de investigaciones serias y minuciosas.

Mientras no se realiza esto, concuro a la obra común con esta relación, y como es indudable que la lectura de viajes aumenta el número de viajeros, desearía que ella contribuyera a que algunos de mis compatriotas visiten las regiones que describo.

No deben arredrarles las fatigas de un viaje que proporciona las indescriptibles emociones que suscita el espectáculo de lo desconocido, e impúlsolos a llevarlo a cabo, haciendo votos por que los colores patrios que dejé solitarios en el punto más lejano que alcanzara durante mi viaje, sean llevados más adelante por otros compatriotas, en provecho de la patria y de la ciencia.

Buenos Aires, Mayo 31 de 1879.

Francisco P. Moreno.

PRIMEROS ENSAYOS

Niño aún, la lectura de las aventuras de Marco Polo, de *Símbad el Marino*, de las relaciones de los misioneros de la China y del Japón, publicadas en los *Anales de Propaganda Fide*, hecha en alta voz en el refectorio del colegio, despertó en mí un vivo deseo de correr tierras. Y, más que todo, los cortos extractos que los diarios de entonces publicaban de los viajes y exploraciones de Livingstone, y de las expediciones enviadas en busca de Franklin, perdido entre los hielos del Norte, ejercieron en mi cerebro predispuesto un efecto singular e inexplicable y suscitaron en mi alma, un sentimiento de profunda admiración por esos mártires de la ciencia, y un vivo anhelo de seguir, en esfera más modesta, el ejemplo de tan atrevidas empresas.

Nuevas lecturas despertaron en mí afición por la Historia Natural, e influyeron a que me decidiera a formar un «Museo». El camino de Palermo fué puesto a contribución los días domingo, procurándome abundante acopio de cornalinas y jaspes mientras los empedrados de las calles suministraban magníficos ejemplares de otras rocas.

Algunas personas se dignaron aumentar la colección con los donativos siguientes, que consideraba adquisiciones importantísimas: dos vértebras caudales, fracturadas, de un *Glyptodon*; tres placas de la coraza del mismo animal; algunos insectos del Paraguay; un arco con seis flechas, arma de los indios del Chaco, y un famoso «Idolo de una pagoda China» figurón bautizado así por nos-

otros, y que era el crédito de nuestra colección, digo nuestra, porque entonces tenía de socios a mis dos hermanos, quienes me cedieron algún tiempo después su parte en ella. Ese ídolo era digno rival de un «Oso trabajado en márfil de morsa por los esquimales» de la misma y en alto grado dudosa autenticidad, y que mi primo y colega E. L. Holmberg guardaba con respeto casi religioso. Este era el objeto de mayor valor de su importante colección que entonces cabía, holgada, en una caja de madera, que antes de servir de salón de museo, había contenido una gorra de señora.

El Dr. Germán Burmeister, el sabio director del Museo Público, también tuvo la bondad de interesarse por nosotros, haciéndonos algunos regalos de minerales insignificantes, y sin darse por aludido, una vez que uno de mis hermanos le pidió inocentemente el magnífico brillante en bruto de la colección del Museo. Su bondad llegó hasta el punto de visitar repetidas veces lo que llamaba «mis colecciones», subiendo, inválido como es, los setenta empinados escalones de un mirador.

Llegada la época de la fiebre amarilla en 1871, durante mi permanencia en el campo, principió mi verdadera prosperidad. La laguna de Vitel y el arroyo del mismo nombre me suministraron riquezas paleontológicas, dignas de figurar hasta en los museos más ricos del mundo.

En 1872 el envío hecho por un amigo, residente en el Carmen de Patagones, de algunos objetos considerados muy importantes por personas competentes, me decidió a llevar a cabo mi primer viaje a la Patagonia.

Mi imaginación exaltada con la vista de esas adquisiciones, me prometía abundante cosecha en los arenales del Sur. Corto fué el viaje, pero provechoso. Los paraderos y cementerios cuya existencia había revelado Strobel, me suministraron

cráneos y objetos de piedra en número suficiente para poder formarme una idea del interés que ofrecía el estudio del indígena patagónico. Los primeros resultados de esa escursión, publicada merced a la buena voluntad del Profesor Broca, me dieron a conocer que había aún mucho que reunir allí para la historia antigua del hombre en América.

Había descubierto singulares formas craneanas que indicaban elementos étnicos distintos, puros y mezclados, esparcidos en un espacio muy limitado; sílices tan magníficamente trabajados que despiertan admiración por esos hombres primitivos, incultos y sepultados en la barbarie, pero dotados de un sentimiento artístico bastante adelantado.

Mi vocación estaba decidida: había descubierto un tesoro científico y era necesario explotarlo.

La gran cuestión del hombre fósil cuya existencia, aún no hace muchos años, era considerada como un mito, acababa de ser sometida a discusión por eminentes sabios, y los congresos y reuniones arqueológicas y antropológicas llamaban la atención del mundo entero.

Esos sabios habían entrevisto, hacía tiempo, para la humanidad, una antigüedad mayor que la que le asignaban las tradiciones bíblicas, y la ciencia escudriñaba impasible, en busca de la verdad, las capas geológicas formadas por los grandes cataclismos de la creación.

La cronología vulgar había sido desechada, y en cambio se concedía al hombre una edad tan considerable que no podía evaluarse por años ni por siglos y para la cual la época histórica era un segundo en la hora de los tiempos.

Los sílices rudamente tallados y la mandíbula humana, envuelta aún en el rojo sudario del diluvium de Moulin-Quignon, habían demostrado a

los asombrados pero rectos geólogos ingleses y franceses, la existencia del primitivo habitante que vivió allí en épocas ya perdidas en la oscuridad de las edades geológicas. Su revelación por el inmortal, pero modesto Boucher de Perthes, contestada por unos, aceptada por otros, había recibido la más brillante comprobación.

Las huellas de esa marcha progresiva a la perfección, efectuada por medio y a impulsos de la lucha por la existencia, estaban marcadas en las más apartadas y misteriosas soledades, por obras portentosas, hijas del espíritu humano.

Los gobiernos y corporaciones científicas, que de un siglo a esta parte, se habían apresurado a reunirlos en grandiosos templos, dieron entonces nueva actividad a las investigaciones en su busca.

El eco de ellas llegó a Buenos Aires, reforzado para mí, por los consejos alentadores del profesor Pablo Broca, uno de los sabios más modestos y eminentes de la Francia, que había consagrado su poderoso talento al engrandecimiento y a la divulgación de la nueva ciencia, la ANTROPOLOGÍA, que puede definirse como *Historia de la formación y evolución del hombre*.

Desde entonces, mi mayor anhelo fué contribuir con mi humilde concurso a esos adelantos. Fruto de mis tareas ha sido la colección que he formado y que he tenido la honra de donar para fundar «El Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires», del que soy director.

Para mí, el suelo austral, árido y triste, tenía grandes atractivos después de mi primer visita.

No bastaba estudiar las generaciones extinguidas que el tiempo había sepultado en el litoral marítimo patagónico. Era necesario compararlas con las tribus que las sucedieron en la posesión del territorio y al efecto debía visitarlos en persona. Vivir con los indígenas en sus mismos reales

y recoger allí los datos buscados, vale mucho más que leer todas las relaciones de cronistas, que generalmente no son abundantes de verdad.

Otro motivo que me impulsaba a viajar en el interior de la Patagonia, era la escasez de conocimientos que tenemos sobre su geología y geografía.

Quizás donde las cartas geográficas presentan grandes claros, existían nuevos ríos, lagos y montañas que las completarían y modificarían al mismo tiempo, y la atracción de lo desconocido me arrastraba a buscarlos.

Por ese tiempo, a mediados de 1874, el gobierno nacional resolvió enviar a Santa Cruz el bergantín goleta *Rosales* comandado por D. Martín Guerrero y con consentimiento oficial me embarqué en él en compañía del Dr. Carlos Berg.

Salimos en agosto y regresamos a fines de diciembre. En los cuatro meses que duró la excursión, visitamos dos veces el Cármen y una la bahía Santa Cruz, donde nos detuvimos menos tiempo del que pensábamos, pues nuestras intenciones eran ascender el río hasta sus nacientes. Motivos que no es este el lugar de enunciar, nos impidieron llevar a cabo nuestro programa en esa parte. Las dos visitas al Río Negro dieron por cosecha ochenta cráneos de indígenas antiguos, más de quinientas puntas de flechas, trabajadas en piedra, muchos otros objetos y algunos cráneos y utensilios de los actuales.

Los acontecimientos políticos que tuvieron lugar en ese año influyeron para que ese viaje no fuera más prolongado y provechoso; sin embargo, había conseguido entenderme con algunos indios sometidos a la autoridad nacional y había entrevisto la posibilidad de efectuar un viaje a través de la Patagonia. Allí encontraría lo que buscaba.

De vuelta a Buenos Aires, mi nuevo programa

era seguir el ejemplo de Villarino, Cox y Musters y visitar los celebrados manzanares y pinares de los Andes.

Este programa fué aceptado por la Sociedad Científica Argentina y el gobierno de la provincia, que costearon la mayor parte de los gastos de viaje.

Si ese viaje no realizó todas mis esperanzas, no fué por falta de voluntad: encontré las tribus andinas hostiles y tuve que retroceder desde la Cordillera.

Verificada la excursión a la Patagonia Setentrional por tierra desde Buenos Aires, iniciéme en el arte de viajar en las pampas, acostumbrándome a las fatigas inherentes, y de allí resolví la exploración del río Santa Cruz que trato en los capítulos siguientes de describir en extenso.

PREPARATIVOS — PARTIDA — LLEGADA AL CHUBUT

El pensamiento de efectuar el reconocimiento del río Santa Cruz, fué aprobado por el presidente de la república, (1) quien, por medio del ministerio de relaciones exteriores, (2) puso a mi disposición la mayor parte de los elementos necesarios.

Desgraciadamente, la falta de práctica que aun tenemos para esta clase de viajes, raros entre nosotros, impidió que obtuviera todo lo que juzgaba necesario para llevarlo a cabo con buen resultado.

La goleta «Santa Cruz» estaba pronta a zarpar para el punto de su nombre, y en ella me embarqué el 20 de octubre de 1876. A bordo me esperaban los dos marineros que había solicitado del gobierno y un grumete que el capitán del puerto había destinado para mi servicio personal durante el tiempo que empleara en la exploración.

Las provisiones y el bote que debían servir para la navegación del río, habían sido ya embarcados; pero las primeras, quizás por error, eran sumamente reducidas y desproporcionadas para el número de personas que habían de acompañarme, y el segundo demasiado grande y pesado. Además, uno de los dos marineros se hallaba enfermo.

En esas condiciones, el viaje, desde su principio, presentaba graves dificultades, pero no era ya

(1) Don Nicolás Avellaneda.

(2) Don Bernardo de Irigoyen.

tiempo de pensar en allanarlas. El buque había demorado más de lo necesario en el puerto, y le urgía a su capitán hacerse a la mar.

A las doce de ese día levó anclas la «Santa Cruz».

Pocas veces el Plata estuvo más sereno; la calma era casi completa, y ésta, que hace la delicia de los pasajeros de un vapor, desespera y fastidia en un buque de vela, sobre todo a la salida de puerto. El viento escaso apenas movía las velas y recién a la noche fondeamos frente a Quilmes.

El buque, de solo cien toneladas, ofrecía pocas comodidades, pero en cambio llevaba buenos compañeros de viaje, el señor Juan Richmond y el capitán Luis Piedrabuena, quien, a cada momento, me suministraba curiosos datos sobre las tierras australes, que él había adquirido en su vida azarosa de marino.

Algún día se escribirá la biografía de este bravo y modesto compatriota. Su nombre se halla estampado en las relaciones de viaje que de 20 años a esta parte se han publicado, tratando de las costas patagónicas.

Malos vientos y otros contratiempos nos detuvieron a la salida del río de la Plata y recién el día 6 de noviembre pasamos Punta Médanos.

Marchábamos con lentitud y el buque, poco caminador por su pesada construcción, era escoltado de cuando en cuando por multitud de juguetonas *Pontoporias* y lobos marinos.

En la tarde divisamos, entre la monótona línea que forman los médanos, el pueblo de la Lobería, y luego, el elevado Cabo Corrientes.

La marejada era allí grande y una línea blanca de espuma nos señaló las rocas, que desde Punta Mogotes, se adelantan por cinco millas en el mar y que son reveladas al marino, que se acerca de-

masiado durante la noche, por el ruido de las olas al estrellarse contra ellas.

En esa noche, grandioso espectáculo ofrecióse a nuestras miradas. La brisa suave y favorable del Norte nos empujaba a rumbo. El cielo despejado de nubes revelaba su inmenso tesoro, como reflejo de las riquezas soñadas de los cuentos árabes, en la vía láctea y en las bellas nebulosas que llevan el nombre del inmortal Magallanes. El océano agitado por vientos anteriores, que ya habían calmado, hacía también ostentación de sus riquezas, que rivalizaban con la belleza del cielo ante la vista extasiada de los que contemplábamos esas maravillas. Las olas parecían inflamadas y los grandes cetáceos que cruzaban rápidos las aguas del buque o seguían su estela luminosa, bañados en fósforo líquido, se nos presentaban a la imaginación como fantásticos monstruos con melenas de fuego, entre los cuales se deslizaba la goleta, levantando con la proa verdadera lluvia de diamantes.

La palabra es impotente para describir ese espléndido fenómeno, que siempre dará abundante alimento a la fantasía insaciable de los poetas, y cuyas causas, aún no hace muchos años, eran esplicadas de maneras estravagantes.

El día 7. a las doce, la observación astronómica mostró que nos encontrábamos en latitud 38° 17. Muchas palomas del Cabo y otros pájaros volaban en torno del buque y mi asistente Tiola, encontraba distracción en cazarlos con un alfiler torcido en forma de anzuelo. El buque roló durante esa noche como nunca; y el movimiento y el ruido del agua, al quebrarse en los costados, me mantuvo desvelado.

La responsabilidad de llevar a cabo una empresa, quizás superior a mis fuerzas, con pocos elementos, y que según las personas prácticas de a bordo estaban lejos de ser suficientes, contribuía

también a ello. Los dos marineros estaban enfermos; el correntino Francisco Gómez, nunca había navegado en el mar, y Pedro Gómez, negro nacido bajo los trópicos, perezoso por naturaleza, muy pocas esperanzas daba de prestar los servicios que de él esperaba.

Francisco, impotente contra el mareo que le tenía postrado, prometía cumplir en tierra con su deber, y este hombre paciente y trabajador como todos sus paisanos, fué más tarde uno de los que más contribuyeron a que la expedición tuviera feliz resultado.

Esos dos hombres debían tripular el bote de ocho remos (yo había solicitado de cuatro), que serviría para efectuar la exploración del Santa Cruz, cuyo porvenir dependía de la manera cómo ellos se condujeran.

Los trabajos que experimentó Fitz-Roy cuando en 1834 tentó igual cosa, me eran bien conocidos. En botes en extremo livianos, tripulados por 25 hombres elegidos, no había alcanzado buen éxito, y yo no lo esperaba mejor.

A bordo, embarcado en calidad de contramaestre, iba Francisco Estrella, práctico del río de la Plata, que había deseado viajar con Piedrabuena, cuyo arrojo en el mar lo ha hecho popular entre nuestros marinos. Deseaba visitar tierras nuevas y mi expedición le proporcionaba buena ocasión. En las horas de cuarto, conversábamos sobre los parajes que debía visitar en el trayecto y de las dificultades con que ya tropezaba, y poco me costó para que prometiera acompañarme.

A la altura de la península de Valdés, la mar estaba muy agitada por las corrientes que nos impelían hacia el Norte.

Las corrientes encontradas, que las mareas y los vientos ocasionan en el golfo San Matías y las inmediaciones de la península Valdés, son temidas

con razón por los marinos que frecuentan esas costas. Desde lejos se divisan líneas blancas formadas por el choque de las olas del mar, siempre inquietas, y el ruido del remolino que hierve, hace estremecer a los que no están habituados a ese espectáculo.

El paraje en que nos encontrábamos era la Punta Norte, donde esos terribles remolinos son más peligrosos. Picdrabuena, en épocas anteriores, había perdido el palo mayor de su buque que fué arrastrado por uno de ellos, y en ese mismo punto, cerca de Valdés Creek que teníamos a la vista, en una noche de tempestad que hacía más veloces esas corrientes, se perdía, en 1874, la barca americana «Mary A. Packer», hermoso buque de 700 toneladas, parte de cuya tripulación recogimos el 11 de noviembre de ese año a bordo del «Rosales», cuando mi primer viaje a Santa Cruz.

La brisa que el capitán esperaba, llegó, y la «Santa Cruz», costeano las elevadas barrancas a pique de la península, cubiertas de médanos, que alumbrados por los rayos solares muy calientes ese día presentaban un aspecto triste aunque pintoresco, dobló Punta Delgada con intenciones de entrar en Bahía Nueva, mas el viento calmó de pronto, luego tornó al Norte poniéndose de proa, encrespando las aguas que con la marea corrían veloces en dirección opuesta para entrar al golfo. Pasamos de largo cerca de la Punta Nueva y Punta Ninfas que semejan gigantescas fortificaciones, y, cortando con la proa del buque, inmensos camalotes de la alga más gigantesca que existe, la *Macrocystis patagonica*, nos dirigimos al Chubut. Esa alga lleva entre sus hojas y raíces un pequeño mundo animal, del cual se alimentaban las innumerables gaviotas que blanqueaban su superficie y que al pasar nosotros cubrían el cielo con sus albas alas.

A tres millas de la costa se arrojó el ancla y el buque durmió tranquilo después de varios días de movimiento continuo; las elevadas murallas terciarias del «Promontorio del Norte» a cuyo abrigo habíamos fondeado, se destacaban sombrías y esa noche descansamos tranquilos escuchando el chillido del timón en los suaves balances, y los soplidos de algunos negros cetáceos que jugueteaban alrededor nuestro, sin ponerse al alcance del arpón, siempre listo en la proa.

El día siguiente amaneció con viento contrario, pero, bordejeando, nos acercamos a la Bahía Engaño, donde desagua el río Chubut. Fondeamos en ocho brazas, en fondo de rocas firmes y cascajo rodado, pero no pudimos bajar a tierra por la marea en contra y la fuerte marejada. La draga procuró varios interesantes moluscos, crustáceos, anélidas, etc. Durante la noche, hubo que levantar el ancla nuevamente y salir mar afuera, a causa del viento fuerte del naciente. La titulada bahía es una costa abierta, sin resguardos para los vientos de afuera que, cuando soplan recio, contribuyen con las corrientes a poner los buques en peligro. Los de tierra, son los únicos que permiten fondear con alguna seguridad a los buques que por su mucho calado no pueden resguardarse dentro del río y que se exponen a permanecer cruzando un mes en las inmediaciones, desde Punta Atlas hasta Bahía Nueva, sin poder poner en tierra su cargamento.

El día quince amaneció favorable y pudimos acercarnos al río Chubut. Este figura definitivamente en la geografía de Patagonia, desde el 24 de febrero de 1833, en cuya fecha, el teniente Wickham, de la expedición de Fitz-Roy, penetró en él, a bordo de la lancha «La Liebre».

En la costa fuimos bien recibidos por el Sr. Antonio Oneto, comisario nacional y administrador

de la colonia, y que luego que supo el objeto que me llevaba, puso a mi disposición su casa y su mesa y me proporcionó inmediatamente caballos con qué llegar al pueblito, situado a cuatro millas de la desembocadura.

La vegetación es pobre relativamente, y los arbustos espinosos que crecen decrepitos entre los cascajos y los innumerables moluscos destruidos que blanquean el suelo, signo evidente del levantamiento de la costa, predisponen mal el ánimo del recién llegado, que encuentra, en ese paraje árido, la corroboración de la fama inhospitalaria de las tierras patagónicas. Pero esa primera y desagradable impresión, se disipa después de cruzar los primeros médanos, y tórñase placentera pasada una milla, donde el cascajo y la arena movediza e incómoda desaparecen: se presentan pequeños retazos de pastos fuertes y la vegetación es más uniforme, predominando ya las gramíneas, entre otras, la preciosa cortadera.

En las inmediaciones de la aldea principian los trigales y se ven diminutas huertas, con legumbres y pequeños alfalfares; y algunos pocos álamos plantados por los colonos y sauces de los que, antes de la venida de éstos, adornaban las orillas del río, alegran el punto poco pintoresco, donde se levantan los escasos edificios de Tre-Rawson. El nombre de este pueblo ha sido dado en honor del Dr. Guillermo Rawson, quién, siendo ministro del interior, decretó la formación de la colonia. Fué fundado el 28 de julio de 1865, y se halla situado en la margen izquierda del río. Propiamente, no se le puede llamar pueblo, pues sólo consiste en una pequeña agrupación de 15 ó 20 casuchas, la mayor parte construídas de adobe crudo.

Setecientos individuos de ambos sexos, forman la colonia y ese número está dividido en 509 galenses adultos, 35 adultos de varias nacionalidades y 156

argentinos, de los que 150 son nacidos en la colonia y sólo 6 adultos. No carece, pues, de fundamento, la afirmación que ya se ha hecho varias veces, de que la colonia se componía, exclusivamente, de habitantes del país de Gales. Esos 700 habitantes se hallan esparcidos en 120 casas, más o menos, en una extensión de 20 millas de Este a Oeste, en el valle y a orillas del río. Además de Tre-Rawson, hay otro grupo de casas en Gaiman (Piedra Blanca) a la entrada del valle superior. En ese punto, las habitaciones son más cómodas y están construídas, en su mayor parte, de arenisca endurecida, que se obtiene de la meseta inmediata.

Si no hubiera sido por los auxilios del gobierno, que algunos han tratado de hacer creer que no pasaban de promesas, la existencia de la colonia galense hubiera sido de pequeñísima duración.

Basta saber que de los 509 colonos galenses, menos de la décima parte han sido agricultores en el país de su nacimiento, donde casi todos han tenido ocupaciones de un orden distinto, como ser trabajadores en las minas de carbón, picapedreros, etc.

Felizmente, los colonos que llegaron desde 1875, son más aptos que los antiguos y la comunicación que se hace con más frecuencia, entre Buenos Aires y ese punto, junto con la mensura definitiva de los terrenos y el establecimiento de la comisaría nacional, que distribuye raciones y semillas, han dado gran impulso a la actividad de la población.

Todo el terreno cultivable o de sembradío, no alcanza a 15.000 hectáreas en el valle. Por esto es que la colonia jamás alcanzará el desarrollo que aguarda a muchas de las establecidas en otros parajes de la República Argentina.

Sin embargo, creo que con algunos trabajos en el cauce del río, y haciendo acequias que lleven las aguas hasta regar los plantíos, como ya lo han

hecho algunos colonos industriales, las cosechas serán más aseguradas. Deben asimismo, en vez de destruir los pocos árboles con que la naturaleza ha adornado esos parajes, hacer plantaciones de otros, tales como *eucalyptus*, algunos coníferos, álamos y sauces, que si bien no es cierto que su influencia en el cambio de las condiciones meteorológicas sea muy grande, proporcionarán maderas para construcción, que hoy tienen que conducirse desde Buenos Aires, o del Estrecho de Magallanes e Isla de los Estados.

Abrigo la convicción de que, si la colonia del Chubut, en las actuales condiciones, no tiene gran porvenir ni vida propia, cuando se estudie el territorio comprendido entre el río Negro y el Chubut y la inmigración haya llevado la vida a los vastos valles del occidente hasta los Andes, su importancia será grande y será la válvula de desahogo de esas extensas comarcas.

EXCURSION A LA MESETA NORTE — TUMBAS INDIAS

Un viajero halla siempre múltiples atractivos en los parajes que visita, por mal que los haya dotado la naturaleza; y su curiosidad no deja de encontrar incentivos, sea cual fuere el carácter de las comarcas que recorra, desde los hielos paleocrísticos del polo, hasta los pantanos miasmáticos del Africa con su calor sofocante. Cediendo a ese impulso, y a pesar de los muy reducidos recursos de que disponía y de la falta de seguridad sobre el tiempo que debía demorar el buque, lo que no me permitía internarme a largas distancias, no pude menos de hacer un paseo a la meseta que limita por el norte el valle.

Muy triste me hubiera sido abandonar el Chubut, sin haber tentado siquiera, el inquirir lo que escudado por esa monotonía poco halagadora, guardaba en sus soledades aquel lecho de mar antiguo, levantado por las fuerzas que desde su interior diseñan y cambian continuamente la fisonomía externa del globo.

Después de tocar con mil dificultades para procurarnos caballos, tan escasos allí, salí una mañana en compañía de los señores J. M. Thomas y Berwin con rumbo a cruzar el valle. Este, muy desigual, estaba cubierto por pequeñas lagunas secas o bañados antiguos, limitados por albardones matizados de arbustos espinosos. En su suelo blanquiceo, relumbraban numerosos fragmentos de sílices, a que los indígenas ya extinguidos, antiguos habi-

tantes de esos puntos elevados, habían dado la forma de puntas de flechas.

Inclinándonos al Este, divisamos una inmensa sábana salina, que inutiliza gran extensión del valle y que se denomina Laguna de Chiquichano, nombre del cacique de los quirquinchos, tribu-pampa. A la sazón estaba seca, su suelo era blando, muy suelto, hasta hundirse en él el caballo, y contenía eflorescencias salinas a las que el sol comunica una reverberación que daña la vista.

Cruzamos la laguna, con gran fatiga de los caballos, y alcanzamos el pie de la meseta, a tiempo que se acercaba un chubasco, que, apenas llegados a la cumbre plana, descargó sobre nosotros. Resguardados detrás de unas matas, con la cabeza protegida por las caronas del recado contra el granizo grueso que podía herirnos, almorzamos un pedazo de pan y manteca. El viento frío nos helaba, mojados como estábamos por la lluvia.

Un matorral de *Colletias* resinosas, que encendimos, nos volvió el calor necesario para continuar viaje. Estas plantas, verdes y mojadas, arden con facilidad.

Hasta la tarde continuó desagradable el tiempo. A intervalos, él aparecía o la lluvia arreciaba; nuestro camino se hacía en extremo tortuoso y el fuerte viento impedía observar en la pequeña aguja, la dirección que seguíamos.

La planicie, entre la niebla de la lluvia y la bruma que, al reaparecer el sol, se levantaba, ocasionada por la evaporación, cuyo proceso se hace con gran rapidez, en las tierras altas, se extendía llana, limitada al oeste y norte por el escalón de la segunda meseta. Sólo algunos guanacos viejos, rumiaban impasibles las escasas gramíneas, acostumbrados ya, y veteranos de las inclemencias de las estepas; otros más jóvenes, con sus largos cuellos cómicamente estirados y agachados, sus cabe-

zas en rueda, se prestaban protección mutua esperando la calma, al reparo de algún gran incienso.

El desierto patagónico, hubiérase dicho abandonado por los dones de la naturaleza desde el último tiempo geológico. La capa aluvional moderna que llamamos *humus*, no lo cubre ni fertiliza en ninguna parte.

A la caída del día, ascendimos el segundo escalón, elevado de doscientos pies sobre el primero, al que la influencia colectiva del levantamiento y la erosión, han dado un aspecto de grada ruinosa pero soberbia. La misma vista y el mismo carácter monótono, sólo interrumpido a lo lejos por algunos pequeños cerros aislados, restos quizás de mesetas que el agua en cientos de siglos ha gastado y que se elevan solitarios, como grandes formas truncadas, semejando gigantescos Teocalis mejicanos.

En una suave hondonada, guarecida del viento, encontramos un buen retazo de pasto dorado, y resolvimos hacer allí noche. No nos había sido dado encontrar agua: la lluvia había sido duradera, pero era tal la sed de la estepa, que toda la había absorbido. Los pobres caballos hubieron de contentarse con el duro pasto y nosotros con un fragmento de pan negro y queso. Sin embargo, no podíamos quejarnos; después de ese día desagradable, la tarde presentábase espléndida, iluminada por los rayos solares oblicuos que daban largas sombras y matices oscuros a los matorrales.

Tan bello espectáculo no duró largo tiempo; el horizonte oscurecióse rápidamente al sudeste y pronto los característicos chubascos se sucedieron sin interrupción, apagaron nuestra hoguera y apenas pudimos gozar de algún sueño, envueltos en los quillangos.

La noche del 27 de noviembre pasóse así, y habiendo amanecido el día siguiente claro y despe-

jado, prometiendo buena continuación de viaje, ensillamos y nos dirigimos a las elevaciones citadas.

Entramos en un terreno más ondulado que de costumbre; la vegetación era más robusta y el pasto abundante, por lo que dimos un pequeño descanso a los caballos, para prepararlos a ascender un cerrito de aspecto extraño, que a la distancia de una milla al oeste, se divisaba. Llegados a él, vimos que las rocas que lo formaban, no eran del terciario, sino más antiguas, alteradas por acciones plutónicas; eran rocas metamórficas no denunciadas aún en esos parajes, y por consiguiente, un descubrimiento de gran importancia.

Las planicies terciarias desaparecían allí, para dar lugar a una formación de diverso origen.

En la cumbre del cerro nos aguardaba una sorpresa.

Elevábase del suelo un montón de piedras y ramas secas, de un metro y medio de altura, que parecía haber sido arreglado hacía largo tiempo, y entre cuyas juntas blanqueaban restos humanos. Era un cairn funerario.

Ya en mi viaje a Nahuel-Huapí había visto esos modestos monumentos que el respeto y la amistad a más de la costumbre, han elevado, en forma de pirámide de piedras sueltas, sobre los restos y para recuerdo de los que allí murieron. En Choconyegu, a inmediaciones de Limay, pasé junto a nueve tumbas de esa clase, atribuidas por mis compañeros indígenas a una familia Mapuche (gentes de los campos), que según ellos, habían muerto de frío, a causa de haberles arrebatado los caballos los Picunches (gentes del norte) durante la noche.

Los indios, al pasar por ese punto, colocaban antes, sobre las tumbas, una piedra que aumentaba la altura u ocupaba el sitio de las que el tiempo desmorona; luego se contentaron con cortar ramas

de los arbustos cercanos y ponerlas sobre las piedras, y ya en el momento de mi viaje, se limitaban a depositar, respetuosamente, y en silencio, ramitas pequeñas e hilos de los ponchos desflecados por las espinas.

Ni a la ida ni a la vuelta, pude registrar esas tumbas, de las que, de todas maneras, no me hubiera sido dado sacar provecho alguno, pues a haber intentado recoger los despojos que encerraban, enviáranme mis guías a hacerles compañía.

En la meseta alta del Chubut, era caso distinto, y pude extraer siete cráneos y algunos fémures, sintiendo que el mal estado de los caballos no permitiese llevar todos los huesos. Semejantes monumentos fúnebres no son raros en Patagonia; en las costas del mar los viajeros hanlos mencionado repetidas veces, y Cox señala uno de ellos en un paso de la cordillera. En el interior los he visto, y el Sr. Dournford que últimamente ha seguido el curso del Chubut en una gran extensión, ha encontrado más de diez de ellos, aunque sin poder reconocerlos, ni obtener un solo cráneo, como ha sucedido con los otros descubridores.

Esos cairnes están formados de piedras amontonadas, que rodean y cubren los restos humanos, colocados al parecer, sobre un piso artificial de piedras planas; el más elevado que conozeo, mide cerca de tres metros, y algunas piedras de las que los forman, pesan de cuarenta a cincuenta kilogramos.

Las Chulpas de los antiguos bolivianos, más civilizados que dichas tribus, no son sino un simple perfeccionamiento del cairn patagón; digo patagón, porque me ocupo ahora de Patagonia; pero es bien sabido que ese modo de perpetuar el sitio de una tumba, es casi universal, en los tiempos y en las razas primitivas. En Europa, Asia, Africa y América, ha sido empleado; Livingstone men-

ciona los cairnes en su último viaje y aún los noruegos y corsos, tienen respeto por ellos y les colocan piedras y ramas.

El humilde cairn, levantado sobre la cumbre de los cerros, y habitado por las aves de rapiña, es fruto de la misma idea que ha elevado las gigantes cas tumbas de la India, las pirámides de Egipto y los ciclópeos monumentos funerarios de Bolivia, Perú y México.

Ese cairn domina una región completamente distinta de la que habíamos dejado atrás: un valle profundo o mejor dicho, un gran bajo, situado al pie del cerro en que nos encontrábamos, se extiende hacia el N. E. hasta una larga distancia. En el centro levántanse rocas rojizas de aspecto abrupto, que quiebran la igualdad del paisaje, pero de tan escasa altura, que apenas llegaban al nivel de las mesetas, no sobresaliendo de ellas para alterar en lo mínimo su triste horizonte.

Algunas matas de incienso brindaban su sombra humilde, y a ella nos acogimos durante la siesta, mientras el fuerte sol de medio día reflejaba sus rayos como en espejo, en las grandes lajas de yeso, de que estaba sembrado el suelo. Animaba el paisaje, la presencia de algunos guanacos que relinchaban sobre las rocas, y mostraban sus elegantes y curiosas cabezas entre las grietas de las pequeñas cavernas, que semejan burbujas gigantes cas, que dejara, al solidificarse, el líquido ígneo. Capas de tufas de colores suaves, que alternan del blanco al amarillo y rosado, veíanse al pie de los cerros, y embellecían el aspecto caótico de aquel fragmento de la tierra.

El fenómeno del espejismo se reproducía a esa hora, y los mirajes surgían del horizonte imitando inmensos bosques que en vano se buscaría. En la planicie, al oeste de los cerros rojos, el bañado cargado de sales cristalizadas, representaba una

extensa plaza de cristal, en cuyo centro, los fragmentos aislados del pórfido, adquirirían proporciones gigantescas imitando arcos de triunfo y enormes monolitos macizos de figuras extravagantes.

Nada más monótono que la hora del medio día en aquellas regiones: los rayos de un sol ardiente caen a plomo del cielo sofocado de nubes; sólo el modesto ruido peculiar del tucu-tucu, que se escucha a intervalos desde el fondo de su cueva, cavada preferentemente en el suelo blando, cerca del agua, interrumpe durante las horas de la siesta, el silencio y la quietud.

El viajero no puede sacudir la pereza y laxitud que le asaltan, y esa influencia no desaparece hasta que el sol declina y llega el aire fresco de la tarde, que despeja el cerebro, sacándolo de su abatimiento.

Subiendo la meseta que frente al paradero mostraba sus barrancas perpendiculares y su estratificación horizontal característica, y caminando dos días al-oeste, se llega a esas montañas, a cuya pie se halla la laguna *Getalaik* (quizás corrupción de *Fctalafquen*, que en araucano significa *Laguna Grande*), que es alimentada por las nieves de los cerros que llegan a ella por un arroyuelo situado poco más al norte. La naturaleza parece que ha prodigado a esas montañas los favores que ha negado a la meseta: allí, según los indios y por las muestras que ellos han traído, abundan los metales.

Pero en medio de esa fertilidad, hay planicies engañosas situadas en valles, en los que la actividad volcánica continúa en acción. Ese "país del diablo", como me lo han señalado algunos indios, lo ha visitado Musters; su suelo es caliente, haciendo un agujero, la tierra parece estar encendida y el calor quema el pelo de las patas de los caballos. Al perforar éstas, la costra amarillenta de la superficie, muestran un subsuelo negro, en el

que, aunque en combustión, no se ven llamas, pero de donde se eleva un vapor suave. Las fuentes calientes abundan; hay grandes pozos hasta de seis pies de diámetro donde hierve el agua, y sé de parajes donde el agua surgente lanza chorros a cuatro metros de altura, que son probablemente Geysers en el centro de Patagonia. Gran parte de esa región es aún misterio no desvelado por europeos; los indios, poseídos por un terror supersticioso, no se atreven a penetrar en ella, y quizás contenga riquezas explotables con provecho, en las substancias que la acción de los volcanes produce.

Al día siguiente, veintinueve, emprendimos, apurados por la necesidad, el regreso a la colonia, siguiendo el bajo hacia el sur. Caminamos por un bañado salitroso, surcado por pequeños zanjones, sumamente pantanosos, donde, entre los grandes claros sin vegetación, se veían de cuando en cuando algunas matas de incienso y muchos guanacos que, por la refracción atmosférica, aparecían gigantes, como elevadas jirafas, recordando involuntariamente a los rumiantes de las épocas perdidas. Concluído el bajo, ascendimos la meseta, donde esperábamos cazar algunas liebres para nuestro alimento. Este animal tan lindo como el europeo, pero menos ligero, sólo se encuentra bien en ese desierto, que su mayor enemigo, el indio, poco frecuente. Veíamoslas en tropas de veinte o más, unos momentos atentas, sobrecogidas de terror, paradas todas al mismo tiempo, para escuchar el ruido sospechoso que su timidez y su fino oído les revelan desde lejos, y luego corriendo veloces a grandes saltos en línea recta, para escapar de nuestros caballos cansados. No sé si por lo mismo que para el zorro de la fábula, las uvas estaban verdes, las liebres nos parecieron flacas y nos contentamos con verlas desaparecer entre los matorrales y esconderse en sus cuevas.

A la caída de la tarde, bajamos entre cañadones, cuyas pendientes desnudas de vegetación mostraban escrita la formación geológica del terreno. Recogí algunos fósiles marinos. Ya avanzada la noche, llegamos a una de las casas de Gaiman, donde pedimos hospitalidad; al día siguiente cruzamos el río en la angostura que divide ambos valles, y tres horas más tarde entraba en la comisaría, contento de la corta, pero provechosa excursión, con las maletas cargadas de cráneos, rocas y fósiles y con un vivo deseo de emprender otra.

El aviso de Piedrabuena de que estuviera pronto a embarcarme a la primera señal, me obligó a completar lo más ligero posible, las colecciones sobre todo, las de antropología, que figuraban en primera línea en mi programa, y que hasta entonces sólo se componían de los objetos recogidos en los albardones del valle ya mencionado, en otros puntos y en el cerro del Cairo, y que dejaban mucho que desear en cuanto a restos de los indios que de cuando en cuando visitan el Chubut.

Cerca de la comisaría está situado el cementerio de la colonia y en él había sido inhumado mi amigo Sam Slick, buen tehuelche, hijo del cacique Casimiro Biguá. Conocí a ese indio en mi viaje anterior a Santa Cruz; había sido herido en uno de los frecuentes combates que tienen los patagones cuando el aguardiente los excita y le encontré refugiado en los galpones de la colonia Roucaud, donde había sido socorrido por Lacalaca, a quien tanto estiman los indígenas. Nuestra llegada en el "Rosales" a ese punto, fué motivo de gozo para el buen Sam, por los regalos y los *ponches* con que lo obsequiábamos y que realizaba uno de sus mayores deseos, al probar esa bebida que había oído ponderar en Malvinas, paraje que conocía por haber sido llevado a él por Piedrabuena. Su contento rayaba en entusiasmo cuando le embarcábamos de vez en cuando en el bote, le dejábamos mane-

jar el timón, y escuchar el tambor y el pífano a bordo del bergantín.

Consintió en que hiciéramos su fotografía, pero de ninguna manera quiso que midiera su cuerpo y sobre todo su cabeza. No sé por qué rara preocupación hacía esto, pues más tarde, al volver a encontrarle en Patagones, aún cuando continuamos siendo amigos, no me permitió acercarme a él mientras permanecía borracho, y un año después, cuando llegué a ese punto, para emprender viaje a Nahuel-Huapí, le propuse me acompañara, y rehusó diciendo que yo quería su cabeza. Su destino era ese. Días después de mi partida, dirigióse al Chubut, y allí fué muerto alevosamente por otros dos indios, en una noche de orgía. A mi llegada, supe su desgracia, averigué el paraje en que había sido inhumado y en una noche de luna, exhumé su cadáver, cuyo esqueleto se conserva en el Museo Antropológico de Buenos Aires; sacrilegio cometido en provecho del estudio osteológico de los tehuelches.

Lo mismo hice con los del cacique *Sapo* y su mujer, que habían fallecido en ese punto, en años anteriores, en una de las estadias de las tolderías. Ambos habían sido enterrados en cementerio cristiano, conservando, sin embargo, las prácticas indígenas en la colocación sentada de los cadáveres. Al lado del cacique encontramos un hacha de hierro, de construcción inglesa, quizás la prenda más estimada del pobre jefe y de quien ni la muerte le separaba; al costado de la mujer, mezclados con algunas de sus alhajas, recogimos huesos de un *pelado*, infeliz sacrificado al cariño casi maternal que las tehuelches tienen por esa clase de perros. Con estos objetos y los anteriores quedé satisfecho sobre este punto importante de mi viaje.

El 10 de diciembre, concluido todos los arreglos, me embarqué en la goleta con las colecciones.

PUERTO DESEADO. — EXCURSION AL INTERIOR

Con una hermosa tarde y favorecidos por la fresca brisa del norte, nos alejamos del Chubut.

Al día siguiente, en la línea de la costa, paralela a nuestro rumbo, y más pintoresca que los inmensos murallones de la Península de Valdez, se diseñaron los innumerables picos eruptivos de Punta Atlas, Punta Tombo y del Puerto Santa Elena. Con los postreros rayos del sol, perdimos de vista la tierra, en este último punto, para tener, por todo horizonte, el inquieto Atlántico.

Diciembre 12. — En la noche del once al doce, la tormenta cruza rápida, estremeciendo el casco del pequeño buque, y los fuegos del mar rivalizan de nuevo con los del cielo; diríase que navegamos entre relámpagos, en el océano ardiente, y que la tempestad eléctrica, poco frecuente en estas latitudes, se desencadena en el agua y no en el aire, donde sólo refleja.

Diciembre 13. — Un magnífico tiempo nos reconcilia con el Golfo San Jorge, tan temido. La primera claridad del día alumbrá las olas ya acalladas y pocas horas después divisamos la costa que limita por el sur al golfo, y en cuyo extremo se destacan los peñones del Cabo Tres Puntas. Así lo llamaron por tres promontorios de 60 metros de elevación, que afectan la forma cónica, desde alguna distancia y que son las avanzadas del continente.

A algunas millas se desliza serena la "Santa

Cruz'', con todas sus velas desplegadas, más blancas, por el contraste con el mar oscuro, azul-verdoso, matizado de pequeñas ondas, rizadas por las crecientes que doblan el Cabo.

La alegría reina a bordo; el buen humor se ha apoderado del equipaje y de los pasajeros; el primero ve que, sin sus esfuerzos, el buque corta las aguas, con rumbo casi fijo hacia el próximo puerto; los segundos ansían el momento de llevar sus proyectos a buen fin.

Primero, las olas espumosas y rugientes que se estrellan contra los arrecifes de Byron, y luego, en el fondo, formando horizonte, las mesetas uniformes, limitadas por barrancas a pique, de suaves pero claros colores, acentuados por la fuerte luz de un día caluroso y sin nubes, dan a ese paisaje, envuelto en una tenue bruma, resultado de la evaporación del mar y de las varias lagunas saladas de las inmediaciones, tintes agradables, que nos hacen olvidar la triste desolación real. Exceptuando el bullicio a bordo, algunos albatros y pingüines que pescan y las gaviotas que surcan el espacio, ningún síntoma de vida presentimos en esas playas cercanas.

Bordejemos en aquel mar tranquilo, aunque sombrío, si se recuerdan las muchas tragedias que oculta su seno, y donde tanto intrépido marino pescador, ha encontrado su tumba. Sentados en la popa, gozamos del espectáculo que Piedrabuena anima a nuestros sentidos, relatándonos las terribles escenas de naufragio que ha presenciado el golfo.

La belleza del día, y el aspecto del mar, su elemento, hacen que nuestro amigo, generalmente parco en palabras, cuando se trata de referirnos su vida en esas regiones, dé, en esos momentos, rienda suelta a sus recuerdos, para asombrarnos,

sin pensarlo, con los rasgos de valor que modestamente menciona.

Marino, educado por audaces pescadores, ha hecho su aprendizaje en la extensa costa austral. Patriota como el que más, con voluntad de hierro, sacrificando sus propios intereses, ha conservado durante veinte años, flameando a orillas del Santa Cruz, la bandera que le recuerda lo que más quiere.

Su carrera le llevó a establecerse en la Tierra de los Estados, envuelta en las nieblas polares, y en cuyas costas ya había auxiliado cientos de desgraciados náufragos.

Allí, único jefe, con un puñado de heroicos hombres de mar de todas las nacionalidades, ingleses, americanos, argentinos, entre éstos, tehuelches y fueguinos, ha continuado su humanitaria tarea, aumentado siempre, y sin interrupción, su corona de gloria.

El aislado peñón, batido sin cesar por las tempestades, ha sido convertido por él en noble morada de la caridad.

En la región del sur donde como en ninguna parte, el hombre experimenta más vivamente la convicción de su impotencia, en un mundo inerte, lúgubre, y silencioso, donde todo amenaza el anodamiento de sus facultades; allí donde si tuviera la desgracia de quedar abandonado a sí mismo, ningún recurso, ningún rayo de esperanza podría suavizar sus últimos momentos, es donde el marino argentino, con su pequeña chalupa, busca, con estoica serenidad, sin temer a la muerte, a quien necesita su ayuda. En él hay un magnetismo desconocido que le conduce a donde la desgracia impera.

Más de una vez la lancha argentina ha salvado las vidas confiadas a fragatas extranjeras, en cuyos pescantes hubiera podido ser ella suspendida.

¡Cuántas veces no han cabido en ella salvados y salvadores, habiendo quedado estos últimos abandonados en las rocas!

Oír a Piedrabuena el episodio del salvamento de la tripulación del buque «Dr. Hansen» es escuchar un cuento fantástico. La encuentra asilada en una peña de la Tierra del Fuego y la conduce a Punta Arenas en su lanchón, dejando parte de sus propios tripulantes en el lugar del naufragio, lo que le obliga a tomar otros para ir a buscarles.

Piedrabuena no sabe el número de buques y tripulantes que ha auxiliado o salvado y opino que la mejor escuela que pueden tener nuestros marinos, es un crucero de un año, en el Cabo de Hornos, con el Capitán de la «Santa Cruz».

Uno de los primeros servicios que prestó éste, fué ayudar al descubrimiento de los restos mortales del malogrado Capitán Allen Gardner, el mártir de la Tierra del Fuego, muerto de necesidad con sus acompañantes, en la playa frondosa y sombría de la isla de Navarino, cerca del Cabo de Hornos.

Escuchamos las últimas palabras consignadas en el diario del marino misionero, — que demuestra la sublime energía del mártir inglés, realzada por la palabra del marino argentino, relación que se había encontrado donde lo llevó su generoso afán de esparcir la luz de la civilización en el cerebro del salvaje fueguino y en la que, en sus últimos momentos, pedía, desde esa helada región, como años después lo hizo Livingstone, desde el corazón del Africa, no fuera abandonada su humanitaria empresa, — cuando el vigía, de lo alto del mastelero, anuncia una vela cerca de la playa, entre las rugosas toscas del Cabo Blanco, en la pequeña ensenada situada en el lado norte del istmo que une el promontorio con la meseta.

La distancia no permite distinguirla con clari-

dad, pero el marinero novicio cree tener la certeza de lo que dice.

Vamos, pues, a tener la dicha de auxiliar a algunos colegas desgraciados y esto, en condiciones mucho más favorables que las que acabamos de escuchar.

La vela blanca en su principio parece pertenecer a un bote inmediato a la orilla; más próximos, semeja una gran lona cuadrada o enorme bandera levantada en la costa, como en demanda de socorro, y momentos después podemos convencernos que lo que nos ha sugerido la idea de ser testigos de algún terrible drama, es una solitaria roca, cubo calcáreo, desprendido del elevado murallón, alto de cuarenta metros y rodado hasta el mar, que lame su blanquecina base.

Reconocido el error, doblamos el Cabo; pensando, cada uno, aunque sin comunicárnoslo, que si para nosotros, ha habido engaño, cuántas escenas de desconsuelo habrá presenciado esa abandonada costa, cuando en vez de la roca blanca, es una tienda o bandera de desgraciados que solicitan auxilios y el buque salvador, que parece acercarse, una vana ilusión, una nube fugaz que el viento disipa, junto con la esperanza que ha engendrado.

Diciembre 14. — La proa de la goleta surca majestuosa las aguas inmediatas a Puerto Deseado, que es, indudablemente, el paraje más pintoresco de la tan igual costa oriental patagónica. Nuestra vista, ya cansada del aspecto monótono de las barrancas terciarias, se distrae con la de los cerros porfíricos de distintas formas a las afectadas por la meseta y con los grandes peñascos calizos blancos que avanzan entre los colores rojizos de las rocas plutónicas aisladas en el mar donde baten las olas, y donde algunos lobos marinos juguetean o duermen calentados por el bello sol de diciembre. Inmensas bandadas de aves revolotean gozosas y

gritonas, arrojándose sobre los cardúmenes de pequeños pescados que abundan en esa región.

Impelidos por la marea, damos la vuelta al Promontorio del Norte y penetramos por las rompientes en el largo puerto, rozando la roca, entonces visible, donde el casco del Beagle chocó en su célebre viaje de exploración.

Fondeamos momentos después frente al antiguo establecimiento español, en el norte, y frente también a la conocida Roca de la Torre, situada en el costado del sur, en la bahía.

Puerto Deseado es célebre en los anales de la navegación de las tierras australes. Lo descubrió, el día 17 de diciembre de 1586, el marino inglés Thomas Candish, quien lo bautizó, y perdió allí varios de sus hombres que, mientras lavaban sus ropas, el día de Navidad, fueron heridos por las flechas de los salvajes dueños del suelo.

Su compatriota Juan Chidley fondeó allí en 1589, y el 18 de marzo de 1592, Candish, de regreso, volvió a resguardarse allí, después de haber sido rudamente batido por la tempestad sobre la costa de los Patagones.

El almirante holandés Olivero de Noort, entró el 20 de setiembre de 1599, cuando era habitado por una tribu de indios, que atacó, matándole tres hombres. Quizás Drake, siguió a Noort, en su visita a Puerto Deseado, y el 6 de diciembre de 1615, fondeaba en él Jacques de Lemaire para carenar el bajel que poco tiempo después, surcara por vez primera el estrecho que lleva su nombre.

El 26 de febrero de 1670, llegaba el célebre navegante Juan Narborough; — hizo allí una colecta de cien mil huevos de penguín, y tomó posesión de esa región en nombre del rey Carlos II de Inglaterra, el 25 del mes siguiente.

Desde ese tiempo, la pintoresca bahía ha albergado casi todas las expediciones que han recorrido

la costa patagónica y ha sido frecuentada por gran número de buques pescadores, que han hecho abundante cosecha en sus aguas.

Fué uno de los puntos de la costa que, en el siglo pasado, determinó ocupar el gobierno español.

Frente a nuestro fondeadero, en la ladera de los cerros, véanse aun los restos del fuerte que levantó Francisco de Viedma, en 1780, para abandonarlo poco después.

Destruyóse con la misma rapidez con que había sido levantado, pues nueve años más tarde, sólo quedaban ruinas, al decir del teniente de navío Viana, que lo visitó en ese tiempo.

Inmediatamente después de fondeado el buque, bajamos a tierra; las parásitas y los aterciopelados *Mytilus*, los moluscos más abundantes de esas costas que cubren, sombreándolas, las pulidas rocas de la playa, cruzieron bajo nuestros pies, y cruzando sobre ruinas, llegamos a uno de los bastiones del fuerte.

El fuerte está situado en la primera colina, antes de llegar a la cumbre de la meseta, en una pequeña eminencia que le sirve de asiento y domina la bahía. En el norte, lo resguardan pintorescos cerros porfíricos, color púrpura y negruzco, que le dan, a la tarde, un aspecto triste; al este, la vista se abisma en el océano; al sur, la dilatada costa, el peñón de las islas Pengüin, la Bahía del Oso marino y las onduladas colinas, donde, de vez en cuando, un verde manchón, en la parda aridez, delata un pequeño manantial, que en hilos, desagua en una lagunita que reverbera al sol. En el fondo oeste, la angosta bahía donde se balancea la goleta, se interna, serpenteando, hacia lo desconocido.

Las ruinas hoy existentes demuestran un vivo deseo u orgullo, por parte de quienes levantaron

el establecimiento, de perpetuar el recuerdo del poderío de España en esas regiones; todo ha sido bien construído y a haber concluído esos depósitos, las inclemencias de la intemperie y de los años poco detrimento hubieran ocasionado.

Inmediato a las ruinas hay un pequeño pozo con agua potable, el que parece había sido ahondado por manos de hombre.

En el vallecito cercano al pozo, donde se encuentran rastros de antiguas habitaciones españolas, hay un pequeño bañado salitroso, inmediato a la cantera de donde han sacado las tufas eruptivas de bellos colores, para construir los edificios y parece que en tiempos anteriores fuera ese punto ocupado por los indios, a juzgar por la bella punta de flecha, resto de su industria, que he recogido en este punto.

Sobre una de las colinas encontramos un cairn igual al del Chubut, pero que había sido destruído. No dudo que fuera el mismo que el jesuíta Cardiel examinó en 1745 y donde encontró «restos de un hombre de mediana estatura», «ya casi todos podridos» y «pedazos de ollas» enterrados con ellos.

Varios de los antiguos visitantes de Puerto Deseado han hablado de restos humanos, y algunos han llegado a asegurar que en ese punto y sus inmediaciones se han encontrado huesos gigantescos. Los oficiales del «Adventure» y del «Beagle», se refieren a ellos varias veces, en distintos puntos cercanos y el mismo Darwin describe un dolmen, que allí se puede ver y que he tenido ocasión de examinar a la ligera.

La noticia del descubrimiento de restos humanos, por los antiguos navegantes, quizás indujo al jesuíta Falkner, quien no creo visitase la comarca situada al sur de 40° latitud, a colocar allí la región sepulcral de los patagones. Es fuera de duda que varias de las antiguas tribus llevaron en sus

migraciones los restos de sus deudos, muertos en lejanos parajes, para enterrarlos en el panteón donde reposaban sus abuelos, pues conozco algunos depósitos mortuorios; que en las tolderías se preparaban las osamentas, después de cierto tiempo de inhumado el cadáver, para transportarlas en viaje y que las adornaban por lo general con vistosos colores, costumbres todas que muy de tarde en tarde se practican aún; pero no por eso creo que la costa del océano fuera la región preferida para esas inhumaciones. En todo el territorio se encuentran tales enterratorios.

Las formas de los cráneos del cairn del Chubut, y la presencia de restos de alfarería en el de Puerto Deseado, me hacen suponer que los indios que tuvieron la costumbre de elevar esos monumentos, quizás conmemorativos, y los que bien puede ser que interpretaran otra idea que la de simple resguardo de las fieras y de la intemperie, a restos queridos, no fueran los patagones actuales, y que estos sólo la hubieran heredado y puesto en práctica algunas veces. Me inclino también a pensar que esa costumbre se hiciera efectiva en épocas anteriores a la propagación del caballo y de ciertos animales domésticos, pues a haberlo sido después, es indudable, que los huesos de esos animales se encontrarían al lado de los de los indígenas que los utilizaron en vida y a los cuales, según sus creencias o ritos religiosos, debieran acompañarles a la otra, en la cual creen.

Sólo descubrí un fragmento de flecha, un rascador y un cuchillo de piedra, cerca del monumento citado. Este dolmen es parecido, si no en un todo, a lo menos por su figura general arquitectónica, a los que la nueva ciencia de la investigación del hombre ha descubierto en todos los puntos, donde habitaron nuestros antepasados congéneres.

Después de haber dado un pequeño paseo por la huerta de Viedma, vuelvo a bordo para arreglar las colecciones formadas en aquel día.

Esta huerta se halla situada al oeste de la fortaleza, en un pequeño valle que puede utilizarse para la agricultura, lo mismo que otros inmediatos y desde el pasto fuerte, llamado comúnmente de puna, al cual pronto se acostumbra el ganado, abunda con tal lozanía, que es molesto transitar a pie por entre él. Hállase rodeada por algunas pequeñas paredes de piedra, que levantaron los antiguos colonos para preservarla quizás del daño que pudieran causarle los ganados.

Algunas coles, un pequeño monte de manzanas, membrillos y cerezos, con sus frutos aun verdes, estos últimos, recostado todo sobre un murallón de pórfiro, de fuerte colorido, hermosean ese paisaje sombreado ya por el crepúsculo. A no ser la necesidad de preparar las colecciones, no regresaría a bordo.

Estos restos del antiguo jardín, plantado quizás por la mano de Viedma, noventa años antes, y que gracias a la fertilidad del suelo se ha reproducido sin ayuda del hombre, tiene infinitos atractivos.

Cada vez que el viajero, lejos del hogar, encuentra algo que le sugiera un recuerdo de él, experimenta un bienestar indefinible, y con sentimiento se aleja de donde su espíritu lo trasporta a puntos queridos.

Diciembre 15. — Apenas la aurora destacó las cimas de los cerros y bañó de suave luz las aguas de la bahía, lanzamos al mar el bote que el gobierno me había proporcionado. Va a servir por primera vez al objeto para el cual ha sido destinado, y como un favorable augurio, su elegante quilla seguirá las huellas de la lancha que condujo a Darwin.

Gratas emociones me ha brindado mi buena estrella, al permitirme visitar los parajes y pisar las mismas sendas, donde probablemente el campeón de la teoría de la descendencia bosquejara, en esas excursiones, la base de sus célebres ideas.

Hacemos fuerza de remos con rumbo al oeste, donde la tierra es aún un nublado. Las algas marinas, en inmensas guirnaldas, nos rodean, mientras cruzamos sobre los arrecifes sumergidos, que se destacan de los cerros vecinos, y en los cuales vara el bote, obligándonos a penetrar en el agua salada, hasta medio cuerpo, para aligerarlo de peso y remolcarlo, desligándolo de las plantas, entre cuyos flexibles vástagos encalla.

Mis marineros reciben aquí el bautismo patagónico, que debe darles constancia y fe en la utilidad del viaje.

La brisa nos permite izar el velamen, y por el medio de la bahía, teniendo a la derecha los oscuros cerros eruptivos y a la izquierda una blanca costa, baja y acantilada, pasamos inmediatos a algunas pequeñas islas. En esos momentos las gaviotas rozan el ligero gallardete, los pengüines zambullen y luego se verguen batiendo gozosos sus aletas para mirarnos asombrados; los patos marinos, unos solitarios, cruzan como flechas, otros, en bandadas, trazan en el aire figuras geométricas; los cormoranes ganan presurosos, con la primera comida de la mañana, las nidadas, donde, como en un damero gigantesco, han nacido sus negruzcos y velludos hijos.

Algunas millas adelante, cruzamos frente a una pequeña península de aspecto alegre, donde una tropilla de guanacos busca su alimento sin preocuparse del enemigo que los mira.

Ya el sol muestra su disco, y sus rayos, interceptados por tenues nubes, alumbran ese paisaje, donde aparecen los dos grandes sistemas geológi-

cos, que caracterizan la Patagonia. Ora inunda de vívida luz los enormes peñascos rojo-plomizos del pórfiro; ora las blancas y rosadas tufas y las fajas terciarias, — que se alternan también, formando un precioso contraste y reflejando en las aguas azuladas de la bahía, — ora en las bellas laderas verdes amarillentas por su vegetación herbácea y en los oscuros y tupidos matorrales de arbustos.

Cerros rojos perpendiculares elevan en la costa norte sus atrevidas, aunque pequeñas crestas, y en el sur, entre las colinas, se evapora visiblemente el rocío de la noche, en medio del cual distinguimos guanacos curiosos, relinchando estridentemente o bajando hacia las aguas mansas a arrancar el musgo de la costa.

A medida que nos internamos divisamos nuevos horizontes, los cerros se aproximan y la bahía es más estrecha; de su centro se elevan torres monolíticas de aspecto gótico, cuyas murallas asaltan de continuo las aguas, pero inútilmente; entre las grutas de su base duermen aún grandes Otarias, arrulladas por el eco suave del cuchicheo de las ondas. La rápida corriente y la vela bien cortada y llena nos llevan por entre ese paisaje que recuerda un fjord escandinavo.

A medio día llegamos al último punto donde alcanzó la expedición inglesa. En el costado sur, el agua baña la base del murallón de pórfiro; en el norte, un displayado bajo, cubierto de matorrales, se extiende al pie de un cerro aislado. En el fondo, el canal sigue enangostándose, a causa de un enorme peñón, entre el cual y el cerro del sur corre descendiendo ya con fuerza la marea, arrastrando un agua turbia y de gusto menos salado que el de la mar. Por más esfuerzos que hacemos, es imposible pasar más adentro, y después de tentarlo sin resultado, varando repetidas veces,

resuelvo tomar tierra en aquella playa. Allí también desembarcó Darwin.

He aquí lo que él dice de esos parajes:

«El paisaje no presenta sino soledad y desolación; no se distingue allí un solo arbusto y, a excepción, quizás, de algún guanaco que parece montar la guardia, centinela vigilante, sobre la cumbre de alguna colina, apenas se ve un solo animal.

«El punto en que habíamos establecido nuestro vivac estaba rodeado por elevadas barrancas e inmensas rocas de pórfiro. No creo haber visto jamás un sitio que pareciera más aislado del resto del mundo, que esta grieta de rocas, en medio de aquella inmensa llanura».

Pintura exacta, pero sombría. Con cuarenta y tres años de intervalo, en la misma estación y con una semana de diferencia, visito este punto, y, francamente, el espectáculo que aquí se desarrolla, no me causa una impresión tan desfavorable.

Quizá la costumbre ya adquirida y el mayor conocimiento de la región patagónica, me hacen encontrar alegrías donde Darwin sólo halló tristezas. Quizás también el tiempo en que él describiera ese paraje fuera desagradable y distinto del día verdaderamente «glorioso» en que yo tengo la dicha de visitarlo.

Verificado nuestro frugal almuerzo, en el punto donde probablemente plantó Darwin su carpa, y dejando tres hombres al cuidado del bote, con orden de ir alejándose de allí gradualmente con la marea, para no quedar en seco, lejos del canal, me interno acompañado de otros dos, siguiendo la gran quebrada.

Pasamos el cerro que oculta la prolongación del canal y encontramos de nuevo éste, ya muy pequeño y que corre lentamente con gruesas aguas, serpenteando por el centro de una planicie o bañado, despojado de vegetación y cubierto de pe-

queños fragmentos de yeso en lajas y de cristales salitrosos que brillan y donde sólo algunas liebres saltonas vagan inquietas. En las guadalosas orillas vemos algunos moluscos y cangrejos marinos, que las grandes mareas han acarreado hasta allí. Una pequeña fuente cargada de cloruro de sodio destila, conduciendo sucios cristales al arroyo, y revelando la presencia de alguna capa de sal gema en el interior del terreno.

Seguimos por entre esa quebrada, bordeada de cerros abruptos bastante tristes, unas ocho millas, hasta el punto donde, de la dirección oeste que ha llevado hasta allí, tuerce al N. N. O. y donde, desde el verde cañadón, se distinguen algunas mesetas terciarias. Aquí la comarca mejora, la cañada se ensancha algo y es alimentada por algunos manantiales insignificantes de agua potable.

El desfiladero que seguimos, pues no merece el nombre de valle, parece haber sido, en remotas épocas, lecho de algún gran río, que corrió a gran profundidad del resto del terreno, a juzgar por la cantidad de cantos rodados, bastante voluminosos, de piedras extrañas a la formación vecina, de tamaño mayor que los que se encuentran sobre la meseta inmediata y que por otra parte pertenecen, además, a las rocas andinas. Este río que descendía quizás de las cordilleras, o que era desagüe de algún otro que se desprendiera de ellas, para llevar las nieves derretidas al Atlántico, se ha obstruido cerca de sus fuentes por algún accidente notable.

A juzgar por las señales que hay en las grandes piedras que de vez en cuando perforan el suelo arenoso, inmediato al cauce, y las que veo en un manto de melafira (roca que sólo he encontrado en ese punto), el nivel de las aguas procedentes de las avenidas, si es que existen éstas en notable escala, o de las lluvias, no aumenta mucho, o por lo menos, el cajón no permanece inundado suficiente tiempo para dejarlo marcado.

El terreno que rodea este pequeño curso es suelto y fangoso, y creo que no nace en la cordillera, como lo supone Darwin, prefiriendo atenerme a la opinión de Fitz-Roy que es la contraria. Puede ser que tenga su principio en la cadena de montañas pequeñas del centro del país, que el ilustre naturalista no conoció.

En la actualidad ningún vestigio induce a suponerle, al impropriamente llamado «Río Deseado», naciente en los Andes; y alimentado por sus deshielos, por el contrario, casi todo el antiguo lecho del río se halla cubierto por una capa aluvial arenosa casi despojada de tierra vegetal, y cuyo espesor varía de uno a dos metros, sin contar algunos médanos. Sólo en determinados parajes se notan signos de su antigua velocidad, en los lechos de cantos rodados.

El agua, aunque potable, no es completamente dulce; el terreno contiene sulfato de sosa y las grandes mareas alcanzan hasta 40 millas desde la boca de la bahía. En las inmediaciones hay pequeñas lagunas con cloruro de sodio.

La velocidad de sus aguas en este tiempo es apenas sensible y su ancho varía, en el punto más lejano que alcanzo, de uno a tres metros por 10 a 50 centímetros de profundidad.

Llegado al punto en que la quebrada cambia de dirección, nos sorprende la tarde y con ella enjambres de pequeños dípteros, que nos acosan de tal manera, que luego que saciamos en los pozos nuestra sed, no tenemos más remedio que incendiar los matorrales para ahuyentarlos. El fuego se propaga con tal rapidez que, para no exponernos a ser sofocados, tenemos que emprender la ascensión de un cerro inmediato, cuyas faldas, casi a pique, están cubiertas de espinas. Lo hacemos jadeando, aprovechando los senderos de los guanacos o trepando como lagartijas, sujetándonos con

manos, codos, rodillas y pies y casi sin aliento, alcanzamos un retazo más extenso, situado a 50 metros sobre el incendio, que chisporrotea entre las plantas resinosas.

Los unos cargados con el herbario, los otros con bolsas llenas de muestras de rocas, tenemos que descansar unos momentos al reparo de una piedra, que intercepta el rayo del sol y el humo.

Ascender más es difícil, pero uno de los marineros, alegre francés que había visitado las escarpadas costas noruegas, pronto encuentra senda para llegar a la cumbre próxima, donde podemos hacer funcionar libremente nuestros pulmones, y presenciar la puesta del sol en plena Patagonia, entre los espirales de humo que se elevan de la quebrada incendiada.

Antes de emprender el regreso al bote, nos dirigimos a una piedra aislada que semeja, desde lejos, una choza sobre la meseta horizontal. Es el resto de un cerro antiguo, cuyo altivo piso, corroído por los hielos, ha quedado reducido a dos monolitos muy próximos uno de otro, de 20 pies de altura y que están rodeados de los residuos del mar terciario, representados allí por la gigantesca *Ostrea*.

Por el estilo de Tower Rock, a la que los ingleses llaman también Roca Britania, doy a esta el nombre de «Roca Porteña».

Los dos fragmentos rojizos parecen restos de un monumento funerario o sagrado, *menhir* de las edades perdidas, abandonados por el hombre, siguiendo la progresión de su inventiva, y figuran en el primer plano de una perspectiva verdaderamente patagónica. Hacia el setentrión, un cerro solitario se pierde en el azul ahumado, color característico aquí de la atmósfera de la tarde y a cierta distancia, al oeste, se escalonan las mesetas, prestando la hora un aspecto de melancolía a esas

regiones desconocidas aún, que tenemos delante, y cuyos misterios no podemos despejar en este viaje.

Con las últimas vislumbres del crepúsculo, descendemos la cuesta de una quebrada para buscar el bote; las piedras ruedan con sonidos graves para llegar al fondo oscuro, aumentando así la lobreguez del camino.

Cuando llegamos al sitio en que hemos dejado la embarcación, no la hallamos; en cambio un gran incendio se ha propagado en ese punto, donde cansados y con la soñolencia que da la media noche, esperamos encontrar el deseado reposo.

Las rocas entonces negras, se destacan sombrías e imponentes, entre las llamas del voraz elemento y creo presenciar una escena de los tiempos en que el rojo pórfito se formara.

Después de una hora de penosísimo camino, quemados y lastimados por las ramas carbonizadas, que con la reverberación deslumbradora no se distinguen de noche, encontramos, en un claro que el fuego ha respetado, y rodeado por las sierpes ardientes de la llama que devora el pasto y los arbustos, al negro brasilero, que, como en danza diabólica, atiza el incendio. El muy cobarde ha encendido los grandes matorrales resinosos, con el pretexto de marcarnos el punto a que había llevado el bote; pero, en realidad, con la idea de resguardarse de los leones o pumas, que su espíritu pusilánime imagina, escondidos en las cavernas de las rocas, listos a arrojar sobre él al menor descuido.

A la una de la mañana podemos tendernos sobre el junco mojado por la marea.

Diciembre 16. — Dos horas después, una brisa del oeste nos despierta, y apenas aclara el día, emprendemos la vuelta al fondeadero de la «Santa Cruz». Venciendo la corriente contraria, poco después nos ponemos en frente de las islas donde, a nuestra ida, abundaban las aves.

En los pequeños huecos de una elevada muralla de pórfiro, vemos una gran cantidad de cormoranes que pían sin cesar.

Con la escopeta puedo procurarme dos, uno de los cuales desaparece inmediatamente de caído al agua, devorado por un tiburón, que la claridad de aquélla permite distinguir nadando gallardo, moviendo velozmente sus bien modeladas aletas, al costado del bote; el otro figurará en el Museo Público de Buenos Aires al cual haré donación.

Un cóndor joven, monarca alado de las regiones australes, se ve posado sobre la cumbre inaccesible; golpeando con ruido estridente su filoso y córneo pico, abre sus garras ensayando los poderosos músculos, y batiendo las monstruosas alas, lanza penetrantes gritos de lujuriosa alegría. Se prepara a la carnicería de los tiernos cormoranes, cuyos gritos temerosos atraen a sus padres, los inteligentes pescadores de la bahía.

La vista aguda del feroz rey andino goza ya de la tierna presa casi segura, cuando el rayo artificial lo precipita revoloteando, muerto, al abismo, rozando las habitaciones de sus perseguidos, y cayendo frente al bote, con gran susto del negro, que teme le aplaste aquella inmensa mole.

Al pasar por una isla, cercana al Atlántico, presenciemos una interesante escena. Sobre la suave playa ancha, que aún no ha cubierto la marea, creemos ver un ejército, cubierto de armaduras escamosas relucientes, dirigirse, desde un matorral cercano, hacia el agua. Aunque estamos inmediatos a la costa, parécenos presenciar desfiles militares en alguna gran plaza, todo reducido por la inversión de anteojos.

Batallones, tras batallones, en fila y orden, llegan a la orilla del mar, nos miran unos instantes y desaparecen en sus ondas.

El espectáculo es gracioso, y nos lo proporcio-

nan los respetables penguines, que, sin temer al bote, se dirigen, zarandeándose, al agua, para ser el terror de los pescados y cangrejos pequeños. Saltamos a tierra: algunos, viéndonos ya próximos a ellos, apresuran su marcha y de consiguiente ruedan por la pérdida del equilibrio, hasta refugiarse en el mar. Otros, que se hallan más distantes, dan vuelta automáticamente e imitando venerables cartujos liliputienses, con las manos escondidas entre sus anchas mangas (las aletas), se dirigen a sus conventos (o nidos).

El destrozo que de sus tranquilos habitantes hacemos en esta isla es grande. Veinte de ellos quedan en el fondo del bote, víctimas del coleccionista y de las necesidades del estómago de los tripulantes. Nuestros instintos sanguinarios no se compadecen al ver a los curiosos penguines, defender, con valentía, entre una mata, hiriéndonos en las piernas, sus jóvenes hijuelos. La impotencia de estos animales en tierra es tal, que sólo cuando el hombre procura darles el golpe que ha de herirlos, tratan de huir y si no lo consiguen, buscan por la astucia la región más vulnerable de las pantorrillas del enemigo para hincarle su agudo pico.

Al mirarlos, se creería encontrarlos asombrados, embebidos en una muda admiración, que no les permite huir; más tarde sus movimientos parecen indicar que un sentimiento de burla se apodera de ellos, al ver al intruso de sus dominios. Mueven de derecha a izquierda la cabeza, luego lo hacen a la inversa, batiendo las mandíbulas terribles, y mirándonos, se puede decir que con desden, de rabo de ojo, se creería que nos piden cuenta de nuestra presencia aquí y de lo que buscamos.

A las cuatro de la tarde llegamos con las presas a la goleta, y, una hora después, cruzamos al sur, a examinar la célebre Roca de la Torre. Está situada a corta distancia de la costa, y sirve de ex-

celente punto de marca para entrar al puerto. Como la «Roca Porteña», es resto vetusto de un antiguo peñón destruído por la formidable acción del tiempo y de los elementos y cuyos restos se hallan esparcidos alrededor del monolito principal, adherido aún a la montaña y sobre una pequeña eminencia rodeada de enormes piedras sueltas.

«Tower» o «Britannia Rock» mide diez metros de alto por tres de diámetro y recuerda el enorme tronco petrificado de algún Baobab, gigante de las selvas africanas, transportado por el fósforo del cerebro a las áridas playas patagónicas. A un tercio de su altura se divide en dos ramas, la una mayor que la otra, forma que le da el mencionado aspecto. La roca que la constituye es el mismo pórfiro de los alrededores. La fisonomía que desde lejos le comunican los musgos y líquenes que han arraigado en las grietas, hacen de este interesante monumento geológico, uno de los objetos más dignos de mención que pueden citarse en Puerto Deseado. A sus inmediaciones parece que de tiempo en tiempo acampa alguna tribu indígena, pues se notan huesos de animales, destruídos y comidos, sobre todo de guanacos y caballos; — el día de nuestra salida de ese puerto vimos un fornido caballo salvaje que pastaba tranquilo al costado de una hermosa piedra y que relinchaba al ver las blancas velas de la «Santa Cruz».

Faltándole valle extenso y agua dulce en abundancia, creo que este punto sólo puede ser colonizado en pequeña escala, pues apenas hay suficiente tierra, pasto, agua en la cañada y en los pozos, y caza, para un centenar de colonos. El fuerte es de posible reparación, y trayendo de Buenos Aires o del Estrecho de Magallanes maderas, para techos y puertas, podría ser ocupado por una pequeña fuerza militar. Entonces sería cuando, enviándose al interior expediciones en busca de terrenos

apropiados y mejores, pudiera utilizarse ese punto con ventaja.

Los cien colonos, además del cuidado de sus ganados, encontrarían lucro en la caza de liebres, guanacos, avestruces, que son muy numerosos, y en la pesca de que es abundante la bahía; con pequeñas expediciones marítimas, podrían apresar lobos marinos y pengüines para la fabricación de aceite. Aquello sería, en cierto modo, cambiando unas producciones por otras, una imitación de un villorio de los Fjords, de Noruega, pero más productivo. Inútil será tentar aquí la formación de una colonia agricultora, pues la tierra cultivable sólo es la suficiente para el consumo de los pobladores.

El puerto militar podría servir de presidio para los destinados a trabajos forzados por la justicia nacional, los que se ocuparían en abrir represas para conservar las aguas de las lluvias. Entonces Puerto Deseado sería visitado por muchos buques pescadores, que irían en busca de ese elemento necesario, que no se encuentra en grandes cantidades entre el Chubut y Santa Cruz. Creo que entre estos dos puertos hay algunos parajes fértiles, los que conocidos y colonizados, con el tiempo, la República Argentina tendría allí una población ganadera más importante que la que el gobierno inglés tiene, indebidamente, en Malvinas, donde los campos parecen inferiores a los que menciono.

Diciembre 17. — Salimos de Puerto Deseado, pasando cerca de la isla de Pengüin, cuyas costas alteradas por espléndidos mirajes no puedo copiar. Este fenómeno de la refracción ha sido mencionado por Fitz Roy a quien llamó la atención su extraordinario efecto en estas regiones.

Diciembre 18. — Avistamos el Monte Wood y un rato después la entrada de la Bahía San Ju-

lián. Durante la noche vientos polares nos traen un fuerte temporal.

Diciembre 19. — Continúa el mal tiempo; el 20, con la virazón de la tarde volvemos a acercarnos a tierra de donde nos ha alejado el temporal del día de ayer.

Diciembre 21. — Con viento en popa seguimos a dos millas de la costa, pasando el cabo San Francisco, admirando las rectas capas arenosas y calizas de la meseta y los verdes manantiales de hilos cristalinos que caen al mar; y a mediodía fondeamos frente a Monte Entrancé, en la entrada de la Bahía de Santa Cruz.

LA BAHIA DE SANTA CRUZ. — LLEGADA A LA ISLA PAVON

En 1519, el piloto Serrano, de la armada de Magallanes, fondeaba en la Bahía San Julián; descubrió, en un reconocimiento al sur, la Bahía Santa Cruz. Allí su buque naufragó, y dejó su casco entre las rocas.

Serrano, al perder su buque, en esa bahía, la descubrió para la historia; King y Fitz Roy la dieron a conocer a la ciencia geográfica. Donde el «Beagle» había fondeado en 1834, la goleta dió fondo a su ancla. Por segunda vez llegó yo a este puerto, con las mismas intenciones; pero felizmente, ahora con los auxilios de que no había podido disponer en el primer viaje, y que eran necesarios para satisfacerlos.

Entrando en el lado norte orillando la costa medanosa, se presenta por la proa el monte Entrance siguiendo hacia el oeste una línea de colinas uniformes. A ambos lados de la extensa bahía se dilatan llanuras desiertas, que están lejos de indicar, por su pálido colorido, huellas de fertilidad. Como sucede generalmente con el aspecto topográfico de los puertos patagónicos, donde algún río desagua, sus dos costas no tienen el mismo nivel. A la inversa de Puerto Descado, que en su entrada, tiene la costa elevada al norte y baja al sur, las costas de la Bahía Santa Cruz tienen en general la misma disposición que en el río Chubut y río Negro, cuyas márgenes izquierdas, al llegar al Atlántico, bañan una larga extensión de méda-

nos, y en la derecha, orillean murallones terciarios a pique. La excepción de Puerto Deseado puede ser debida a su formación geológica distinta, y la igualdad de la disposición de la desembocadura de los tres ríos patagónicos, que conozco, a partir del Río Negro, de igual formación geológica, no deja de ser curiosa y digna de mencionarse; lo mismo sucede con las del río Colorado, el que desagua en Coy Inlet, y río Gallegos.

La vista de Monte Entrance es notable: de forma cónica, visto del N. E., rodeado de grandes fragmentos de rocas que se han desprendido de su masa terciaria y contra los cuales se estrella la mar, empujada por la corriente veloz de la marea, su efecto es imponente, a pesar de su poca elevación.

Hacia el sur desde el monte citado, se diseñan, desvaneciéndose en la lejanía, varias mesetas escalonadas, de quebradas suaves y murallones blancos, a pique, con médanos cuyos granos de arena cuarzosa relumbran. Hacia el sur oeste, entre los barrancos elevados de la costa, se destaca el Monte León (1.000 pies). En la línea del agua del mar, una faja blanca amarillenta picada de penachos diamantinos, señala la barranca a pique, donde el océano se agita; ciertos intervalos bajos, pardos o rosados, señalan los médanos; más arriba cerros, desnudos con fajas y escalinatas, representando graderías de anfiteatro, coronados de redondeadas cúpulas, son los contrafuertes de la meseta, que se desagrega para formar la playa, y a mayor elevación aún una línea recta señala la meseta verdadera.

Desde la entrada, una serie de cerros listados, quebradas angostas, colinas cubiertas de arbustos, llegan hasta la punta Keel, donde Fitz Roy, varó el «Beagle» para reparar las averías causadas por el arrecife de Puerto Deseado. Desde allí, pasando

un pequeño valle, continúan las barrancás terciarias hasta la Punta Repair, donde desagua un manantial, cerca del Promontorio Weddell, nombre que recuerda el heroico marino que visitó ese paraje, antes de internarse en las soledades del polo antártico. Al fondo, como una cuña, se adelanta el Promontorio Beagle, que ascendiendo en tres escalones, se pierde de vista al oeste. En la margen norte la tierra es baja, muy poco elevada sobre el nivel de las mareas; desde Punta Cascajo, sólo es un bañado antiguo que se extiende elevándose gradualmente con lagunitas saladas, zanjones profundos casi invisibles y se prolonga hasta la línea de mesetas que concluyen el Cabo San Francisco. Es región verdaderamente desolada y árida.

Más al oeste el terreno se levanta algo y a la altura del Promontorio Weddell, la barranca de cascajo alcanza un espesor de 30 pies. En el centro de la bahía se encuentra la isla de Leones Marinos, que no mide una milla de largo por media de ancho.

La bahía es considerada como uno de los mejores puertos de la costa atlántica austral. Aunque las cartas hidrográficas señalan en su entrada una barra, con rompientes muy visibles en marea baja, no debe esto asustar al marino que por primera vez entra a ese puerto, pues hay entre esos arrecifes o bancos, canales que tienen, cuando las aguas están en completa bajante, más de quince pies de profundidad.

Un buque que nunca haya entrado a Santa Cruz puede fondear afuera o mantenerse a la vela, hasta la completa bajamar, y marcar entonces los bancos y arrecifes que se presenten visibles. Después, cuando la marea asciende, a medio de ella, puede dirigirse al fondeadero que mejor le convenga, sin cuidado alguno, por alguno de los varios canales de entrada.

La grande diferencia que hay entre la bajante y la creciente de la marea, ambas en su plenitud, es tan notable, que cambia totalmente el panorama de la bahía cada vez que esos fenómenos se presentan. A marea llena, una gran sábana líquida se extiende tranquila delante del que, desde su centro, admira el noble panorama que se desarrolla ante sus ojos. Sólo la isla de los Leones Marinos, se eleva a pocos pies sobre su nivel. En la bajante sucede todo lo contrario; se presentan bancos en casi toda su extensión, separados por tortuosos canales, entre los cuales, el torrente, que siempre descende, reparte sus aguas, enturbiadas por el limo que arrastran, y esos bancos se diseñan tan bien, que hay algunos que semejan islotes, de cuyas lomadas se desprenden pequeños arroyuelos de corta vida. En algunos de ellos se ven sinuosidades y ondulaciones que dibujan las olas que se retiran, para volver luego a borrarlas; en otros, millares de moluscos que los tapizan. El buque entretanto, tumbado sobre una de sus bandas, parece más bien el resto de un naufragio. Completamente en seco, sus grandes vergas tocan a veces la arena, sobre la cual reposa su quilla.

En muchas ocasiones he dado largos paseos alrededor del casco del «Rosales» en busca de moluscos y zoófitos. Alejado a cierta distancia, y dando vuelo a la imaginación, diríase que se tiene delante un paisaje polar. Los oscuros tintes de la tarde reemplazan las brumas que parecen preceder, en el lejano norte, la desaparición del astro de la vida, y cambiando mentalmente el blanco virginal del hielo por el sucio parduzco de la revuelta arena, se tendrá un paisaje de la Bahía Melville. El buque recostado sobre el banco, recuerda el buque recostado sobre el pack, que tritura sus flancos, mientras se distraen de la invernada sus tripulantes escalando pequeños témpanos o hummocks

(aquí bancos) en busca de las deseadas focas, osos blancos o zorras. Pero la bahía no tarda mucho en adquirir su primitivo aspecto, un rumor lejano se escucha del este, y entonces el paseante debe acudir inmediatamente a bordo, pues es peligroso esperar en seco la marea, que llega anunciada por ese rumor con una rapidez de seis millas por hora, y que fácilmente corta la retirada al poco precavido soñador que se cree en las regiones donde desafiando las iras del Espíritu del Polo, se inmortalizaron los Franklyn, Ross, Parry, Mac-Clin-tock, Hall, Nares y Mæckham.

En la Bahía Santa Cruz las mareas alcanzan hasta 42 pies y su velocidad es de 3 a 6 millas por hora, y como sus orillas son de contornos suaves y sin grandes piedras, pueden vararse en ellas los mayores buques. A 3 millas de la entrada el navegante encuentra baraderos de todas clases, fondo duro, blando, arenoso, limoso, etc., donde su buque pueda formar «cama». Para reparaciones es uno de los puertos más aparentes que existen en el mundo, pues seis horas después de varadas, las embarcaciones pueden estar nuevamente a flote, haciendo lo primero a media marea bajante.

Diciembre 21. — Tan luego como fondea la «Santa Cruz», la rodean centenares de delfines que se ponen al alcance del arpón. La curiosidad los ciega y aún cuando la sangre de los que son heridos colorea el agua, no abandonan el costado de la goleta durante más de dos horas. Obtengo dos ejemplares: la especie a que pertenecen es desconocida. (Desgraciadamente, los cráneos de estos individuos fueron arrojados más tarde al agua, durante el regreso del buque a Buenos Aires, lo que hace imposible su clasificación zoológica exacta, por la falta de esa porción tan esencial del esqueleto). Aun cuando varios de estos cetáceos, manchados de blanco y negro, se conocen en la

ciencia y que algunos habitan estas regiones, ninguno concuerda con el modo de distribución de sus colores. Inmediatamente que concluyo de despojar los esqueletos de sus partes blandas, hago lanzar el bote, para aprovechar la marea que entra con fuerza y dirigirnos a la isla de Pavón, último punto argentino, habitado ahora, en el extenso territorio del sur.

Pasamos de largo por la isla de Leones, sin atrevernos a abordarla, teniendo presente el estado caluroso del día y las emanaciones fétidas del huano, que ya en otro tiempo había aspirado, el 8 de octubre de 1874.

Los tufones de viento que descienden por las quebradas y que en unos momentos nos son favorables y en otros contrarios, nos obligan a bordejear.

A veces, entorpecen nuestra marcha las algas marinas: el Kelp o *Macrocystis*. Sus delgadas hojas, sujetas a las vesículas piriformes que le han dado el nombre, se enredan en los remos o la fuerza de estos no basta para cortar las largas tiras verdes de decenas de metros que la marea hace afluir desde el océano hacia el interior de la bahía.

Todos los que han viajado por el sur han pagado un tributo de admiración a esta inmensa y simpática planta, el organismo gigante que revela la lujosa fuerza de la vegetación marina, y ciertamente bien la merece. Es una enmarañada pradera en el mar, que flota lozana y tranquila en medio de las tempestades y conserva la calma en los sitios que cubre su ramazón bienhechora. ¡Qué grandes historias podría contarnos esta alga que vive sobre las siempre inquietas aguas australes, arraigando en las inmóviles peñas del fondo de ese océano!

¡Cómo cambiaría la faz de esos distantes para-

jes si ese humilde gigante faltara! El mundo animal que, en esas regiones de aspecto mortuario y desierto, vive casi invisible, se extinguiría; los eslabones de la cadena que suministra la vida, se quebrarían y todo sucumbiría.

Los primeros navegantes, tan ignorantes como heroicos, los intrépidos investigadores del misterio, al mencionar esta planta, a mediados del siglo XVI, no le dieron la importancia ni el verdadero rol benéfico que tiene en la naturaleza; sólo vieron un beneficio para ellos, una alerta que les revelara las rocas, una planta aislada que prestaba inconscientes servicios al hombre, previniéndole los peligros; sólo cuando la luz de la ciencia iluminó las oscuras soledades del sur, esta alga fué comprendida.

Cook, Dumont d'Urville, Fitz Roy, Hooker y Darwin la admiraron, unos en su brillante escenario flotante, otros en el laboratorio del sabio. ¡Dignos espectadores de tal espectáculo!

Darwin compara esa selva acuática del hemisferio meridional con las selvas terrestres de las regiones inter-tropicales, y agrega que no cree «que la destrucción de una selva, en cualquier país, arrastre, más o menos, la muerte de tantas especies animales como la *Macrocystis*. En medio de las hojas de esa planta viven numerosas especies de pescados que en ninguna otra parte encontrarían abrigo y alimentos; si esos pescados desaparecieran, los cormoranes y los otros pájaros pescadores, las nutrias, las focas, los delfines, pronto desaparecerían también y en fin, el salvaje fueguino, el miserable dueño de ese miserable país, redoblaría sus festines de canibal, decrecería en número y quizás dejaría de existir».

Bajo su aparente modestia, alberga orgullosa, mundos pequeños pero interesantes en alto grado. Cada vez que he examinado una hoja de *Macrocys-*

tis, he encontrado infinidad de organismos vivientes que la han elegido para su domicilio y cuando la curiosidad me ha llevado a rebuscar en el intrincado laberinto de raíces que forma su base, he visto cientos de pequeños seres guarecidos y viviendo tranquilos allí.

La *Macrocostis*, ciñe el globo en su región austral, con una verde y gigantesca orla. Allí, precediendo a la muerte glacial, ondula lujosa entre la región templada y algunas veces se la ve flotando hasta en las inmediaciones de los hielos polares. En sus inofensivas redes, varan y mueren inmensos y terribles témpanos.

Su verdor sólo adorna el Atlántico y el Indico en los parajes donde cruzan las corrientes australes y llega a veces hasta la embocadura de nuestro fecundo Plata. En las costas de Quequen he recogido sus muestras. Camalotes inmensos de ella navegan por las costas patagónicas, hasta doscientas millas al norte de las islas Falkland, en cuyas costas nacen también, y muchas veces varan en las playas del Cabo de Buena Esperanza. Continúan su viaje en esa dirección, pues las corrientes y la temperatura del océano no les permitiría llegar más al norte, en esos puntos. El gran Pacífico, es más privilegiado: las corrientes que parten de las inmediaciones del Cabo de Hornos, esparcen y adornan con bancos de *Macrocytis* las costas occidentales de ambas Américas. Nacidas al reparo del extremo sur del rugoso continente, con las corrientes frías, cruzan las zonas templadas y cálidas; trasladan la vida antártica a las costas árticas de Aleutia y Kamstehatka.

¡Qué inmenso papel desempeñan, en la economía del mundo, las humildes hojas que corta nuestro bote y que al principio considerábamos un estorbo!

Continuemos viaje, distraigámonos con los ju-

guetones delfines que retozan por centenares en las aguas tranquilas de la bahía, irguiéndose de a dos y tres juntos, saltando fuera de ellas, u ondulando suavemente, describiendo curvas iguales, en las que muestran primero su cabeza y aleta dorsal negra, y luego sus costados blancos cuando azotan las pequeñas ondas con sus elegantes colas.

Esos veloces nadadores son tan confiados, que no temen acercarse al bote; si levantamos los remos y permanecemos silenciosos, vemos acercarse con rapidez sus blancas formas, bajo las aguas limpias; cruzar bajo la quilla y ascender al nivel, rozando los costados del bote, permitiéndonos pasar la mano sobre sus suaves lomos, mientras lanzando sonoros bufidos vuelven a hundirse en las profundidades, para describir una nueva curva.

Los patos vapores, las gaviotas, los grandes patos y los ostreros cruzan y recruzan mientras tanto sobre nuestras cabezas, unos silenciosos, y otros haciendo oír fuertes chillidos, y ruidos metálicos, producidos por el movimiento rápido de sus alas.

En una de las bordadas nos acercamos a la costa norte, frente al Promontorio Weddell; aquí encuentro el primer trozo errático de gran tamaño que revela la presencia indudable de la época glacial; su parte visible mide un metro cúbico, pero como se ensancha hacia su base, sepultada entre la arena y el caseajo, creo que su tamaño total es mucho mayor.

¿Qué otro agente que el hielo puede haber transportado esa enorme roca desde los Andes hasta el Atlántico? — Quizás un témpano al fundirse, depositólo allí.

El tiempo transecurrido en esas observaciones es tanto, que cuando queremos continuar viaje, ha principiado el descenso de la marea. Me alegro de ello: es necesario experimentar, antes de separarme completamente del buque, la gente que debe

acompañarme en el trabajo de ascender, remolcando el bote, el Santa Cruz.

Cruzamos a remo las dos millas que nos separan de la costa opuesta, que abordamos en el ya citado promontorio, en momentos en que la bajante es ya muy sensible. «Todos al agua» es la primera orden que doy a mi gente en el Santa Cruz, y principiamos el remolque que más tarde debemos continuar por trescientas millas.

Desde este momento, los dos marineros comprenden las fatigas que les aguardan. El cascajo se desliza al impulso del pie, y les hace caer por la falta de costumbre, o se hunden en la fangosa arena de los bancos en formación. Sin embargo, todos están contentos, tenemos la fe suficiente para arrostrar las fatigas y los peligros venideros.

Al doblar la punta del promontorio, entramos en el majestuoso río, que teniendo allí un ancho de dos millas, desciende veloz encajonado entre barrancas escarpadas, elevadas de 250 pies en el costado sureste, y de colinas suaves de la misma elevación, al N. O. Aquí, se adelanta como una cuña el Promontorio Beagle, cuya falda baña el segundo de los dos brazos fluviales que forman la Bahía de Santa Cruz y que se denomina «Río Chico». Ese brazo lo remontó el capitán Stokes de la expedición de King, hasta doce millas en el interior, donde cesa de ser navegable.

Los bancos fosilíferos que se encuentran en esas barrancas, nos dan motivo para unos momentos de descanso, o de variedad en el trabajo; juntamos una abundante cantidad de moluscos y principalmente de la gigantesca ostra, y como nada es más transmisible que el entusiasmo, en nuestro carácter nacional, hasta mis marineros se convierten en adeptos de la paleontología y muchos de los interesantes moluscos terciarios, descubiertos en las distintas paradas de este día, se los debo a ellos.

A la tarde, llega el momento en que la baja marea es completa, lo que hace imposible, por ahora, continuar el remolque, y como mi deseo es llegar esta misma noche a la isla, dejo los marineros al cuidado del bote, para que, cuando la marea vuelva a repuntar, continúen a remo; por mi parte, sigo a pie, acompañado por Estrella.

El cañadón por donde subimos a la colina está cubierto de magníficos pastos y las planicies llenas de arbustos y cactus; algunos bajos ostentan una alegre alfombra de césped, y algunos altos son tan áridos que sólo los tapizan cantos rodados.

Es la primera noche que voy a pasar en la región que tanto ambiciono conocer a fondo. Las emociones de este día deben ser el prelude de las que experimente en este, mi segundo viaje, en el cual debo tentar lo que no ha sido posible verificar en el primero. La inquietud del espíritu, que abarca todo, quiere dominar y comprender el panorama presente.

De pronto, unos médanos, con profundos pozos, nos cortan el camino. Están próximos a la costa, nos acercamos a ella, y distinguimos que aun continúa descendiendo el río y batiendo la escarpada muralla.

Ya el cansancio y la sed se van apoderando de nosotros, y los médanos la aumentan, hasta que descubrimos un sendero que, a algunas cuadras de allí, nos conduce nuevamente a la barranca. Delante de nosotros tenemos una llanura de plata, reluciente, imagen de la salina, cuyos cristales de cloruro de sódio le dan esa apariencia. Abajo de la loma vemos unas negras sombras: son las poblaciones donde se guarda la sal.

Emprendemos el descenso, con gran cuidado por parte de Estrella, quien, no estando acostumbrado a estos trances, cree desplomarse a cada momento.

Abajo ya, en el pequeño valle que forma el río, en una de sus bruceas vueltas, la oscuridad es tan

grande, que mis recuerdos no bastan para orientarnos y en vez de dirigirnos por el que conduce, bordeando las lomas, hasta frente a la isla Pavón, tomamos el que se interna en la península, hacia el río.

Recién cuando nos encontramos delante de los fangosos pajonales, mojados por la marea, comprendemos nuestro error, pero la sed y el cansancio son tan grandes, que no tenemos valor para retroceder. Con la ayuda de los sombreros, recogemos agua, aún salobre, y decidimos pasar allí la noche, en un pequeño displayado.

No teniendo cubierta de ninguna especie para envolvernos, no hay más remedio que amontonar un poco de arena, para impedir que la humedad del pantano se trasmita al cuerpo; ponemos de almohada el saco lleno de piedras y de plantas y nos cubrimos las cabezas con los sombreros mojados y los pañuelos. Esta es exigua defensa contra los millones de mosquitos que nos asedian.

Diciembre 22. — Al despuntar el día, volvemos a emprender la marcha, sorprendidos agradablemente con el encuentro de varias puntas de flechas de piedra, producto de los antiguos indígenas que allí vivieron en remotos tiempos, ocupados seguramente en tomar la abundante pesca que se obtiene en los remansos que forma esta casi isla. Más adelante, recojo cuchillos de piedra, rascadores, boleadoras pulidas, hasta llegar al paradero de los indios actuales; desde él distinguimos la isla Pavón. Una pequeña columna de humo que se eleva de las casas; los caballos, perros y gallinas que relinchan, ladran y cacarean respectivamente, nos anuncian la vida civilizada, en esta apartada posesión argentina.

Frente al paso, disparamos unos tiros de revólver; los perros nos contestan con furiosos ladridos y una figura humana aparece sobre el pequeño techo de la casa, para averiguar quiénes interrumpen

pen de ese modo, al aclarar, la plácida tranquilidad de la isla. Momentos después, un hombre cruza a caballo el brazo de río que separa la isla de la meseta sur y se acerca a nosotros; es un gaucho compatriota; luego, una rara figura, envuelta en un quillango, llega apresuradamente; es mi antiguo conocido Isidoro Bustamante, gaucho santiagueño, que el azar de la vida ha conducido aquí. En seguida estrecho la mano del Sr. Dufour, cuñado de Piedrabuena.

Estamos entre amigos, con gran contento de los que, al principio, habían creído que nuestros gritos y tiros eran de desertores chilenos de Punta Arenas, o náufragos.

Cruzamos el río por el vado y llegamos a la casa, donde dos años antes había grabado mi nombre, al lado de los de algunos oficiales chilenos, cuando éstos tentaron, tan inútilmente, lo que yo iba a procurar, quizás con el mismo resultado. Aquí encuentro al subteniente Moyano, que desea ser mi compañero de viaje. A la tarde llega la embarcación con mi gente, y la bandera de sol se iza sobre la casa, para contestar a la que, con gozo, se arría y se iza en el tope del mástil del bote.

La isla Pavón es la que, en la carta de Fitz-Roy lleva el nombre de Islet Reach y pertenece, por donación que de ella le hizo el gobierno de la nación, al capitán Piedrabuena. Mide, más o menos, dos kilómetros de largo, comprendiendo pequeñas porciones de tierra, situadas en sus extremos, y que se convierten en islas, cuando la marea o la creciente es grande. Su anchura mayor pasa de trescientos metros. En el centro está situada la población principal, que consiste de cuatro pequeñas piezas unidas y un corral para el ganado y los caballos.

A la isla se llega por el costado sur, cruzando un brazo de río de 50-60 metros de ancho, pero que pocas veces puede seguirse recto, sino al sesgo, lo

que hace que el vado mida ciento cincuenta metros. Además, sólo en el tiempo en que la bajante es muy grande, se puede cruzar a toda hora, pues cuando las mareas toman mayor fuerza, sólo es posible hacerlo durante el reflujo. El canal del norte es el verdadero canal del Santa Cruz, ancho allí de más de 300 metros; corre con una velocidad mínima de cinco millas, siendo esta anormalmente menor cuando las grandes mareas ejercen hasta este punto su influencia, y atajan las aguas que descienden de los Andes; entonces la isla se anega casi completamente.

En una pequeña huerta, los habitantes de la isla cultivan algunas legumbres, tales como papas, nabos, rábanos, coles, lechuga, que adquieren todas un tamaño notable.

La vida que aquí se pasa es monótona, pero la visita que hacen de cuando en cuando los indios tehuelches, que llegan en procura de la industria europea, a los cuales van acostumbrándose de tal manera que ya les es muy sensible pasarse sin ellos, proporciona distracción a sus habitantes, tomando compensación, al mismo tiempo, del sacrificio que hacen los que viven en este punto.

La agradable temperatura y la poca humedad contribuyen a que, en este paraje, no se sufran graves enfermedades, aun cuando las transiciones barométricas y termométricas sean muy notables, en ciertas ocasiones, y esto hace que, si bien las comodidades no son aquí abundantes, por lo menos la salud se robustece, y no se desea mucho el bullicio enfermizo de la ciudad.

Diciembre 22-28. — Esta semana la empleamos en arreglar los víveres y los objetos que debemos emplear en la ascensión del río, y disponemos el bote para recibirlos; se le hacen cajones, y lo calafateamos. Luego envió los marineros a ayudar en la descarga del buque, que ha venido a fondear frente a las Salinas.

Festejamos la Noche Buena, reunidos todos en la isla, acompañados del capitán, recordando a los que estimamos.

En la tarde del veintiocho, decimos adiós a la goleta, que lleva a Buenos Aires las colecciones formadas durante los dos meses que han transcurrido desde mi salida de ese punto, y el anuncio de que pronto emprenderé la marcha hacia los Andes.

En las observaciones practicadas en estos días y las que he adquirido en épocas anteriores, puedo convencerme de la verdad de los párrafos siguientes de Musters, que reproduzco aquí, porque mis datos son el fiel reflejo de los suyos, y si los consignara podíaseme acusar de plagiarlo. Además, me anima el deseo de que la obra del valiente explorador inglés sea más conocida por mis compatriotas.

«Fué un error singular el de los españoles en formar una población en el Puerto San Julián, descuidando las ventajas mayores que proporciona Santa Cruz. Las llanuras y las islas de este último presentan buenos terrenos pastosos y de labranza, lo mismo que asiento para un pueblo seguro contra las repentinas invasiones de los indios; por lo que respecta a la conveniencia para una estación de embarque, no hay comparación posible entre ambas localidades, porque los buques pueden vararse en Santa Cruz, en sitio resguardado, con la marea; en cuanto a la madera, en busca de la cual hizo Viedma su expedición, se encuentra en abundancia, ascendiendo el río».

Pero si Santa Cruz es más favorecida que otras regiones de Patagonia, no se deben hacer muchas ilusiones sobre los elementos de lucro que pueda suministrar. La precipitación puede arruinar a los que, sin preparación, se dirijan a este punto donde la labor que da resultado es dura y difícil.

EXCURSION A LAS SALINAS Y A LA ISLA DE LEONES

Antes de principiar el viaje al interior, decido recorrer la pequeña extensión de tierra que se encuentra al este de la isla Pavón y que está rodeada, a partir de Monte León, por el Atlántico, la bahía, parte del río y la cadena de colinas, precursoras de mesetas más elevadas, que se extienden hacia suroeste, en dirección del primer paradero de los indios, «Amenkelt».

Diciembre 30. — De madrugada, salgo con rumbo al este, acompañado del Sr. Moyano y del buen gaucho Cipriano García. Nuestra primera visita es a las salinas de la primera meseta, las que, en número de dos, semejan a la distancia grandes láminas de plata bruñida, que reverberan al sol; aun no están secas completamente; una espuma con grandes burbujas rodea la masa solidificada, y líneas onduladas marcan los distintos niveles de las aguas y los diversos períodos de sequedad. Un borde oscuro, barroso en extremo, las circunda y sigue el descenso del terreno, cuyas depresiones circulares u ovaladas sirven de receptáculo a la sal como una gigantesca fuente; a ese borde suceden cristales aún sucios, hasta llegar gradualmente a la sal blanca, cristalizada y de apariencia congelada.

El espesor de la capa no es ahora grueso, y no lo gradúo en más de cuatro pulgadas, en término medio, pues los guanacos y avestruces han dejado las impresiones de sus pies en el fango que cubre la sábana blanca.

Una milla más al este, trepamos otra meseta, por entre lomadas, abundantes de pastos y abrigadas, y después de recorrer un trayecto igual, encontramos otra salina, que nos es desconocida. Su aspecto es el mismo que el de las anteriores, a excepción de los cristales de sal, que son de un tamaño mucho mayor, y de un color blanquizeo-amarillento.

En el lado norte, nada altera la llana superficie en el punto donde el cielo se confunde con la tierra, pero la gradería de mesetas, primero verdosas, luego pardas, azules y celestes, tenues, se ven, alejándose en las demás direcciones. Es un anfiteatro grandioso pero solitario; su arena sólo es frecuentada por los guanacos y avestruces; y el puma, el gato salvaje y el cóndor son los dominadores de la región. La civilización no ha extendido aún su influencia hasta allí. La monotonía del desierto sólo la interrumpe, de tarde en tarde, el cazador argentino y el tehuelche, o algún desertor chileno. Mientras el hombre no ha penetrado en esta comarca, todo es soledad en ella, nada se mueve; los animales tranquilos cumplen con las exigencias de la vida, reposan y se alimentan; pero la presencia de nosotros, enemigos de casi todas las obras animadas, interrumpe hoy esa aparente soledad.

Apenas hemos pasado la salina, nos separamos los tres individuos que formamos la comitiva. Pero a poco, de los matorrales se elevan al cielo densas columnas de humo; el cerco que nos debe proporcionar la cena va cerrándose, y en donde no habíamos visto ser animado alguno, aparecen cientos de guanacos y avestruces; de cada mata, de cada hondonada, huyen con extrema ligereza tropas de esos animales tan deseados.

Tres émulos de Nemrod acosan a los ágiles habitantes de la pampa, pero la rapidez de los gua-

nacos y las gambetas de los avestruces no les permiten obtener, en sus hazañas, el mismo éxito que al gran cazador antiguo.

En esta llanura hay abundancia de lagunas de agua salobre y dulce, que se suceden sin interrupción y que están muy lejos de dar al suelo la aridez terrible de que le hace gozar la fama. La abundancia de gansos, cisnes, patos y avutardas es inmensa en ellas, y con constancia, mojándonos algo y después de chapalear dentro de una de ellas, más de una hora, persiguiendo los pichones de estas últimas, cuyas pequeñas plumas no les permiten volar, obtenemos a fuerza de astucia y rebencazos cuatro de ellos, suficiente número para pasar una agradable noche, la que no se presenta muy de nuestro gusto, pues la tormenta se cierne sobre la cumbre de las colinas, donde esperamos descansar. Esas lagunas no son permanentes, pero hay algunas suficientemente grandes para que, con excepción de dos o tres meses del año, puedan aplacar la sed de los animales de una estancia. Su fondo no es barroso, sino más bien duro y lleno de cascajo; sus orillas sumamente fértiles y cubiertas de un césped tan tupido y lozano que las convierte en pequeños oasis.

La parada para la noche la hacemos dentro de los cañadones, rodeados de un precioso escenario, al borde de una laguna de agua dulce, dominada por las colinas cubiertas de pastos amarillentos. Este punto es un valle que se dirige serpenteando desde el este, con manantiales cristalinos que descargan sus aguas, subterráneamente algunos, en la laguna.

Sus elevadas orillas, cubiertas de cantos rodados, recuerdan el borde del océano, a lo que contribuye el murmullo continuo del rodar de sus pequeñas olas, aumentado por el eco de las colinas.

Nuestra parada aquí desaloja una tropa de más de cien guanacos que iban a pasar, abrigados en

los matorrales, la próxima tormenta y a los que parece que nuestra llegada indiscreta disgusta, sobre todo a los machos de ella, pues momentos después que las hembras y los pequeñuelos se cobijan en las quebradas, vuelven aquellos a presentarse en las alturas, relinchando, quizás de disgusto, haciendo cabriolas hasta el oscurecer, y los vemos, centinelas frente a nosotros, y hasta muy avanzada la noche, no dejamos de oír sus estridentes relinchos. La lluvia que ha principiado, calma sus enojos.

Por nuestra parte, tenemos tiempo de resguardarnos contra el chubasco del sureste, detrás de unas pequeñas matas, donde pelamos y comemos dos de los pichones. No es posible conciliar el sueño con la lluvia fría; y tenemos que pasar la noche sentados, envueltos en los quillangos, cubierta que recomiendo y que debe ser inseparable compañero del viajero en Patagonia; presta el servicio de abrigo y techo, y en ocasiones como esta sirve de capa de goma.

Diciembre 31. — Me parece inútil decir que vamos llegar el día con vivo placer: apenas el cielo cambia su negro tinte por el aplomado de la madrugada tormentosa, deshacemos el montón de ceniza que guarda el fuego, digno de ser venerado en esta ocasión; acreamos a las brazas algunas ramas de olorosos arbustos y momentos después la caldera nos proporciona agua para el mate.

No se crea que el mate, para el viajero audariego, es el mismo mate, instrumento que favorece la ociosidad proverbial de nuestros paisanos, para quienes es casi indispensable. Para él, tiene una grande importancia moral; el mecanismo de sorberlo da una tregua a su agitación intelectual y con hacer esta operación, en rueda, en el pequeño campamento, se olvida la mala noche anterior y los sufrimientos que trae consigo. Nosotros no nos hallamos, sin embargo, en este caso: no ha habido

padecimiento, sino molestia, y aunque la noche pasada no ha sido de las más deseables, en cambio, el día de ayer, nos ha dado más de un motivo de agrado.

Dividimos con los perros los dos últimos pichones de avutarda; ensillamos, y emprendemos marcha al este, para salir al encuentro del sol que ya refleja en las cimas de las colinas, vivificándolas. Un aire frío e incómodo corre por los cañadones, pero cuando, para acortar camino, trepamos los cerros, una tibia atmósfera nos envuelve agradablemente.

A medida que nos internamos, cruzamos una región de ondulaciones, que ascienden de un modo insensible, con faldas pedregosas algunas, y otras pastosas; todas presentan arbustos más o menos desarrollados. Las adesmias de hermosas flores, agrupadas en pequeños hemisferios, semejan claros peñascos redondeados y son las mismas que crecen en las inmediaciones de la bahía. Los calafates, con sus frutas aún verdes, crecen lozanos, cerca de los manantiales, que en las profundas quebradas vemos correr en delgados hilos de agua, cristalina y agradable en algunos, y en otros tan salobre que ni aún los caballos la quieren beber. El incienso, menos abundante que en la meseta que cruzamos ayer, lo vemos, enmarañado, en los arenales y pedregales. En las lomadas, el golpe de vista que nos regalan las *Oxalis* y *Calceolarias*, aviva la naturaleza adormecida; las primeras, con sus flores en forma de estrellas, de colores fuertes o suaves, varían de colorido según la altura a que crecen, o según la mayor o menor sombra o sol de que gozan, desde el azul sombrío, con venas aún más oscuras, del mismo color, en los bajos, hasta el blanco, venado de lila, en las cumbres.

Nos aproximamos al mar; escuchamos un rumor sordo que se hace oír en la lejanía; la comarea se

vuelve más agreste aún, y las quebradas difícilmente dan paso; muchas veces no podemos mantenernos a caballo por la gran pendiente de las cuestas. Los torrentes insignificantes, secos casi todos entonces, nos cortan el camino con sus bordes a pico. Todos estos son inconvenientes que aumentan, momentos después, nuestra admiración, al presenciar, desde una altura de ochocientos pies, el grandioso panorama.

A nuestros pies, la acción lenta e incesante de la atmósfera y del tiempo, ha desagregado la meseta, la ha grietado y hecho presentar sus carcomidas faldas, como si monstruosas olas la hubieran atacado; sus abundantes vestigios, a cuya base se amontonan grandes cantidades de sutil polvo, producto del formidable ataque, muestran, en sus flancos, gigantescas graderías, dignas de aquel grande anfiteatro.

El Monte León sē eleva delante, triste, árido, sembrado de cascajo glacial y perforada su abrupta ladera por innumerables cuevas, puntos negros en el blanco calcáreo, donde se asilan los pumas, mientras los cóndores anidan o revolotean en la cumbre.

Los guanacos, a los que sirven de pedestales, tabrados por el tiempo, ese gran modelador, los restos de las colinas, escuchan asustados el ruido de las piedras que se desprenden a nuestro paso y que ruedan al fondo. Uno que otro avestruz silva tranquilo, haciendo la guerra a cuanta fruta o insecto encuentra, y algunos zorros, que abundan allí, huyen de los perros, guareciéndose en las cuevas. Uno de ellos, preocupado en devorar el contenido de un huevo *huacho* de avestruz, que ha quebrado contra las piedras, muere víctima de su glotonería. Una vaca alzada muge en las quebradas.

El vapor de la tierra húmeda se va expandiendo sobre el mar, unas veces azul sombrío, otras verdo-

so parduzco, y donde grandes sombras diseñan, fantásticamente, la forma de sencillas nubes que recorren el hermoso cielo.

Todo parece envuelto en una atmósfera luminosa, particular, y cada objeto titila, desde el lejano Monte Entrance del Norte, hasta el solitario Monte Observación del Sur. El espejismo nos regala con sus castillos, tomados por la fantasía de la óptica de los desiertos, pero que parecen levantados por algún amable mago, que desea olvidemos la siempre árida perspectiva.

Subiendo y bajando quebradas, llegamos al pie del Monte León y buscamos, entre los médanos movedizos, camino para llegar al mar. Vuelvo la cabeza hacia los sitios que acabo de cruzar ¡qué triste desolación, qué estragos ha hecho el tiempo, cómo ha devastado esta inmensa costa!

Tenemos que esperar la bajante que se aproxima, para llegar a la isla de Leones, que ha dado tanto que hablar y discutir desde el apresamiento injustificable de la «Jeanne Amélie» en ese punto. A pesar de hallarse a cortísima distancia de nosotros, la mar alta no nos permite cruzar hasta allí. La agitación de este rincón rocalloso, es demasiado grande, aún en el estado de calma en que se encuentra el océano. Son dignas de admirar estas mansas olas, casi insensibles, que a medida que se acercan, se encrespan, se ondulan fuertemente, rozan el fondo, retroceden, chocan contra las piedras y lanzan fina lluvia, que irradia al sol y cae blanca, al parecer hirviendo, a nuestros pies, moviendo los cascajos, y haciendo rodar los barriles; algunas se estrellan contra la muralla geológica, o truenan entre las pequeñas cavernas, horadadas por ellas.

Ya que tenemos que aguardar un par de horas antes que el mar haya dado paso, evoquemos recuerdos, que aunque me son tristes, darán a conocer a mis lectores una tragedia casi ignorada. Este

misimo mar, cuya calma es hoy tan grande como su agitación en el día de que me voy a ocupar, guarda en sus abismos marinos amigos, argentinos. Durante el gran temporal que en los primeros días de noviembre de 1874, se desencadenó en estas costas, llegando sus fuerzas hasta ocasionar grandes destrózos en la bahía de Montevideo, sucumbió, quizás a la vista del paraje, desde donde lo recuerdo, el comandante de la marina argentina Guillermo Lawrence, con toda la tripulación de un pequeño pailebot, en el cual se había lanzado al mar. Días antes, nos habíamos despedido contentos en la Bahía Santa Cruz, dándonos cita para el Río Negro. El día 2 de noviembre, al principio del huracán, avistamos desde el «Rosales», en el océano, el pequeño barco, y desde entonces no hemos vuelto a saber más de él, ni de los amigos que conducía. La osadía de Lawrence lo condujo a la muerte.

¡Qué espantoso temporal aquel! Una tempestad en el sur es indescriptible, lo mismo que las escenas que se desarrollan a bordo de los buques que sorprende. El cielo, momentos antes despejado, cúbrese totalmente; las nubes bajan y parece que oprimen las grandes olas, cuyas crestas hace blanquear el viento, o la pesadéz de la atmósfera las convierte en inmensas moles de grandes cavidades, silenciosas y gruesas como si tuvieran la consistencia del aceite; los negruzcos nimbos y los variados cirros cruzan veloces; el viento sopla con fuerza intensa y una oscuridad prematura parece descender sobre el océano. De repente ábrese el cielo; los rayos del sol, que calientan las tranquilas capas superiores de la atmósfera, alumbran el buque, que, con dificultad, combate contra los elementos; doran con fulgor, casi siniestro, los mástiles, algunas veces astillados, y bañan con su luz, las escenas heroicas de que es teatro la cubierta. La claridad se difunde entonces sobre el océano

enfurecido y presencia el conmovedor espectáculo de la lucha del hombre, contra los grandes elementos de la naturaleza, que trata de dominar.

Creo que nada puede infundir mayor entusiasmo ni más valor, que la vida de mar; esta es la lucha continua que proporciona confianza en sí mismo; que obliga al hombre a reconcentrarse y a buscar en sus fuerzas los medios de continuarla.

La marea ha bajado; las olas ya no cubren la playa; esta nos muestra las aristas de piedra, contra las que momentos antes, se estrellaron las aguas; podemos cruzarla sin peligro. Sólo nuestros caballos oponen alguna resistencia, alarmados por el sordo rugido del océano, que al alejarse, se encabrita frente a la muralla del peñón. Llegamos a su pie, que ha sido ya rodeado por bandadas de pequeñas *Sternas* que vienen a buscar los despojos que el Atlántico les ha abandonado.

La isla es un fragmento de meseta que se ha separado del continente por la lenta acción de las aguas modernas, que destruyen lo que las pasadas formaron. Fué en otro tiempo un prolongado cabo, que se internaba atrevido y que combatió rudamente, durante siglos; pero como nada resiste a la ley que quiere que todo, por más inerte que aparezca, no permanezca inactivo.

Algunos escalones, tallados con atrevimiento en la roca endurecida, y algunos fragmentos de cuerdas que cuelgan de la cima, permiten llegar hasta la llana superficie del islote, que se eleva a cerca de cien pies sobre la playa. Llegados allí, encontramos una plaza de quince mil metros cuadrados, más o menos, que es todo lo que constituye aquel paraje renombrado. Muchas bolsas llenas de huanos y apiladas, barriles, armas, carpas y una habitación construída con maderas y que contiene abundantes víveres, se encuentran abandonadas desde el día del atentado. La isla sólo está habita-

da, en el momento en que la visitamos, por millares de pájaros.

A excepción de los peugüines, cuyas formas no les permiten trepar esas paredes abruptas, todas las especies aladas que habitan las costas del mar antártico se dan cita bulliciosa en este paraje. Esta isla puede contener aún dos mil quinientas toneladas de huano.

No dudo que su presencia aquí, sea el signo de un levantamiento en tiempos no muy lejanos, pero el cual no ha sido el agente que ha separado la isla de la tierra firme, pues ésta no muestra ninguna alteración ni diferencia en su estratificación horizontal.

El embate continuo de las poderosas olas, durante las tempestades, sobre todo cuando éstas coinciden con las grandes mareas, ha motivado este fenómeno, y los grandes fragmentos de roca que han quedado en el espacio comprendido entre ambas murallas, semejan enormes cubes, trabajos de cantería, restos de una construcción ciclópea destruida, entre los que crecen algas y bajo los cuales se ampara más de una población marina.

Inmediata a la isla en las barrancas que limitan la costa, al nivel de la playa, encontramos una caverna curiosa, en cuya entrada, los marinos que han visitado esta bóveda natural, han grabado sus nombres: los imito, dejo mis iniciales y penetro a caballo a ella, por un pasadizo, largo de unos ocho metros. En el interior, una pieza de más o menos doce metros de ancho, casi circular, de techo elevado de cuatro metros y abovedado, constituye la caverna, que está enlozada con grandes fragmentos de areniza endurecida.

La luz sólo penetra por la entrada, así es que se goza adentro de una agradable penumbra, y donde, si en un principio la transición desde la claridad fuerte del día, enceguece y no permite

distinguir nada, pronto aparecen definidos sus suaves contornos. ¡Qué interesante monumento natural! Esa obscuridad es fecunda; una hermosa tapicería cubre sus paredes, donde las mareas dejan diariamente señales de sus caricias, y en las que depositan la vida que traen, en finísimas cintas de colores que varían del verde al azul morado. Todo tiene el vello del terciopelo, barniz viviente, producto de animalículos microscópicos o pequeñas plantas.

Volvemos a subir la barranca y almorzamos unos fragmentos de un guanaco que García ha boleado esta mañana y nos dividimos un huevo de avestruz que hemos salvado de las mandíbulas de los zorros.

Algunos cuchillos de piedra y gran número de *Patellas* destruidas indican que este paraje ha sido también en tiempos anteriores, paradero temporario de indios, cuando los manantiales vecinos no se habían agotado. Nosotros, para nuestro almuerzo tenemos que contentarnos con el agua que se ha depositado en una pequeña cavidad hecha por los guanacos al revolcarse. De esta agua tienen que beber, antes que nosotros, los caballos, quienes no lo hubieran hecho después de enturbiada, lo que es casi imposible, a no convertirla en barro. Tres calderas o tres litros, es todo lo que conseguimos para el mate y el té.

A la tarde retrocedemos y pasamos inmediatos al fogón que ha dejado la guardia puesta por los chilenos, para cuidar lo que ha quedado abandonado aquí, después del apresamiento de la «Jeanne Amélie». El camino que seguimos, es mucho más fácil y más agreste que el que hemos traído esta mañana; los cerros son algo más elevados, sus flancos unas veces más desnudos, salvajes, otras más verdoñosos, proporcionan interesantes contrastes, y las sombras de la tarde que llegan y que van cubriendo las cañadas les dan un aspecto más característico de soledad. Acampamos en un pequeño

bajo rodeado de preciosas colinas y donde el pasto es abundante; unos pozos de agua, aunque algo salobre, nos han invitado a hacerlo aquí, después de haber buscado en otros puntos parecidos, un rincón donde los mosquitos no fueran tan numerosos. Antes de entrarse totalmente el sol, obtenemos, con el revólver, un hermoso guanaco que se había empeinado en vigilar nuestros movimientos; es destinado para servir de provisión fresca en la isla Pavón.

El cielo vuelve a presentar la misma apariencia sospechosa que en la tarde de ayer y gruesas nubes se amontonan sobre nuestro profundo vivac, por lo que, inmediatamente después de asegurar los caballos, de manera que los pumas, los zorros o los mosquitos, que abundan aquí, no los hagan alejar y nos dejen a pie, tomamos serias disposiciones para la noche. Cada uno elige una mata de incienso, la despoja de alguna de sus ramas inferiores y de las espinas del suelo, y tiende su recaudo sobre las pequeñas piedras; dejamos los quillangos amarrados a las ramas del espinoso arbusito para que en caso de lluvia sirvan de carpas.

Este es el último día del año de 1876, y lo festejamos dignamente con un magnífico asado de guanaco y un buen jarro de té indígena, hecho con hojas de la olorosa *Verónica elliptica*. Después de combinar el plan de campaña para mañana, cada uno se retira a su dormitorio.

Raros son los días, de esta clase, que he pasado lejos de las personas que quiero. Mis pocos años han transecurrido en el seno de la familia, hasta que mis inclinaciones me han alejado de ese centro, y lejos, en estas soledades australes, acaricio recuerdos.

Me aparto del campamento. El espíritu sibarita y hasta el poco movimiento que se nota aquí me molesta.

A la claridad de la noche, pues la tormenta prevista se ha disuelto, — y envuelto en mi quillango, trepo al cerro inmediato y más elevado de los alrededores, que domina la región. Desde él se abraza el panorama del cielo, del continente y del océano. Es el modo más digno de principiar un nuevo año, corta etapa de nuestra vida.

La calma y el silencio reinan también en la alta meseta; uno que otro grito de águila o de cóndor desvelado lo rompe, y en el bajo se apagan ya los últimos fulgores de la hoguera, a cuyo alrededor, negras sombras diseñan los compañeros que duermen y los perros que velan atentos. En lo alto, un bello cielo, claro, estrellado, permite extasiar la vista en el encantado paisaje de los mundos del firmamento.

El espectáculo es espléndidamente bello, pero triste; predispone a la contemplación de la naturaleza, y arrastra hácia ella el pensamiento.

Enero 1.º de 1887. — La obscuridad del firmamento disminuye, anunciando la aparición del nuevo día, cuando bajo a descansar a mi sencillo lecho.

Horas después en seguida de desearnos, casi a un mismo tiempo, «un buen año», para los que queremos y para nosotros, nos ponemos en camino.

El rumbo es recto al oeste, dirección siempre deseada por mí; adelantamos por entre las colinas que en las cartas geográficas figuran con el nombre de Cadena del León. El sol ya alumbra y la naturaleza se anima; vuelven los avestruces y los guanacos a vagar en tropas, y con el calor de la mañana, que promete un medio día ardiente, aparecen numerosos insectos.

A medio día cruzamos una meseta llana elevada, desde la cual se distinguía los cerros lejanos del río Chico, y donde disparan inmensas tropillas de guanacos. Una de ellas cuenta quizás más

de quinientos individuos. Muchas lagunitas preciosas abundan en bandurrias, flamencos y espátulas rosadas que viven en tranquila sociedad, con numerosos patos. Los hacemos volar para deleitarnos con la belleza y variedad del plumaje que ostentan sus cuerpos al alejarse.

Almorzamos en un profundo y árido cañadón, al borde de una zanja donde encontramos agua potable. Dormimos la siesta y volvemos a ascender la segunda meseta, dejando ya las dos altas que forman la gran planicie. Este cañadón o quebrada es muy profundo: al este lo forman los descensos de cuatro escalones y corresponde, con pequeña diferencia, al nivel del valle por el cual corre el Santa Cruz.

Corremos innumerables guanacos, chicos y grandes, y cogemos tres pequeños, y a la caída del día, cuando los cerros se entristecen, llegamos satisfechos a la isla Pavón, donde desde lejos divisamos banderas nacionales izadas en festejo del día.

Nos reunimos aquí todos los que componemos la colonia, y hasta muy avanzada la noche nos entretiene el acordeón, la guitarra y los dos organitos que he traído para los indios. El himno nacional, tocado por Dufour es escuchado por todos con recogimiento; los aires gauchescos y las alegres cuadrillas de la *Belle Helene*, nos alegran el alma, que no toma nota de seis distintos aires alemanes que o son de música clásica o son tan incomprensibles que sus melodías no causan gran impresión a nuestros oídos poco musicales.

UNA VISITA DE INDIOS PATAGONES --
EXCURSION A SHEHUEN-AIKEN — LA
TOLDERIA — VISTA DE LOS ANDES.

Encro 2. — Habiéndose señalado humos al oeste, enviamos a Isidoro al encuentro de los indígenas, que emplean este telégrafo primitivo para anunciar su aproximación a las habitaciones de los cristianos.

Llegan a media tarde. La comitiva la componen cuatro indios que vienen acompañando a la china María, esposa del cacique Conchingan, cuyos toldos están clavados en el valle de Shehuen, inmediato al del río Chico. Desean cambiar algunos quillangos y una pequeña cantidad de pluma de avestruz, por azúcar, yerba, galleta y, sobre todo, por aguardiente, el cual están deseosos de beber.

No pueden llegar en mejor oportunidad. Mi intención era salir a buscar los tehuelches por los alrededores de San Julián, creyéndolos aún en ese paraje, donde comúnmente algunas tribus se dirigen en el invierno, demorando allí hasta el tiempo en que comienza la parición de los guanacos.

Es necesario recibir a estos hijos de la pampa con la solemnidad debida, para atenuar con cierta apariencia pomposa el desdén que pueden sentir por el insignificante personal de la expedición, destinada a cruzar los territorios donde ellos vagan como únicos dueños. La bandera se iza; los marineros visten su traje de gala; Moyano se coloca su uniforme y la espada, y yo no tengo más remedio que revestirme de un sobretodo que he adornado

con botones dorados y galones, y que reservo para ocasiones solemnes. El indio es amigo del aparato, y las pobres pompas que nos es dado ostentar pueden contribuir en algo al respeto de nuestra misión por parte de ellos.

Como sea necesario un título que equilibre siquiera al de cacique, adopto el de comandante.

Tenemos una larga conferencia con María, quien habla algo el español por haber vivido durante algún tiempo en las inmediaciones del río Negro y frecuentado la colonia de Punta Arenas, los dos extremos del territorio patagónico.

María, aunque esposa de un patagón, no es de la misma raza; es pampa, Gennacken. Aunque sus facciones no tienen nada de agradables, su modo de expresarse y el amor que demuestra tener por sus hijos, sobre todo por Shelsom, su hija mayor, para quien reserva en una bolsita de cuero, unas galletitas de Bagley y unas pasas de higo, que le doy, disponen bien el ánimo y auguran buena acogida en el Kau de su marido, el jefe de los hospitalarios habitantes de Shehuen-Aiken. Nada más plácido, relativamente, que la sonrisa de la buena india cuando le muestro las ilustraciones del libro de Musters y refiérole lo que dice de sus amigos los tehuelches. La muerte del valiente Castro, en las alturas del río Chico, las penalidades del invierno, la caza de toros salvajes y tanto otro cuadro de la vida nómada en esas regiones, trazado por la pluma del explorador inglés, aunque abreviado por mí, son fielmente traducidos por María a sus compañeros que no comprenden el español. Ella ha conocido a Musters, y lo recuerda perfectamente; me dice: «Musters mucho frío tenía; muy bueno pobre Musters». Las penalidades que este valiente marino sufrió, y que aumentan el valor de su excelente relato de viaje, fueron más tarde materia de largas conversaciones.

Los lagos, las montañas, y los campos del interior del país, los ríos que hay allí, y la posibilidad de visitarlos, es el principal objeto de la conferencia, y como sea satisfactorio el resultado, propóngoles alquilarles caballos para mi expedición, con la condición de que iré personalmente a buscarlos a sus toldos. La noticia de que voy a subir en bote el Santa Cruz, no les parece creíble.

María me ha hecho regalo de un quillango, formado de cueros de avestruz, y en cambio le he dado dos mantas de bayeta punzó que le agradan sobre manera, quedando así sellada nuestra amistad que debe ponerse más de una vez a prueba en el transcurso de este viaje. Igual obsequio hago a los demás indios conquistando así su voluntad, para cuando tenga lugar la medición de sus macizos cuerpos, operación que es uno de los motivos de mi viaje.

Uno de ellos, el anciano *Haikokelteish*, verdadero tehuelche, bronceado, de formas atléticas y de elevada estatura, recuerda cuando había *españoles* en San Julián, y me dice que conoció a los cristianos que fueron al «Agua Grande», es decir, a Viedma. Cuenta, pues, más de un siglo, que, sin embargo, no lo doblega.

En la indiada, tiene fama de loco, lo que puede ser debido a los viejos acontecimientos que relata, como habiéndolos presenciado, y que los demás indios, más jóvenes, no creen verosímiles.

Gennayo, también tehuelche puro, es otro de los acompañantes de María, y representa 25 años, más o menos.

El tercero de los indios es uno de los hijos de María, Gencho de nombre. El cuarto es un mestizo tehuelche y fueguino, conocido por Shesko o Juan Caballero, indio ladino que servía de intérprete a Piedrabuena en sus viajes a la costa de la Tierra del Fuego.

Enero 3. — Es excusado decir lo que sigue a la venta de los productos indios y a la compra de los productos cristianos. La borraçhera dura hasta el día de hoy, en que emprenden los indios el regreso a sus toldos.

Enero 5. — Temprano cruzamos el río, Moyano, García, Isidoro y yo, en dirección al campamento tehuelche. Después de galopar por una planicie abundante en arbustos, ascendemos la meseta con rumbo hacia el N. O. Encontramos varias lagunas con agua dulce, pero no permanentes, por ser muy pequeñas.

El paisaje es el mismo que en el lado del este que ya he descrito. Desde el río se distinguen con claridad cinco escalones que son otras tantas mesetas.

A diez millas encontramos un gran bajo que probablemente comunica con la quebrada mencionada y en el cual abundan depósitos salinos. En él vemos algunas aguadas permanentes y potables. Muchos fragmentos de yeso, ostras y turritelas revelan la formación geológica del terreno.

Más al norte de este bajo, subiendo nuevamente a la meseta, encontramos malísimos campos cubiertos de cascajo y arbustos pequeños. En ciertos parajes engaña el verde del orozú, y después de buscar largo tiempo un paradero aparente, tenemos que acampar al lado de un pozo de agua salobre, donde una nube de mosquitos nos incomoda cruelmente, no teniendo como impedir que esas pequeñas fieras nos piquen a nosotros y a nuestros pobres caballos que tratan de huir desesperados. Como se ve, poco halagador es el paisaje de este día; la aridez, la falta de agua buena y los enemigos mencionados, hacen que ofrezca pocos alicientes al caminante.

Enero 6. — Al salir el sol continuamos con rumbo al O. N. O. por campos mejores, donde la ve-

getación es más abundante y el terreno mucho más ondulado y pintoresco.

Algunas veces nos cortan el paso profundos zanjones que dan interés al paisaje y hacen prever un próximo descenso de la meseta; pocas horas después divisamos un extenso valle que se dirige al oeste. La perspectiva al norte es completamente desolada; tiene por fondo las lejanas mesetas situadas del otro lado del río Chico, el que se distingue apenas entre la desnuda pampa.

El valle extenso presenta aspecto más agradable, vense inmensos manchones verdes alrededor de una laguna bastante importante, formada por las aguas de un río que desciende por el centro del valle y que luego se une al río Chico, que se desliza viniendo del N. O. por entre las mesetas, formando en su conjunción una hermosa isla, en cuyo extremo este los dos se enlazan y se unen para correr en un solo brazo en dirección a la bahía de Santa Cruz, costeano el pie de la meseta. Hemos descendido ésta, siguiendo por los rastros de los indios, unas quince millas, por malos campos y galopando siempre al oeste hasta llegar al río. Este es indudablemente el río Chalia del cual se ocupa Viedma en su diario al relatar su interesante visita al lago que desde entonces lleva su nombre.

Como se sabe, Viedma salió de San Julián en dirección al oeste, lo que le hizo cruzar primeramente el río Chico, y después de entrar en otra pampa, llegar a un río llamado «Chalia» que no pudo vadear allí por su mucho fondo. De la relación de ese trayecto se desprende que el arroyo donde acabo de acampar es el Chalia, que no pudo examinar ni distinguir Musters, quién llevó su camino más al este del paraje donde se unen los dos ríos, es decir, en el punto que los indios nombran Corpe, más al este de Cayick y que algunas veces les sirve de cuarteles de invierno.

Musters es quien está equivocado al decir que Viedma cruzó dos veces el río Chico, tomándolo luego por dos ríos distintos.

En el punto donde paramos, tiene el río de cuatro a diez metros de ancho por algo más de medio de profundidad, pero esta es sumamente variable. Su corriente es aquí de cuatro millas más o menos por hora.

Habiendo boleado García un guanaco, almorzamos en este punto, y después de dormir una corta siesta, volvemos a caminar a las tres de la tarde. Dejamos a nuestra izquierda la roca que llama Viedma *Quesanexes* y que no es otra cosa que un fragmento de meseta que se desmorona lentamente pero que tiene una vista bastante interesante para llamar la atención del viajero, aburrido de la monotonía del paisaje general.

A medida que adelantamos hacia los Andes, el terreno mejora; lo notamos en las diez millas que recorreremos esta tarde, pero ya grandes extensiones están totalmente cubiertas de cantos rodados, y algunos de estos alcanzan un pie de diámetro. Puede juzgarse, por ellos, qué torrente inmenso tendría por cauce este valle, en tiempos no muy remotos, cuando esas piedras rodaban, como hoy ruedan las arenas en el rápido curso que es su resto.

A la noche descansamos sobre un precioso césped al lado del agua, después de haber obtenido para la cena algunos pichones de avutarda que antes de completar su plumaje, nadan ya en el arroyo.

Enero 7. — A medio día, distinguimos humos en el horizonte y a poca distancia de una angostura, donde se acercan las dos barrancas de la meseta, divisamos grandes hogueras sobre las cuales se elevan densas espirales de humo negro; es la señal que hemos convenido con los indios para indicarnos sus tolderías.

Pocos momentos después, algunos de ellos vienen a recibirnos y a acompañarnos al paradero de Shehuen, donde una buena extensión de campo fértil, cubierto de excelentes manantiales, proporciona a los nómades patagones las comodidades exigidas por su casi ninguna ambición.

La sensación que experimenta el viajero cuando llega a una toldería tehuelche, está lejos de ser la misma que se siente ante el recibimiento solemne que se le hace en los aduares de los tehuelches y mapuches.

No hay aquí ninguna etiqueta previa que cumplir, ni siquiera es necesario el permiso para penetrar en el *Kau*, donde lo esperan curiosos los indígenas. La confianza que inspira la vista de ese tumulto, que lo mira con asombro, es más o menos la misma que se tiene cuando se llega a un rancho de gauchos boleadores, en los puntos apartados de la pampa porteña; en uno y otro punto, todo es del viajero, con tal que se acomode a las escasas comodidades de que en ambos se gozan.

Las grandes juntas de guerra, en las que el explorador debe exponer el objeto que le lleva a las regiones donde el tehuelche o el mapuche es rey, no intervienen para nada en el recibimiento que se le hace en el humilde toldo del bondadoso patagón. No encuentro aquí esa fiereza de carácter guerrero, de que hace ostentación el habitante de las regiones del Limay. Sin embargo, el patagón no es menos valiente y defensor de su soberanía, como lo atestiguan las relaciones de combates que, en las veladas, cuentan los guerreros de todas esas tribus, y en las que muchas veces, la peor parte no la han llevado los tehuelches.

Estos son exaltados en la guerra, pero en la paz, no creo que haya salvaje, en el mundo, más tratable, sin tener en manera alguna la susceptibilidad de carácter del belicoso araucano o pampa.

La alegría que es dado demostrar a un salvaje, que en medio de la barbarie en que transcurre su vida, no deja de dar hospitalidad, sin restricción alguna, al civilizado que lo visita en su hogar primitivo, es muy diferente de la cruel desconfianza con que al principio se le trata en las regiones donde la vecindad y la lucha continua de distintas razas, hace nacer la ambición y el deseo de predominio.

Mi anhelo de varios años se satisface con mi llegada a Shebuen. Siéntome dichoso de penetrar en la vida íntima del legendario patagón; voy a estudiarlo en su misma patria, en toda su libertad, vagando en la árida meseta o cazando en las llanuras.

Apenas bajado del caballo, María me condujo a un pequeño toldo, que con el objeto de hospedar-nos, había preparado con cueros y ramas, inmediato al de su marido. Esta preocupación la agradezco debidamente, pues si bien la vista de él tiene poco de halagadora, indica por lo menos el deseo de festejarnos, proporcionándonos comodidades para nosotros, y local donde los recados y los objetos traídos para obsequios puedan conservarse, lejos de la mano de los chiquillos. Estos se encargan siempre de aligerar en la mayor escala posible el equipaje del caminante.

La perspectiva que tenemos de pasar algunos días en este toldo, no tiene nada de risueña.

Aun cuando recién ha sido construído, y los quillangos y cueros que sirven para asientos son nuevos, es imposible no sentir, después de transcurridos algunos minutos, dentro de esta tienda de pieles, ciertas sensaciones desagradables, que al principio pueden creerse nerviosas o producidas por el desasosiego que trae consigo una marcha rápida, en días calurosos; pero fuerza es convencerse que ellas son los preludios de una invasión de asquero-

esos insectos, que por más cuidado que se tenga atacarán indefectiblemente.

El jefe Conchingan se halla enfermo de una oftalmía purulenta que se ha declarado hoy, pero esto no obsta a que trate de agasajarnos de la mejor manera posible, después que le he hecho algunos regalos y prometídale otros, si consigue cumplir mis deseos.

Esta enfermedad que lo aqueja es muy común en los indios que habitan la Patagonia, y en su desarrollo debe influir mucho la vida nómada que llevan, siempre expuestos a la intemperie, sufriendo las grandes humaredas de los incendios, y sobre todo la irritación que sobreviene después de las grandes borracheras.

Conchingan me dice que le es muy agradable y honroso que un comandante haya llegado a su casa a visitarlo y que puedo contar con su influencia para que los demás indios, que dependen de él, me alquilen los caballos necesarios para mi expedición. Por su parte siente, sin embargo, no poder hacer gran cosa en mi favor, pues su tropilla ha sufrido mucho en las boleadas que han tenido lugar estos días y está casi imposibilitada de prestar servicios.

Sólo María y su pelado predilecto tienen dos caballos disponibles que quizás podríamos utilizar, en caso que el precio que ofrezcamos por su alquiler le convenga. Aconsejará además a otro indio amigo suyo que nos proporcione algunos, en las mismas condiciones.

Antes de principiar el trato, que es asunto importante, pues el indio jamás está contento con lo que se le da, considerándolo todo insuficiente, María quiere que almorcemos con ella, en lo que tengo que consentir, aún cuando sé el suplicio gastronómico que me aguarda. En las tolдерías no es bien mirado que el viajero consuma sus provisiones, cuando iguales hay en ellas, y rehusando el ofre-

cimiento galante de la buena india la hubiera desagradado, porque no habría podido hacer efectivos los deberes que le impone la hospitalidad. Según ella, el guanaco que ha boleado García está flaco y lo da a los perros, sin pedirnos nuestro consentimiento.

Chora, otra hija de María, colocó delante del toldo, sobre las brasas del fuego, que se alimenta casi perpetuamente, un asador conteniendo un gran trozo de carne de caballo, de apariencia espléndida y cuya vista era un deleite para indios y cristianos. María se encargó de hacer un puchero de avestruz, en un tarro de pintura vacío, que había destinado para olla.

El hambre, acostumbrado ya a no revelarse sino cuando hay con qué satisfacerlo, principiaba a despertar ante el olor del asado, cuando los perros hambrientos, que hasta entonces habían permanecido a cierta distancia, gozando de las emanaciones del futuro almuerzo, y esperando impacientes que se les tiraran algunos huesos con qué atenuar su apetito jamás satisfecho, se tomaron en pelea con los del toldo inmediato, con los que viven en enemistad continua, apurados por la necesidad. En la furia del combate, voltearon asado y puchero, que fueron a caer entre los desperdicios que rodean al fogón. Los encargados del almuerzo recogen los pedazos de carne y los colocan nuevamente en sus respectivos adminículos culinarios, después de limpiarlos con un asqueroso cuero de guanaco.

Sólo los pelados, esos perros de aspecto repulsivo que conocemos, fueron admitidos y se encargaron de espumar, con sus lenguas, el puchero, lamiendo de cuando en cuando el asado, que en las brasas concluía de condimentarse; así, se producía una escena desagradable para un blanco, y que pasa desapercibida ante el sucio dueño del toldo. Pero esto no es todo! El pelado preferido de María al-

terna las lamidas del asado, con engullidas de piojos que las chinas se sacan para regalar con ese bocado al estimable faldero!

Nuestro círculo, alrededor del asado, se compone, además de los dueños del toldo y de sus hijos, del viejo Kaikokelteish, del gigante Collohue, de su mujer, una especie de bruja a quien le hemos dado el apodo de «la Silvestre» por el inmenso matorral que representa su cabellera, y Zamba, desgraciada india, de aspecto repugnante por estar desfigurada por la caries sifilítica que le ha consumido la nariz.

Buen espectáculo para prepararse a almorzar!... pero los viajeros se acostumbran a todo, y haciendo abstracción mental de los pelados, de la suciedad del toldo y de sus habitantes, diré que el asado satisfizo nuestra hambre, ya poco exigente sin embargo, después de los paliativos que nos han proporcionado esas escenas.

A costa de empeños y regalos, puedo conseguir que María me alquile un caballo, por cierta cantidad de azúcar y yerba; pero tengo que solicitar del pelado, tan estimado de ella, y ya tan odiado por mí, su consentimiento, y esto con la mayor seriedad posible, para que me ceda uno de los suyos.

No sé cómo comprende el perro la importancia del ruego, pero su propietaria asegura que accede con tal que se lo pague bien. Según ella, este pelado es muy rico, es dueño exclusivo de cuatro caballos, dos vacas y un toro, lo que constituye la mayor fortuna que hay en la tribu, pues en toda ella el ganado vacuno se compone de tres vacas, el citado toro y un ternero.

El alquiler de los otros caballos no se puede conseguir en el toldo de María y tengo que ir a solicitarlo de los indios propietarios en sus respectivas chozas, pues así lo prescribe la etiqueta.

Para hacer esas visitas a los otros toldos, para

llegar a los cuales, aunque no distan, el más cercano, dos metros del de Conchingan, hay que hacer un peligroso viaje, pues el arribo a ellos es casi imposible sin serio peligro; a causa de los perros centinelas, tengo que envolverme en un quillango. De otra manera, los citados animales, que no conocen los deberes de la hospitalidad, hubieran dado pronto cuenta de mis pantorrillas. Trasformado en tehuelche de una manera tan exacta que mis enemigos no conocen el disfraz, consigo, en el toldo de Bera (otro indio gigante), dos caballos más al mismo precio que los otros.

En otro toldo vive Juan Caballero con su novia, la china Losha, joven viva y coqueta en extremo, que tiene trastornado al pobre fueguino.

Desgraciadamente para él, los padres de ella conocen la belleza de su hija, y la consideran, con fundamento, la más hermosa Ahonnecke que habita estos toldos, y los vehementes deseos del pobre enamorado chocan contra el gran precio que los poco compasivos progenitores de Losha quieren obtener por ella. ¡Seis caballos! es demasiado caro para quien no posee uno solo, viviendo de prestado, y el infeliz Juan ha tenido que dejar para tiempos mejores, que es probable no lleguen nunca, la oportunidad de ser dueño exclusivo de la risueña china. Sin embargo; más de una vez pone hoy a contribución mi escasa provisión de regalos, para poder conservar encendido el amor que ella siente por él, y que probablemente se hubiera apagado a no tener a mano las mantas rojas, los espejos, las cuentas y las sortijas que hay en mi equipaje.

Con los cuatro caballos conseguidos, agregándoles los de que dispone Isidoro, tengo ya los necesarios para el viaje, y aunque ninguno de ellos es bueno del todo, no quiero insistir en obtener mejores, temiendo que los volubles tehuelches cambien de opinión, y desconfiando de nosotros, no

quieran alquilarnos ninguno. El viejo pampa Rapa no puede comprender qué interés tiene para un comandante visitar las sierras y el agua grande, donde nace el río Santa Cruz, y como todo lo que no es comprensible es sospechoso para ellos, ya cierto recelo se nota en los toldos, respecto al destino que debo dar a los cuatro caballos, de los cuales uno es manco, otro cojo y tuerto y el tercero lastimado en el lomo.

Tranquilo ya sobre este primer punto, trato de tomar algunas medidas antropométricas, lo que también consigo, mediante algunos regalos y algunas mentiras.

Cuando los indios visitaron la isla Pavón, me hablaron de un «agua» que hervía y que era venenosa, pues cuando hombres, caballos y perros la bebían, morían indefectiblemente.

Está situada a trescientos metros de los toldos; es un pequeño pozo, que se nota en el centro de una costra, al parecer calcárea, llena de fragmentos de rocas volcánicas y de la cual los indígenas han desprendido trozos para cubrir la fuente, pues la superstición la hace ser habitada por el Agschem, o espíritu maligno.

Mide la boca veinte centímetros de ancho y su profundidad quince. Está casi lleno de un agua que exhala un olor bastante semejante al petróleo y que bulle en infinidad de burbujas.

Puedo llenar una botella que con este objeto he traído desde Pavón; en el fondo del pozo, la mano, al remover el barro, siente corrientes gaseosas que se elevan, pero el nivel del agua no aumenta mientras la registro, y los indios me dicen que nunca han visto lleno el pozo.

La temperatura de dicha agua es de 25°, mientras al sol marca el termómetro 28.75 Reamur.

(El Dr. Arata que ha estudiado el agua contenida en la botella, ha tenido la bondad de darme el análisis siguiente:

Agua	989.55
Carbonato sódico.	10.19
Cloruro de sodio.	0.26
	<hr/>
	1.000.00)

Hubiera deseado averiguar, por medio del fuego, si hay aquí gases combustibles, pero la superstición ya ha alarmado a la indiada que me rodea mientras registro la fuente y se queja de los males que puede acarrearles mi osadía, al tratar de averiguar lo qué hay en la morada del maligno espíritu. Para los pobres, estas burbujas tienen algo de sobrenatural, y el poco sensible ruido que hacen lo interpretan en el sentido de demostrar los enojos de quien mora en el pozo, y que no desea ser molestado; según ellos el agua está quieta mientras no la miran.

Su asombro al verme meter el brazo dentro del agua aumenta cuando pruebo de ella sin que me haga ningún mal, y algunas miradas del viejo Tétao me indican que la sospecha de que sea yo brujo, ha cruzado por su cerebro. Me amenaza con el Agsehem, que me hará caer la mano que he mojado, y con el rencor de los indios, a quienes por mi imprudencia van a sobrevenir grandes males. Una formidable nevazón caerá el próximo invierno, y si durante ella no mueren todos los habitantes de la toldería, tendrán que sufrir grandes penurias.

La vista de la botella y el misterioso fin con que he recogido el agua que contiene, da pábulo al insaciable espíritu supersticioso de la indiada. Indudablemente va a servir para algún maleficio, y este pensamiento tiene desveladas y llorosas a la mayoría de las mujeres, alarmadas con el augurio del viejo y el del daño que puedo hacerles yo, usando esa agua venenosa.

Ninguno de los tres grandes hechiceros tehuelches, Cuastro, Samell y Enrique el fueguino, está

en la toldería de Shehuen; ellos viven ahora entre los indígenas que habitan el valle del río Gallegos y no pueden, felizmente, explotar la credulidad de mis huéspedes en pró de la gran fama de que gozan y en contra, quizás, de mi expedición.

Enero 8. — El paisaje que rodea la toldería indica la presencia, en sus cercanías, de fuerzas volcánicas, de las cuales esas fuentes pueden ser manifestaciones. En el fondo se distinguen negras fajas horizontales que parecen basálticas y al norte, cruzando varias mesetas escalonadas, que se interponen entre el valle de Shehuen y el río Chico, se distinguen cerros cuyas formas, indudablemente, son debidas a la existencia de esas rocas, y uno de ellos afecta la estructura volcánica y según el nombre con que lo señalan los tehuelches, «Chalten», se ve que estos han encontrado semejanza entre él y otros picos volcánicos que se encuentran en la cordillera, que más adelante mencionaré y que son señalados del mismo modo.

El valle de Shehuen, en ciertos parajes, situados al este de los toldos, en el trayecto de la ida, no presenta sino desolación, y las mesetas denudadas y casi sin vegetación tienen el aspecto más triste que conozco hasta ahora en Patagonia; pero a partir de ellas, hacia el oeste, el paisaje es inverso; todo cambia, el valle es más angosto, más verde, el pasto amarillento es más visible y tupido y las mesetas tienen sus escalones más inmediatos. Además las montañas que al noroeste se elevan, cruzan el horizonte; y al oeste, la grandiosa cordillera, erizada de picos siempre nevados, celestes, blancos, dorados y rosados, se presenta unas veces como nubes y otras contorneada severamente en el espacio azul, ostentando la esplendidez de los soberbios gigantes.

Enero 9. — Emprendemos regreso a la isla Pavón, después de despedirnos de los habitantes de

Shehuen, quienes, burlándose amigablemente de nosotros, nos dan cita para el lago donde nace el Santa Cruz, al cual debemos apresurarnos a llegar cuanto antes, por temor de que la estación fría se aproxime.

Seguimos el mismo camino que antes y acampamos a la orilla del río, en el punto donde lo hemos hecho a la ida. Aun cuando el terreno, en este punto, es malo ahora, creo que en este paraje, haciendo algunas acequias, que en ciertas estaciones fertilizarán las cercanías, podrá plantearse una pequeña población que sirviera de intermediaria entre las de la costa y las que han de construirse en las inmediaciones de la cordillera. La principal vegetación consiste en algunas Quenopodiáceas.

Enero 10. — A la tarde cruzamos el río Chico para penetrar en la hermosa isla que ya he mencionado, pasando antes por el paradero nombrado *Cayick* donde María nos ha dicho que encontraremos su depósito de pinturas.

Lo encontramos, y recojo muestras de ellas. Están envueltas en un cuero y atado este sobre un palo; alrededor hay gran cantidad de huesos de animales, pero no puedo ver ningún objeto que haya sido usado por los indios.

Los tehuelches, lo mismo que los mapuches, queman, al cambiar de toldería, cuanto objeto inservible no pueden llevar consigo. Creen que basta que un brujo enemigo encuentre uno de ellos, para que pueda dañar al indio a quien ha pertenecido; según ellos, el pelo es uno de los objetos que más prefieren los brujos para sus maldades.

El río Chico da vado en el paso y sus aguas corrientosas no tienen el claro color del Shehuen.

Arrastra materias terrosas que le dan cierta opacidad que contrasta con la limpieza de las del arroyo. En los dos puntos que lo cruzamos no hay más de metro y cuarto de agua. Lo costeamos por

su margen del sur, y a la noche acampamos en otro paradero indígena abandonado y donde, a causa de la obscuridad, no podemos obtener buena agua, y tenemos que contentarnos con la salobre de unos pozos vecinos. Esta noche es terrible; los mosquitos son abundantísimos. Sobre una loma cercana, no dormimos, sinó que nos revolcamos toda la noche, envueltos en nubes de ellos, que no nos permiten conciliar el sueño.

Enero 11. — En la madrugada continuamos, sobre las mesetas, con rumbo hacia el suroeste, perseguidos de tal manera por los mosquitos, que hasta impiden arrear los caballos de muda que llevamos; felizmente, una benéfica lluvia acompañada de fuerte viento aleja poco después esos crueles insectos, que van a alojarse en las quebradas. A las doce del día entramos a la isla de donde no saldremos ya sinó para ascender el río.

ASCENSION DEL RIO SANTA CRUZ

Encro 12-14. — Los días transecurridos entre nuestro regreso de Shehuen-Aiken y el señalado para la partida definitiva, los empleamos en arreglar el velamen de la embarcación, que es demasiado grande, y en construir dentro de ésta divisiones destinadas a contener las provisiones necesarias para el viaje.

Encro 15. -- Todo queda listo, temprano, y los víveres embarcados; hacemos cruzar la caballada a la ribera del norte, que es la elegida para principiar la labor que debe conducirnos a los Andes. A mediodía, después de haber almorzado, todos juntos los habitantes de la isla, y de habernos regalado con los mejores manjares de que aquí podemos disponer, nos despedimos del señor Dufour, brindando por el buen resultado del viaje.

Entre saludos, con las banderas izadas en el mástil de la ballenera, y sobre la casa de la isla, las salvas de los revólvers y los «adiós» deseándonos mutuas felicidades, llegamos al costado opuesto donde nos aguarda, listo ya, Isidoro.

Algo de solemne en el fondo, aunque muy vulgar en la apariencia, tiene para mí el momento en que embicamos en el caseajo para principiar el remolque. ¿Llevaré a cabo mi proyecto? ¿Tendré suficiente fuerza para ello?

Todas las expediciones que antes que la que dirijo han intentado descubrir las fuentes del río Santa Cruz, contaron con mayores elementos. En 1834, la que emprendió el ilustre Fitz-Roy, y que es uno de los más importantes trabajos de explo-

ración llevados a cabo en las costas argentinas por el «Beagle», dió a conocer la importancia de este gran curso de agua, aunque tuvo que retroceder a los veintiún días de penosísimo trabajo, sin haberlo podido reconocer en toda su extensión. Fitz-Roy llevó en esa excursión tres botes ligeros, tripulados por diez y ocho marineros, además de un cuerpo de oficiales, y sin embargo, los obstáculos fueron tantos, que hubiera sido temerario continuar, entónces, dicha exploración. Si bien no pudo obtener el éxito deseado, cábele a esa expedición la gloria de haber señalado el camino a otros, y los nombres del almirante inglés y de Carlos Darwin, son protestas suficientes contra los que pretendan tachar de poco feliz el relativamente importantísimo resultado de aquella primera ascensión del Santa Cruz.

En estos últimos años, dos expediciones chilenas han tratado de seguir el imperecedero sureo de las embarcaciones inglesas, pero ninguna de ellas ha podido adelantar nada a lo que nos han dejado los exploradores de 1834. La más importante, compuesta de una lancha a vapor y de dos embarcaciones livianas de remos, sirgadas por caballos, regresó a la bahía, después de diez días de viaje, habiendo recorrido sólo una pequeña parte del curso del río.

Únicamente la expedición que en 1873 envió el comandante Lawrence de la goleta nacional «Chubut» y que dirigía el subteniente Valentín Feilberg, compuesta de cinco hombres, llegó, con un bote ballenero, hasta el punto donde un gran lago lanza las aguas en el Santa Cruz, pero no pudo navegar en él por los malos tiempos que reinaron durante su exploración. No obstante, Feilberg pudo pasar más adelante del paraje desde el cual regresó Fitz-Roy.

La expedición que a mi turno dirijo y que va a

tratar de avanzar más, si posible es, es aún más modesta que la de Feilberg, dadas las condiciones náuticas de la embarcación. Esta mide una eslora de ocho metros y sesenta y cinco centímetros, lo que corresponde a ocho remeros, y, sin embargo, es tripulada por sólo dos de ellos, Francisco Gómez (el correntino) y José Gómez (el brasileiro), y un timonel (Estrella). He destinado el grumete para el cuidado de los caballos, pues Isidoro tendrá que alejarse continuamente para proveernos de caza.

Además, me acompaña el subteniente de marina Carlos Moyano, quien, desde hace largo tiempo, desea tomar parte en esta excursión, tan soñada por mí.

Como se ve, humildes son los recursos con que cuento, pero el valiente y alentador adelante! lacónica frase que nos sirve de proclama para el combate que vamos a librar contra la «Llanura Misteriosa», lo acalla todo y aleja los presentimientos funestos.

No pensamos, por supuesto, en ascender a remo: la poderosa correntada nos hubiera llevado al Atlántico en vez de a la cordillera: ellos son inútiles mientras nos encontremos en el canal del río, y sólo podremos hacer uso en los remansos formados por las innumerables vueltas.

La sirga de este día es encomendada al brasileiro Pedro. Encargo al correntino Francisco de impedir, sondando con el bichero, que el bote vare, y de llevarlo siempre a cierta distancia de la orilla, para que las ramas no entorpezcan el remolque. Estrella dirige el timón, para que la embarcación ofrezca siempre la proa a la correntada. El señor Moyano se encarga de seguir en ella, con la aguja de marear, las ondulaciones del río, comparándolas con la carta de Fitz-Roy, que hemos aumentado, para este objeto, en una gran escala. A Abelardo le recomiendo el cuidado de la tropilla, mientras que Isidoro va a bolear algo, para la ce-

na. Yo sigo a pie por tierra y por agua, dirigiendo la sirga, y juntando al mismo tiempo objetos para las colecciones.

Nuestra inexperiencia nos ocasiona, al principio, grandes embarazos. El caballo y el caballero, ambos poco prácticos en la sirga, trastornan a cada momento la marcha; la inteligencia del primero le hace conocer el poco valor del segundo, y a la menor dificultad con que tropieza, se resiste a ir adelante, seguro de que quien le guía, no pondrá gran empeño en la prosecución del viaje. El temeroso «Patricio» (es el apodo que le hemos dado al brasilero Pedro, y así lo llamaré en la relación de este viaje), desde el momento que se sienta en el recado, comprende lo penoso de la tarea que le he encomendado, y aunque no hay más recurso que obedecer, lo hace de bastante mala gana. Confieso, que, para su primera prueba, esperaba de él algo peor, teniendo en cuenta sus antecedentes y conociendo los desvelos continuos que le ha producido la sola idea de ver los Andes, y sobre todo, vivir con los salvajes.

En un momento en que pensando en los rigores de su suerte no se fijó en un rápido producido por una enorme mata de incienso, que está ya casi cubierta por la inundación, cae con el caballo dentro del río, recibiendo así, involuntariamente, el bautismo del Santa Cruz, al cual tanto teme. Este cómico suceso, aunque retarda unos momentos la marcha, contribuye eficazmente a que Patricio juzgue prudente abandonar esos tristes pensamientos que le sugieren la desidia con que cumple su trabajo, tome aliento, obligado por la necesidad, y continúe mejorando su servicio.

La marcha, ya más enérgica, nos aleja pronto de la isla; el bote, remolcado por una briosa yegua, rompe, aunque con trabajo, la corriente, que lleva una velocidad de seis millas.

La unión de las mareas, que algunas veces llegan hasta este punto, han formado algunos pantanos, que ofrecen dificultades para cruzarlos, pero pronto los pasamos, y con la llegada de la tarde suspendemos el trabajo, a unas seis millas de la isla Pavón, trayecto suficiente para el primer día.

En los parajes por donde hemos cruzado hoy, el fondo del río lo componen unas veces capas de cascajo, esto es, cuando el hilo de la creciente los baña, pero cuando, a la inversa, forma remansos, se ve arena mezclada con arcilla muy fangosa. En este lugar, el ancho del río mide 300 metros más o menos y no varía visiblemente, donde las costas son bastante elevadas, para que la inundación no las cubra; en los bajos el ancho es sumamente variable.

Las mesetas inmediatas se aproximan, enangostando el valle; el gran bajo, que se extiende al N. O. de la isla Pavón, desaparece gradualmente, y en el lado este, la primera meseta que se desprenda, desde más al sur de dicha isla, se ha unido con la que se divisa en frente de ella, y forma un primer escalón bastante elevado, que hace que cese la diferencia que se notaba, en la altura de ambas costas. El suelo es arenoso, arcilloso, y cubierto casi completamente de cascajo; grandes cantidades de arbustos de hojas de colores distintos, armonizan el paisaje, y entre ellos, manchones con pasto amarillento de penachos plateados le dan cierta apariencia metálica que alegra el suelo. Este está surcado por infinidad de pequeñas sendas de guanacos, que facilitan la marcha a pie, pues los *Cactus*, las espinas de los arbustos y la fabulosa cantidad de cuevas de *Ctenomys*, cansan y maltratan cruelmente al caminante.

Una pequeña bahía nos proporciona lugar seguro donde amarrar la embarcación, y la gran cantidad de arbustos, que hay aquí, pues este es uno de

los parajes más abundantes de leña, nos suministra la suficiente para hacer grandes fogatas con que anunciar a los habitantes de la isla el punto a que hemos alcanzado en nuestro primer día de exploración.

Isidoro ha corrido, mientras trabajamos con el bote, una tropilla de guanacos, y trae uno pequeño para la cena, el que es asado y comido alegremente por todos los expedicionarios. Apenas oscurece, cada uno tiende su quillango, y se entrega al reposo, bien ganado, de estas primeras fatigas de la expedición.

Por mi parte he hecho un hallazgo feliz en el pequeño claro donde he arreglado mi cama. Consiste en dos hermosas puntas de flechas; una de ellas, de obsidiana renegrada, tallada a grandes golpes, me ha sido revelada por su hermoso brillo; otra más pequeña, de distinta forma, trabajada exquisitamente, en sílice translúcido, con sus aristas admirablemente definidas, la he exhumado al alisar el suelo arenoso donde mi espalda debe encontrar comodidad. Un tercer objeto, consistente en un cuchillo pequeño de obsidiana, tallado de un solo golpe en una de sus faces y de tres en la otra y que es el instrumento que aún a veces emplean los indios para sangrarse por las venas del brazo, cuando no han tenido buen éxito en los tiros de bola, completa mi felicidad, que poco ambiciona este día. ¿Qué mayor éxito puede desear un viajero antropólogo, en estas regiones que dormir en el mismo sitio en que quizás lo hizo el primitivo patagón, en sus incansables correrías, cuando tenía por única habitación el resguardo de las matas y cuando buscaba con esas humildes armas su alimento o confiaba a ellas su defensa?

Todos descansamos perfectamente esta noche, a excepción de Patricio, quien ha hallado en la costa del río, una avutarda destrozada por un zorro, y

en cuyas heridas ve, con seguridad, las terribles garras de un león. A él nadie le engaña; vela toda la noche.

Enero 16. — Bien temprano continuamos la marcha que debemos distribuir diariamente en dos etapas, a causa de los largos días de la estación y del calor que a medio día es sofocante. Tomado el café con una galleta por hombre, pues esta clase de provisión no abunda, habiéndose perdido casi el total de ella por descuido de los marineros, la sirga dirigida esta vez por el correntino Francisco, remolca el bote con mayor empuje que en el día de ayer. El curso del río se dirige desde el sur, teniendo varias islas en su centro y en ambas márgenes; costas bajas, arenosas, con gran cantidad de matorrales. Aún cuando el trabajo se hace con empeño, esos obstáculos ofrecen siempre dificultades, que entorpecen la marcha, la cual debe continuar unas veces tirando el bote, a pie, por dentro del agua, o espinándose entre la maleza. En los puntos donde el río no presenta islas, su aspecto es magnífico; los hilos de su rápida corriente se dibujan con claridad, y las aguas bullen saltando sobre las matas que la inundación ha cubierto; una noble placidez reina en el centro del gran torrente, que descende con ligereza, mientras que en los costados, el agua choca, en los recodos, entre las rocas de las barrancas, o asalta las citadas ramazones. En ciertos parajes la corriente es tan veloz, que al menor accidente del terreno forma un pequeño rápido o remolino, que dificulta el paso del bote, y que nos obliga a hacer grandes esfuerzos.

A unos trescientos metros del paradero, el río corre, lamiendo y batiendo la meseta del norte, casi vertical, mientras que al sur, se dilata una planicie inundada. Esta, por desgracia nuestra, no tiene agua suficiente para permitir el trabajo del remolque, sea a pie, sea a caballo; los traicioneros

Cactus ocultos, las espinas de los arbustos y las cuevas de *Ctenomys*, llenas de agua, nos son bien conocidas ya por desgracia nuestra y comprendemos la imposibilidad de cruzar a ese costado.

No hay más remedio que salvar la meseta, y a ello vamos. La pendiente del río es visible al ojo, y la fuerza de su descenso, aunque grande, no acobarda. La inclinación de la cuesta y el suelo suelto, producido por el desmoronamiento de la cumbre que forma la meseta, no nos permiten emplear los caballos, pero tratamos de salvar el mal paso poniéndonos, los dos marineros y yo, a hacer ese trabajo. Lo conseguimos, no haciendo caso de las espinas que nos arrancan grandes fragmentos de las ropas, y no pocas gotas de sangre; hay que hacer pie y tirar la cuerda, sin preocuparse de que basta una sola pisada falsa, para desplomarnos hasta el agua, de una altura que varía entre 30 y 50 pies. Pasada la meseta, la costa es más tendida y los matorrales van decreciendo en número. No se divisan tropiezos en la parte que se distingue del río, y juzgando innecesaria mi presencia allí, salgo a caballo, a visitar los alrededores.

Subiendo hacia el N. N. O., la meseta empinada, pedregosa, diviso nuevamente el gran bajo que he mencionado, situado en frente de Pavón, y que se dirige hacia el oeste. Entre ese bajo y el río, se eleva una isleta separada, compuesta de tres mesetas de las más inferiores en altura (300 pies) y que la expedición de Fitz-Roy nombró «Cerro Guanaco».

Un panorama tristísimo se extiende desde esta cumbre; los cerros desnudados, áridos, pálidos, no se destacan bien contorneados en esa monotonía continua, que resulta de la disposición igual que ha producido la erosión del tiempo; sólo, en la parca planicie baja, se ven algunas lagunas; tres de ellas son de regular tamaño y dan al paisaje cierta

variedad, que la vista contempla con algún gozo, aunque el suelo blando, la falta de vegetación y el poco aire que corre en el bajo hacen preferir la brisa de las alturas, que continuamente refresca las piedras caldeadas por el sol. Desde ellas, si bien la perspectiva no es más variada, por lo menos, hay mayor grandeza en su misma uniformidad.

Desciendo de la meseta y sigo los bajos que se extienden al pie de ella, con matorrales tupidos, en pequeñas agrupaciones, hasta un punto en que el río vuelve a recostarse a la barranca, y donde seguramente tendré que prestar ayuda, por más débil que ella sea; hago campamento junto a Isidoro que me ha precedido con la caballada y me espera con el mate listo. El bote no se distingue aún, y por más fuegos que he encendido en todo el trayecto, desde el sitio en que me he separado de él, en la costa no se divisa ningún humo en contestación. Recién a medio día llega; cruzamos el mal paso y descansamos.

Seis horas de consecutivo trabajo son mercedoras de un buen pedazo de puchero o asado y un jarro de café, menú, que con un poco de fariña, debe variarse rara vez en el transcurso del viaje. Un piche que ha casado Isidoro, y que incita el apetito con su amarillenta gordura, es pronto asado y devorado de una manera poco conocida de los que no han gozado de la vida austral.

No podré decir si la necesidad, o la gastronomía patagónica, ha revelado el siguiente procedimiento culinario a los indígenas, que lo emplean frecuentemente, pero sí declaro, que merece imitadores. Basta calentar algunas piedras rodadas (planas y ovaladas son las preferidas), colocarlas dentro del piche, y coser con el mismo cuero o con una ramita, la abertura del vientre por donde se han extraído los intestinos, para conseguir un manjar delicioso. Esto, en menos tiempo que el que se em-

plearía haciéndolo directamente en el fuego. El medio entre asado y cocido, que producen las piedras, es excelente, y el jugo de la carne y la gordura deja un caldo substancioso que no se desperdicia jamás. Este mismo procedimiento se emplea en otros muchos animales, avestruces, guanacos pequeños, etc.

El descanso a la sombra de unos inciensos dura hasta las tres de la tarde. A esa hora continuamos y pasamos frente al paradero indígena de *Amenkelk*, que se encuentra a la entrada de una quebrada honda, fértil, donde se unen varias mesetas, formando un conjunto de cerros de apariencia bastante pintoresca. En este punto concluyen los Cerros Azules, y la pampa alta, que continúa hacia el estrecho se eleva en varios escalones bien pronunciados, pero tendidos. El río baña aquí la costa sur, formando grandes recodos a los cuales no llega la inundación. Las orillas son firmes; las matas poco numerosas, y el camino se hace esta tarde tan cómodo como ha sido engorroso en el trayecto verificado por la mañana.

A la entrada del sol, paramos en un pequeño displayado, inmediato a una gran mata de incienso, donde hallamos algunos troncos cortados, hace muchos años; es el paradero de Fitz-Roy en el tercer día de su exploración, pero a la inversa de la noche cruel que esa inolvidable expedición pasó allí, nosotros, felices de haber hallado esos vestigios y gozando de una temperatura bien distinta de la del 21 de abril de 1834, cenamos y nos dormimos en santa paz.

Enero 17. — Los rumbos que hemos anotado hasta ahora concuerdan perfectamente con los de la expedición inglesa. Ponemos el mayor empeño en observarlos, y salvo detalles muy insignificantes, no podemos sino admirar la precisión asombrosa con que han sido dibujados. La marcha se

hace hoy muy difícil. Los matorrales espinosos abundan en el lado norte, por donde vamos, pues en el sur, los cerros llegan hasta el agua.

Apenas hemos andado una milla, enfrentamos el paradero de *Chickerook-aiken* situado en el lado sur; es punto bastante frecuentado en las cercanías por los habitantes de Pavón. Fitz-Roy señala en él (o en sus proximidades), un paso a vado de los indios.

Las pendientes sucesivas de varias mesetas, que descienden gradualmente, desde alguna distancia, forman una pintoresca quebrada. Principia ésta desde los primeros derrames de las alturas, y aumenta en ancho y profundidad a medida que se acerca al río, a cuyo nivel, con muy corta diferencia, se encuentra la región inmediata. La humedad producida por la capa acuosa que se halla entre el cascajo que cubre el suelo de Patagonia, y la impermeable terciaria, adorna el paisaje con una faja de verdor entre el punto permeable y el impermeable del terreno. Además, abundantes arbustos, protegidos por los barrancos contra los vientos, forman un pequeño prado, risueño, si se le compara con la esterilidad de la margen opuesta del río.

Pasando Chickerook-aiken, el horizonte, al oeste, se despeja, las barrancas no son tan inmediatas al agua, ni sus pendientes tan escarpadas, y a ambos lados, las mesetas se alejan, formando llanuras bastante extensas. Una planicie se desarrolla, amarillenta y triste, rodeada por graderías gigantes que gradualmente se desvanecen hacia el oeste, y pequeños sacos de barrancos bajos, cubiertos de pedregullo grueso, por en medio de los cuales corre el torrente, en caprichosos serpenteos, son los únicos puntos que ofrecen algún verdor.

Faltan en estas regiones los accidentes del terreno, que halagan tanto la vista y que ofrecen al

viajero tanto motivo de estudio y de ilimitada variación en sus ideas; todo es igual, la monotonía opresora enerva aquí, desespera. La aridez continua, las sábanas de piedras, los arbustos, que viven muriendo, le comunican un abatimiento con el que sólo la energía puede luchar.

La igualdad de Patagonia es lo que más choca al viajero que, ávido de paisajes, sean risueños, salvajes, tristes, recorre con la vista ese panorama, y si en la disposición orográfica y geológica ofrecen esas comarcas tan pocas variaciones, en la fauna y flora sucede igual cosa. Guanacos, avestruces y nada más divisamos sobre la tierra; algunas aves de rapiña vuelan tétricas, y los lucientes y renegridos coleópteros desafían las arenas calentadas por el fuerte sol. Sólo las orillas inmediatas al río ofrecen vegetación relativamente casi lujosa, pero ella nos incomoda para nuestro trabajo; así, lo único que en la naturaleza nos sonríe, nos es también tropiezo. Sin embargo, en el río hay vida; patos y avutardas lo surcan descendiendo, pues la corriente no les permite ascenderlo, y en los remansos sus nuevas y jóvenes familias aletean zambullendo contentas.

El remolque se hace muy dificultoso; la corriente ha aumentado en velocidad, y encontramos algunos parajes donde se forman verdaderos rápidos. Nos vemos obligados a ayudar al caballo, tirando todos de la cuerda. A la menor negligencia, la embarcación puede zozobrar y concluir con nuestra expedición; además, las vueltas van aumentando en tal número, que parece que no adelantamos camino.

Encontramos en la primera parte del tránsito de este día una tropilla de jóvenes avestruces, de la que obtenemos una docena; los demás, en número de cien, más o menos, se dispersan en las mesetas, o cruzan el río a nado. El avestruz no se

echa al agua por su propio gusto, y lo hace sólo cuando se encuentra apurado por el cazador o por alguna fiera. Fitz-Roy cita el caso presenciado en el río Santa Cruz, de seis o siete avestruces que cruzaron el río nadando, y agrega que hasta entonces no había tenido idea de que ave de patas tan largas, pudiera, por su solo gusto, echarse al agua y cruzar un torrente rápido, pero que ese espectáculo le daba la prueba de lo contrario, porque nada, a su modo de pensar, había incomodado en tierra a los avestruces. Quizás algún zorro, o un puma, los estuvo acosando en esos momentos. Es curiosa la vista que proporcionan estos animales nadando; sólo dejan que el largo pescuezo salga fuera del agua, y van lanzando un triste silbido.

A medio día descansamos, para pelar los avestruces y almorzar algunos de ellos, pues el trabajo nos ha dado gran hambre; una vez satisfecha esta, nos tendemos sobre la arena a reposar, en la siesta bien ganada. La modesta expedición duerme dos horas, lo suficiente para recuperar fuerzas y ánimo, que se consumen en la pesada tarea. Esta continúa a la tarde de una manera aún más engorrosa. El desaliento, va apoderándose de los marineros.

A la caída de la tarde, en lo más penoso del trabajo, que se hace por la falda de una barranca sumamente tupida de arbustos y que nos hace marchar con lentitud y precaución, sentimos, a algunos pasos de nosotros, los ladridos de los perros, y vemos un puma que corre saltando entre los arbustos, y que luego busca su salvación cruzando a nado el río. Estos animales son ya muy frecuentes en estos parajes, y más de una vez han asustado al brasilero las señales que sus patas dejan en la arena. Los huesos de las víctimas que encontramos, entre las matas, donde la fiera se ha regalado, y los guanacos muertos que aun conservan parte de sus carnes con el cuello dislocado y los miembros

destrozados, son testimonios suficientes para hacer temer la vecindad de estos terribles merodeadores de la Patagonia.

Nos encontramos frente a una barranca a pieco, bastante extensa, y avanzando ya la noche, hacemos campamento, a pesar de las protestas de Patricio, a causa de la vecindad de las fieras. El miedo le mantiene desvelado y acompaña en la guardia a los perros.

Enero 18. — De madrugada, monto a caballo y me dirijo hacia el norte, hasta alcanzar la meseta alta. Se cuentan cinco escalones que ascienden gradualmente desde el río. Entre los primeros hay menor diferencia en sus respectivas elevaciones y éstas aumentan a medida que se asciende. La altura total de los cinco la calculo en 550 pies. Hacia el interior se ven otras aún más elevadas. La vegetación es pobrísima y los arbustos muy pequeños; la mata negra es raquílica, aunque prepondera en número entre las escasas plantas que aquí viven.

Es demasiada desolación y no quiero permanecer largo tiempo en esta altura; desciendo la falda de la meseta, en momentos en que una gran tropilla de guanacos desfila, costéandola por las sendas que durante años han seguido. Los curiosos animales, al verme, se han parado como autómatas, todos al mismo tiempo; el venerable macho, el sultán de la tropa se adelanta y relincha con brío, pateando el suelo y corcoveando; reconoce al intruso en sus poco disputados dominios.

Desciendo del caballo y me siento sobre el cascajo para presenciar el espectáculo que se prepara y que me ha dado a conocer el «Viaje» de Darwin. Los guanacos van aproximándose; siguen al jefe. La curiosidad les hace olvidar el miedo y, de la gran tropa, sólo permanecen lejos algunas madres temerosas, que amamantan en la quebra-

da sus recientes hijos, y que ya prevenidas, están prontas a fugar a la primera señal de peligro. El ser desconocido silba «Rigoletto» y «la Fille de Mme. Angot», producen en ellos sensación; parecen luego preferir «Aída»; ponen gran atención, estiran los cuellos, los yerguen, reconocen con mirada curiosa los alrededores y la fijan luego en quien les hace oír ese relincho o grito; se alejan algunos pasos, se paran; el macho brinca, saltan todos, corren, vuelven apesurados, se paran atentos y haciendo cómicas cabriolas se acercan hasta pocos metros del que les proporciona tal espectáculo. Se vuelven atrevidos; los relinchos se suceden al mismo tiempo que las piruetas y pasan en estas evoluciones largo rato, hasta que un tiro al aire los calma, pero no los asusta. Prestan atención nuevamente; quizá comprenden, por la impresión que han causado al caballo el fogonazo y el trueno, que hay peligro; parecen consultarse, acercan sus suaves hocicos al suelo, lo aspiran; su instinto les hace comprender que esa manifestación de la industria humana les es hostil y deciden alejarse. Principia el desfile; las hembras, con sus crías, marchan adelante, luego las que aún no las tienen. El macho es el último; camina con pausa, salta de cuando en cuando, relincha, me mira a la distancia, y cuando parece comprender que no los persigo, vuelve a rumiar en las faldas. Tres o cuatro tiros más los asustan nuevamente y una nube de polvo, que dura largo rato, me indica que huyen con gran prisa. Sin embargo, no he pensado hacerles mal, sino observarlos.

Después de perder de vista a los guanacos en los cañadones, enciendo grandes fogatas para anunciar a la gente del bote el sitio donde me encuentro y bajo por un arroyo, seco ahora, pero que en invierno conduce al río las aguas y las nieves de la meseta.

Recién a medio día nos movemos hoy. El camino por tierra es tan malo, hay tanta piedra, que los caballos han empezado a sufrir mucho. Antes de subir a la meseta había resuelto parar este día y dar descanso a la tropilla, pero he reconocido un pedazo del río y como veo que hay un pequeño trayecto inadecuado para hacer uso del caballo, decido que continuemos a pie para salvar unos tres kilómetros de mal camino. A la tarde los hemos hecho, después de grandes esfuerzos; tenemos que emplear toda la cuerda que traemos y añadir cuarenta metros más de la que nos sirve para sondar, pues encontramos pequeños rápidos extremadamente correntosos, que nos obligan a llevar el bote alejado de la costa, y a remolcarlo por donde el agua descende con mayor violencia.

Un refresco de Hesperidina de Bagley con agua y azúcar y dos galletitas del mismo fabricante, por hombre, es la recompensa que doy a toda la comitiva, que la recibe alegremente y olvida las fatigas de este día.

Hemos muerto dos gatos (*Felis pajero*). Este animal abunda mucho más en estas regiones que en la parte setentrional. En este punto no se encuentran pajonales como en las pampas, donde aquella especie tiene costumbre de vivir y cuyo nombre deriva de ellos, pero en cambio se esconde en los matorrales que le sirven de segura guarida. Es de mayor tamaño que el gato doméstico, pero menos que el montés; su cuerpo es más elegante y su pelaje difiere bastante; su fondo es blanco gris con manchas redondas, ovaladas, negras, bien pronunciadas, que le dan el aspecto de un pequeño leopardo; en la cola, las manchas se convierten en amarillas, que alternan entre el blanco y el negro, y lo mismo sucede con las piernas. Es una fiera pequeña, pero irascible de una manera asombrosa y cuesta mucho trabajo cazarla. Relativa-

mente, es más difícil obtener un gato pajero que un puma. Se defiende con valentía; sus pequeños ojos relumbran y sus garras crispadas mantienen en respeto a los perros que lo combaten.

Es el enemigo declarado de cuanto animal vive en estos parajes, pues hace destrozos en los avestruces grandes y pequeños, a los cuales les come la cabeza y el pecho.

En este paradero pescamos dos truchas.

Hemos sido más felices que Darwin, cuyas tentativas de pesca no tuvieron buen éxito. Las truchas son de regular tamaño; una de ellas pesa cerca de dos libras; su carne es buena y nos sirve de exquisito manjar con que variar nuestra cena.

Enero 19. — Trabajamos muchísimo hoy; es un día cruel; caminamos poco y con dificultades enormes; las dos orillas son a pico; la del sur, más baja, nos deja ver la línea fértil que separa el cascajo de la roca terciaria; los matorrales, en el norte, son sumamente incómodos y el río corre con tanta fuerza que forma ondulaciones; perdemos más camino que lo que ganamos y a medio día nos encontramos más abajo del paraje donde hemos dormido anoche. Más de una vez tenemos que soltar la cuerda del remolque, pues los que lo llevamos por tierra, nos encontramos en inminente peligro de ser arrastrados al río. Nada resiste a la correntada de un recodo: la cuerda se corta cada vez que hacemos esfuerzos y los borbollones de agua, que asaltan la proa del valiente bote, son tan altos, que pueden inundarlo. Nadie se fija en las espigas que nos traspasan las piernas; el rápido y el bote son centro de nuestras miradas. Estamos ya sobre él. Estrella y Patricio a bordo, tratan, el primero en el timón, el segundo en la proa con un remo, de mantener esta última fija hacia la corriente; ya casi tocamos el fin, cuando la cuerda se corta nuevamente y la

embarcación tuerce con velocidad y retrocede cerca de una milla por el centro del canal. Debemos volver al mismo trabajo, pero esta vez con mejor éxito; descargamos parte de las provisiones, aligeramos el bote y hacemos con la pala un pequeño canal, por el cual cruzamos, dejando atrás el rápido. A las tres de la tarde volvemos a encontrar otra barranca elevada de 100 pies y casi a pique, sumamente arbustosa; la cruzamos con peligro, pero con felicidad; es el punto llamado por Fitz-Roy, Swim Bluff, promontorio a cuyo pie se extiende una hondonada que sirve de estuario, en invierno, a las aguas de las mesetas vecinas.

Acampamos a las cinco de la tarde en una excelente rinconada, bien abrigada. Aquí parece que acampó Fitz-Roy, pues hallamos viejos troncos hachados y huesos quemados hace largo tiempo. El Sr. Moyano caza un guanaco con el revólver, y los dos marineros descansan y pescan luego algunas truchas, que comemos fritas en grasa de avestruz. La cena es abundante y consuela nuestros estómagos, vacíos desde la noche anterior.

Por no permanecer ocioso, pongo mis iniciales, con grandes piedras, para señalar nuestro paso por este punto.

Enero 20. — ¡Qué mal día se prepara hoy! He pasado una mala noche! El trabajo de ayer ha extenuado mi gente, sobre todo en el último momento, al pasar una muralla perpendicular cubierta de médanos y en los cuales nos ha costado trabajo hacer pie para sirgar el bote. Tenemos las manos quemadas por la sogá y las piernas y pies ulcerados por las piedras y las espinas.

Hacemos media milla sin serias dificultades pues ya no lo van siendo para nosotros los arbustos que incomodaban tanto al salir de Pavón; la costumbre y el encuentro de otras mucho más grandes las hacen olvidar y no nos causa extra-

ñeza ni mucha pena, el encontrarnos de un momento a otro, arañado el rostro por una rama atrevida de berberis, o casi cruzado el pie por una espina de cactus. En los barriales, que están tan sueltos que no se puede emplear el caballo, pues desaparecería entre ellos, nos hundimos algunas veces hasta cerca de la cintura y, para adelantar camino, hay que hacer dos trabajos: remolcar y arrancarnos de una arcilla pegajosa que parece querer absorbernos. Nuestras caras parecen brotar sangre; el calor de la mañana y la excitación nerviosa, nos tienen agitados, y la perspectiva de una inmensa meseta a pique, en un recodo del río, nos pone casi fuera de nosotros. Trabajamos como fanáticos y no nos fijamos en obstáculos. La corriente ha aumentado y los rápidos van siendo más frecuentes; llega un momento en que parece imposible adelantar; las orillas del sur sen a pique, y no nos dejan paso; la del norte, por la cual vamos, presenta aún mayores dificultades; las vueltas del río se hacen más seguidas y las aguas, al costearlas, forman remolinos que mantienen el bote en continua oscilación. Al pasar un rápido, el pobre Patricio se asusta: — con grandes esfuerzos hemos ido tirando los tres por dentro del agua, pero el miedo se apodera de él, y creyendo ahogarse, se lanza dentro del bote. Este suceso, casi nos lleva a una pérdida segura. Como cada hombre tiene su lugar señalado en el trabajo, basta que uno falte para que éste se modifique y la menor alteración en él, aquí, puede perdernos. El señor Moyano ha sido encargado de llevar la punta de la cuerda por tierra, para enredarla en alguna mata en caso de que la fuerza de la corriente arrastre la embarcación y a los hombres que la remolcamos; Francisco Gómez sigue llevando la cuerda a la chincha, y cinco metros más atrás le sigo yo, haciendo el mismo trabajo dentro del agua, y Patricio, al cos-

tado del bote, trata de que este conserve la proa a la corriente; Estrella dirige el timón. Con la falta de Patricio, la embarcación, que se siente libre, se inclina y presenta su flanco al rápido, el agua la asalta y ya la imagino así perdida; me lanzo al agua, pero pierdo pie; una poderosa fuerza de absorción me arrastra hacia el fondo del torrente y pareciendo que me hace girar, me vuelve a la superficie; creo que he trazado con mi cuerpo una espiral en medio del cauce del Santa Cruz. Felizmente, al ascender al nivel, puedo apoderarme de la cuerda que Francisco hace esfuerzos para no largar, arrastrándose en el suelo. Es tal la velocidad del agua que me cuesta trabajo sujetarme.

Hay que cruzar al sur para pasar un nuevo rápido y perdemos tres horas en andar cien metros; hechos estos, descansamos un momento. La fatiga nos vence; amarramos el bote en un recodo, y así, mojados como estamos, tomamos un pequeño lunch; el balde-despensa, contiene unos fragmentos de puchero de guanaco que el brasilero ha guardado con grandes precauciones, y esto, con migas de galleta y unas gotas de jerez, que distribuyo de mi pequeña provisión, a la gente, nos dan nuevas fuerzas, que bien necesitamos para cruzar el murallón que nos desafía en frente. Aquí se ven elevados barrancos, algunos de trescientos pies y son los que entorpecen tanto nuestra exploración. No es sólo su elevación sino que encajonan el río, el cual adquiere así mayor velocidad y se torna caprichoso en sus vueltas, lo que hace que las aguas las batan y remolineen en ellas. Aquí los dos lados presentan orillas a pique, aunque generalmente, hasta ahora, siempre hemos tenido una costa baja, frente a otra alta.

Atacamos la alta muralla, pero hay que tomar grandes precauciones; un previo reconocimiento me muestra rocas que hacen bullir el agua al pie,

y el paredón geológico a pique, no permite que cerca de ella lo costeen hombres; el río lleva una velocidad de ocho millas. Embarco toda la gente y sólo quedamos yo y Abelardo en tierra; Isidoro va conduciendo los caballos a través del valle. Hago que Abelardo monte la briosa yegua, que es la que destino para los pasos difíciles, ponemos toda la cuerda disponible y ¡adelante! He embarcado a todos porque en este punto, si no se está prevenido, el bote puede zozobrar y perderse irremediabilmente; además, en caso de que la sogá se corte, el bote arribará a la costa contraria y la sirga tendrá que buscar camino por allí. También, lo confieso, veo serio peligro en llevar la cuerda por sobre la meseta; el caballo debe ir retirado del borde de ella, lo menos cinco metros, y la gran inclinación de la sogá, vista la gran altura a que la llevamos (más de 100 pies) hace que roce los cantos de la muralla y que se enrede en las matas o grietas verticales del abismo. Hay que seguirla para impedir estos estorbos y el menor descuido puede lanzar al agua (es decir a la muerte) a quien haga este trabajo.

Hemos subido a la meseta y he principiado mi trabajo; los esfuerzos son grandes, mi corazón parece querer estallar y el pañuelo mojado que llevo en la frente se calienta, tanta es la sofocación que me produce el ascenso con la cuerda. El bote se desliza con trabajo, pero adelanta, la valerosa yegua no afloja y resuella con fuerza al adelantar inclinada, pero la muralla se resiste, no se deja vencer fácilmente; de pronto, la correntada es tan fuerte, que el bote arrastra el remolque y no hay más remedio que largar la cuerda; esta silba, chicotea las piedras, pero no me envuelve. El bote, sintiéndose libre, ha remolineado, el torbellino de la correntada lo ha hecho girar, pero obedece al brazo fuerte del buen Estrella, que no deja el ti-

món, los marineros no pierden ánimo, están listos a los remos, hacen fuerza, y un momento después, luego que puedo arrastrarme hasta el borde del precipicio, veo al blanco bote que cruza ondulando, descendiendo veloz al este, y que trata de tomar la orilla opuesta. Toca la costa a quinientos metros más abajo y distingo a la gente que no se acobarda y que principia el trabajo del frustrado ascenso. Esta gran vuelta que Fitz-Roy llama Swamp Bend (vuelta del pantano), es difícil dejarla atrás, sobre todo con la actual inundación.

El cansancio es tan grande que luego que veo a los marineros adelantar en frente, aunque con lentitud, bajo por la muralla para tomar agua, pues la sed es espantosa y el calor sofocante.

Caigo deshecho sobre un médano que han calentado los rayos solares, y mojado como estoy y fatigado hasta no poder más, quedo rendido y dormido al sol. Quizás lo hubiera sido para siempre, a no haberme despertado tres horas después Abelardo, quien me buscaba, a caballo, temiendo que a pie, y en esta soledad, sin armas, hubiera sido atacado por los pumas, pues dos de estos animales se han visto en los alrededores.

No sé lo que pasó por mí durante ese transcurso; sólo recuerdo que mi sangre afluía con fuerza al cerebro y hasta me era difícil articular palabras, y fué necesario que el grumete me trajera agua para mojarme la cabeza. El bote había cruzado a este lado y había pasado la muralla, feliz nueva, después de mi siesta forzada.

Pero no hemos concluido por hoy; volvemos a remolcar el bote por la costa baja, pero esta se hace más pantanosa. Las aguas llegan con tal fuerza, que hay que volver a largar la sirga y quedando Francisco Gómez en el norte, todos los demás cruzan obligatoriamente al sur. La corriente es muy grande, tanto que impide el manejo del bote, el cual no puede presentar sus bandas porque se tum-

baría. Vamos adelantando con la proa hacia el río que descende y así llegamos al sur. Trabajamos, pues, pero con dificultad; son muy empinadas las costas y llega un momento en que la barranca es a pique. En un instante en que el señor Moyano ha bajado a atar la cuerda, el bote se suelta y tenemos que volver a cruzar al norte, porque ir a tomar la costa sur, más abajo, sería perder el trabajo de todo el día; remolineando como una tina, tomamos la tierra en el punto donde había dormido la siesta letárgica. Patricio y yo, al remo, hemos hecho este tour de force; ¡cuarenta metros más abajo, y hubiéramos tenido que volver a cruzar la inolvidable muralla! Con más felicidad ahora y con más precauciones, podemos, ayudados de la pala y del pico, adelantar lo suficiente para dejar atrás el mal paso que nos hizo cruzar al otro lado, y cuando calculo que podemos hacerlo sin perder mucho camino, atravesamos nuevamente, para traer al señor Moyano, quien, considerándose olvidado, hace grandes fogones para llamar nuestra atención. Es la primera vez que se divide así el personal del bote.

Llegados al extremo de la vuelta pantanosa, acampamos al borde del río, antes que el sol desaparezca entre los negruzcos cerros de oeste. Media hora después, reunidos todos alrededor del fogón, devoramos un asado de guanaco, pues desde la madrugada no hemos tomado nada caliente. Estamos completamente mojados y el estómago frío necesita calentarse.

Enero 21. — Paramos, obligados por el mal tiempo, lo que nos vuelve las fuerzas perdidas. Un temporal fuerte del S.E. inquieta el río; el agua parece que hierve y blanquea su curso con miles de penachos, fermados por el viento, al soplar contra la correntada. Hemos pasado la noche al lado del bote, pero el ventarrón es tan fuerte que no

podemos plantar las carpas, y además, la inundación aumenta, y nuestro campamento, al borde del agua, va siendo invadido. Hemos sentido pumas en la vecindad y Patricio ha velado y ha quemado su quillango, porque ha tendido su cama al borde del fogón.

Cada uno hace campamento aparte para pasar el día con las mayores comodidades posibles; las matas abundan, y con paciencia, las convertimos en palacios provisorios. La que he elegido yo, antigua guarida de pumas, es magnífica, y habiéndola despojado de sus ramas espinosas y de las espinas y huesos que abundan a su alrededor, restos de feroces festines, construyo un resguardo donde sólo me incomoda la arena menuda que levanta el viento y donde con la lectura, dejo transcurrir, echado sobre el cascajo, las horas del día. Es imposible hacer nada para comer; la arena lo convierte todo «a la milanesa» y los granos de cuarzo platean y doran el asado. Los remolinos elevan columnas de arena y si nos alejamos de nuestras respectivas cavernas vegetales, el polvo no nos deja respirar, ni mirar. En este paraje, el valle es más ancho y ya abundan mucho los fragmentos pequeños de basalto, que venimos encontrando de tiempo en tiempo desde el Atlántico.

Enero 22. — A pesar de haber calmado el viento ayer tarde, esta mañana vuelve a arreciar y en dirección distinta; desciende de la cordillera y nos obliga a buscar nuevos reparos, porque las carpas no pueden mantenerse sujetas al suelo, a causa de su blandura. El río parece de leche; el viento levanta una lluvia fina que nos oculta por momentos la otra orilla y hay algunos en que es tal la fuerza de rotación de los remolinos, que estos elevan pequeñas columnas de agua de un metro de altura.

Enero 23. — Tercer día de temporal: tenemos

los ojos rojos a causa de la arena; pero ya vamos acostumbrándonos y podemos pasarlo con más comodidad. Como ha disminuído el viento, Isidoro y yo salíamos a recorrer el camino al oeste y tratar de obtener algún avestruz. La demás gente se ocupa en hacer, de cogotes de guanacos, cuerdas para aumentar la línea de sirga y reemplazarla, en caso que se gaste, lo que desgraciadamente es muy probable, vistos los inconvenientes que vamos encontrando; hacen también calzado, de repuesto, pues el nuestro ha casi concluído.

Enero 24. — Habiendo calmado el viento pampero, salimos a las diez de la mañana y caminamos sin tregua hasta las siete de la noche. Es el mejor camino que hemos encontrado desde la Bahía, pues la márgen norte siempre nos da paso con grandes o pequeñas dificultades, pero nos estorban las mesetas a pique que tanto tememos. Pasamos por parajes donde el río es bastante más angosto que su curso general, pero hay pocos rápidos en la orilla y aunque las vueltas son numerosas, los arbustos han disminuido y permiten que el caballo nos ayude en el trabajo.

Van siendo más abundantes los restos de industria humana; a cada momento vemos rastros del paso de los antiguos indígenas, y sin alejarme de la cuerda que tiro encuentro varios cuchillos de piedra. El paraje en que se recogen estas antigüedades es generalmente en los bajos, donde una lomada baja, que desciende hasta el río, proporcionaba abrigo a los primitivos habitantes.

Una loma que sirva de reparo al viento, una mata que brinde protección, las boleadoras y las flechas para los guanacos y avestruces, las pequeñas puntas de flecha para el pescado, que la claridad del agua permite distinguir, cuando hay calma, nadando en los remansos, bastaron al antiguo, patagón para llevar una vida que, quizás, lo hizo

feliz. Se comprende fácilmente que ellos eligieran estos rincones, porque no teniendo caballos, la caza en los despoblados abiertos hubiera sido imposible, y sólo en los bajos, con lomadas y arbustos, pudieron encontrar emboscadas fáciles y provechosas.

Las mesetas desagregadas que dejamos al sur, nos ofrecen un interesante panorama; una arquitectura fantástica ha convertido ese pedazo de pampa en castillos arruinados, murallas imponentes, pirámides de flancos desmenuzados, con grandes cubos en la base; todo árido, blanquiseo y alumbrado por el sol, que los destaca del fondo incierto. Allí parece yacer una ciudad geológica destruida, entre cuyos edificios inmensos se han formado médanos. Una interesante colección de fósiles espera, en ella, al feliz colector que disponga de tiempo.

En el paradero de esta noche, Isidoro ha cazado un puma, el que después de haber sido despojado de su piel, que se destina para las colecciones, es dividido en dos partes, una para la cena y la otra para los perros, los que no quieren comerla. Esta pieza, en el momento en que Isidoro la encontró, espiaba una tropilla de guanacos, que bajaba a beber al río. Patricio, al verla, ya muerta, se asusta de tal manera, que sin fijarse que es inofensiva, dispara de ella y se refugia en el bote; sólo cuando la ve dividida cobra ánimo y devora su carne con un placer tan grande como el temor que antes le ha tenido. Los negros y otros salvajes comen la carne de las fieras para tratar de adquirir por ese medio el valor y la fuerza de ellas. Patricio, tal vez por herencia de sangre, hace lo mismo. Notando la afición que tiene por esta clase de alimento, le damos el apodo de «Yanta-féras», aunque él desea el de «Mataféras».

El paradero está situado en la falda de la mese-

ta norte, al principiar una vuelta del río, que cruza transversalmente el valle y donde hay un pequeño bañado bajo, que se interna en una quebrada que cae de los cerros y que presenta un aspecto pintoresco por la abundancia de arbustos. Se nota cierto cambio en la orografía de la región, y divisamos al oeste tablas negras que nos anuncian el basalto; en la costa hemos visto fragmentos redondeados de esta roca, muy celulares, que semejan negras esponjas petrificadas. En el bañado cazamos algunos zamarragullones y un ardea que, con el cuello encogido, esperaba la noche para hacernos oír su lúgubre grito.

Enero 25. — Corriendo el río por la falda de la meseta casi vertical, el principio del trabajo es sumamente engorroso, pues cuando no tenemos ese obstáculo, los bañados de la orilla opuesta se han vuelto intransitables con la creciente; esta va en aumento y en ciertos sitios bate con tal fuerza la costa a pique, que se desploman grandes fragmentos de roca, que pueden aplastar nuestro bote, el que arrastramos con energía y paciencia.

Salvado el primer mal paso, monto a caballo y subo a la meseta. Alcanzo a cruzar tres mesetas elevadas, la última es de cerca de 1.200 pies y, sobre ésta, encuentro un manantial situado en una hondonada agreste pero triste, y al cual rodean más de cincuenta guanacos, que se revuelcan en el barro salitroso, para refrescarse del calor insoponible del día. Es el fragmento de territorio más triste que he cruzado. Reina una aridez espantosa; la sequedad se opone al desarrollo de la vida orgánica, y asombra que el guanaco recorra esta tierra muerta; la lluvia pocas veces humedece esta planicie, y si llega con ella a desarrollarse la vegetación, pronto la crudeza del tiempo la abate.

Sólo he visto escasas matas de calafates, pero en cambio, en la última meseta, la mata negra

sombrea grandes extensiones con sus oscuras ramas, y encendiéndolas, me dan ocasión de avisar a los del bote mi paradero, poniendo en fuga, al mismo tiempo, a los pumas y zorros que, guarecidos en ellas, presiente el famoso picaso, tuerto y cojo, que monto.

Cruzando planicies y quebradas, llego a una de éstas, cuyos bordes perpendiculares y renegridos, anuncian el basalto. Corresponde a la meseta mediana que se eleva a 750 pies sobre el mar. Cuesta trabajo encontrar fácil descenso entre estos enormes cristales imperfectos, opacos, que parecen ahumados por tremendos incendios. Es un desfiladero sombrío y tétrico, dominado por inmensas murallas, cuyos flancos parecen haber sido asaltados y defendidos por gigantes, que desmoronaron sus piedras. La lava basáltica ha formado, entre la soledad de las mesetas, parajes aún más tristes, más imponentes, verdaderamente salvajes, abrigos de pumas y cóndores que en las cuevas rugen y en las alturas aletean.

La sábana ígnea que se extendió bajo el antiguo mar se ha quebrado sembrando de fragmentos la grieta, y entre estos sigo por el precipicio que se dirige desde el N. O. Lo dominan a ambos costados el basalto en cristales imperfectos, negros unos, pardos otros, sirviéndoles de contrafuerte los fragmentos que su infatigable enemigo, el tiempo, ayudado por el frío, han arrancado de esos muros verticales, de 120 pies de alto y que se elevan soberbios, entristeciéndolo todo. Es un espectáculo que ejerce melancólica influencia sobre el viajero; este enmudece, y hasta puedo decirlo, cierto temor, inspirado por el recuerdo de la catástrofe geológica que produjo esta escena, se apodera de él. Todo calla aquí; hasta los guanacos cesan de anunciar su presencia y vagan solos entre los matorrales; únicamente chillan los halcones blancos y ne-

gros y los cóndores. Un pequeño arroyuelo, hoy casi seco, con mala agua, pero que en otoño o en invierno debe contenerla en más abundancia, serpentea por el centro de la quebrada, que está obstruida en distintas partes por los peñascos que han caído de las alturas, y por los matorrales que la naturaleza parece haber colocado aquí para atenuar la desoladora perspectiva de esta región verdaderamente infernal. Verdes gramíneas, algunas tan altas que parecen juncos, contrastan con la roca volcánica, y algunas amarillas y rojas calceolarias, inclinan su tallo sobre esta negra lava, representando la vida sobre una región de muerte.

El río corre lejos de la meseta, y me es necesario galopar largo rato, entre parajes sumamente áridos para encontrar el bote que avanza lentamente.

Enero 26. — Hoy, a medio día, hemos llegado al punto peligroso que señala Fitz-Roy; el Santa Cruz baja saltando por sobre rocas que costean su margen septentrional. Inmensas moles negras se destacan sobre la meseta, formando siniestro contraste con el celeste del cielo y las faldas están sembradas de enormes fragmentos cubiertos de arbustos.

A cada instante nos encontramos en presencia de dificultades, pero siempre tenemos suerte y las vencemos, y dejamos atrás el paradero de Fitz-Roy, al llegar a Basalt Glen. Esta sombría quebrada, inmensa rajadura, en la estrata volcánica que la domina a ambos costados con sus moles geométricas, se dirige desde el N. O., hacia el río, formando en este punto una pequeña bahía pintoresca en su misma tristeza. Estas moles oscuras, casi columnares, que caen a plomo desde la meseta y cuyos fragmentos han rodado hasta el agua, están matizadas de lujosas gramíneas y de otras plantas distintas a las de la meseta, y todo indica más vida vegetal y más variedad en ella, que en el territo-

rio ya recorrido. Estos pequeños desfiladeros oscuros, sembrados de enormes peñascos de ángulos fuertes, negros, y mohosos por el tiempo, dan al paisaje el aspecto de una región de hierro; el basalto, cubierto de pequeños líquenes tiene, desde lejos, cierto viso de vetustez, que caracteriza las antiguas construcciones del hombre. Un pequeño manantial corre por el centro con poquísima agua.

Fitz-Roy se equivoca al creer que por esta quebrada corre el Chalia, mencionado por Viedma, en su viaje a la cordillera. El manantial que he visto hoy, se habría sin duda convertido en pequeño arroyo, en el tiempo que el célebre marino lo examinó, es decir, en otoño (26 de abril de 1834) y esto le hizo suponer esa dirección al río citado por Viedma y a quien los indios dijeron que desagaba en el Santa Cruz. El Chalia no es otro que el arroyo que pasa por el paradero de Shehuen Aiken y que desagua en el río Chico el cual a su vez, afluye a la bahía Santa Cruz.

Hemos conseguido salvar los malos pasos y hacemos nuestra parada al pie del murallón basáltico, en la vuelta del río que forma un valle pequeño. En este, la caballada puede encontrar buen alimento. Establecemos el campamento en un sitio bien resguardado y cómodo para poder descargar el bote y revisar el estado de las provisiones.

Enero 27. — El viento de los Andes sopla con fuerza y agita el agua que se encrespa sobre las piedras y choca en ellas con gran ruido. Como el cauce del río es aquí angosto (más o menos 200 metros), la corriente es más veloz y el trabajo incómodo en alto grado; no debo exponerme a que fracasen mis proyectos y resuelvo no moverme hoy. El señor Moyano sale a cazar y vuelve con un avestruz, cuyo cuero saco para las colecciones y en seguida hago una excursión a las quebradas basálticas, para poder, desde las alturas, buscar las crestas de la cordillera.

Todo se combina para hacer más lóbrego este desfiladero de basalto; el día es frío, obscuro y a ratos cae lluvia fina y el viento sopla con furia, produciendo en ciertos momentos, en el valle silencioso, silbidos tristísimos. Este escenario fuera digno teatro de las hazañas cantadas por Ossian: recuerda las soledades, hijas del paso de Fingal. Cuando, en un momento, un chubasco cargado de grueso granizo, blanquea, golpeando los negros flancos de los peñascos, la superficie escabrosa de la angosta quebrada, mi imaginación cree ver aquí su sudario mortal, y en los esqueletos, residuos del festín del puma, despojos de algún héroe de las huestes de Loclin, abatido por el dardo del titán de Morven. Los cristales de sólida lava, tronchados y caídos unos sobre otros, semejan piedras funerarias, sobre las cuales exhalan las águilas gritos siniestros, que el espíritu toma por un momento como fatales augurios.

Enero 28. — Alfoeste del paradero, el río forma una rápida vuelta viniendo del sur, desde el borde de la meseta opuesta, dejando al norte una extensa llanura, pues la meseta basáltica no la sigue, viniendo casi en línea recta E. O. Presenta esa llanura dos pequeñas mesetas, y en la superficie, inmediata a lava, se admiran preciosos manantiales, fertilísimos, como no esperaba encontrar aquí: dos pequeñas lagunas permanentes alimentan miles de aves, y se regocija el viajero mirando los flamencos, patos, chorlos, y gallaretas que en innumerables bandas cambian a cada momento de bañadero. Esta capa de agua, que nace bajo el basalto, fertiliza la región, y su aspecto nos arrebató la tristeza que produjeron las quebradas visitadas ayer. Los guanacos abundan por cientos, y en todas direcciones vemos tropas de avestruces que huyen de los perros de Isidoro.

Esta tarde he hecho una excursión sobre la capa

de lava; sobre ella se divisan mesetas elevadas de 2.000 a 2.500 pies, que se escalonan hacia el oeste, pero a pesar de hallarse despejado el horizonte en esa dirección, la cordillera está velada aún por la distancia a que nos encontramos de ella.

Enero 29. — Por las alturas termométricas tomadas hoy, en el punto de ebullición, obtengo una altura para la meseta basáltica, inmediata al campamento, de 751 pies y para este la de 235.

Enero 30. — Nos ocupamos de levantar un pequeño cairn, como signo de nuestro paso por este punto.

He incendiado los matorrales de la falda del cerro para ahuyentar los pumas que anoche han molestado a la caballada y que distinguimos ahora, huyendo por las obscuras grietas que abundan en los flancos de estos enormes peñascos.

Enero 31. — Aún dura nuestra detención; innumerables cóndores y caranchos acuden al campamento en busca de los despojos de nuestra cocina, y estamos rodeados de centinelas alados que alarman al brasilero, el cual no duerme la siesta de temor de ser atacado por ellos.

El tiempo ha recrudecido; a las doce el termómetro marca 5° Réamur; el frío andino nos llega y a la noche, en el arbusto inmediato a mi cama, encuentro que dicho instrumento ha descendido a 2°, temperatura bastante desagradable para el mes de enero!

Nuestro campamento presenta un aspecto mágico. El incendio continúa con mayor intensidad; ha atacado los murallones de basalto y devora los arbustos.

La luna, que hace un mes veía elevarse sobre el tranquilo océano, alumbrá radiante esta escena ardiente; las llamas gigantescas serpentean entre las grietas y hacen destacar los negros muros invencibles para ellas y las columnas tumultuosas de densísimo humo hacen resaltar la suavidad y

los tenues contornos de pequeñas nubes fugitivas que corren empujadas por el crudo viento andino. Los rayos lunares las platean unas veces y otras los interceptan ellos; entonces admiramos más la escena infernal que se desarrolla frente a nosotros, produciendo ruidos pavorosos y que contrastan con el bello panorama que, desde la altura, domina a nuestro tranquilo campamento.

LLEGADA AL LAGO

Febrero 1.º — Resolvemos continuar viaje a la madrugada. La inmensa vuelta hacia el sur no nos ofrece grandes probabilidades de adelantar mucho al oeste, lo que nos obliga a levantar campanento, antes de la hora ordinaria, para poder llegar a otra meseta, cuyos flancos se inclinan a cierta distancia, anunciándonos que allí corre el río, antes de torcer para formar la gran curva.

Al principio encontramos tropiezos, porque las piedras agitan demasiado el agua y además es necesario conocer la profundidad del río en este punto, para lo cual debemos cruzar a la otra orilla, largando la sonda en medio del cauce.

Concluída esta operación, dejo que la gente continúe con el bote, y emprendo la cruzada a pie para acortar camino y conocer ligeramente la llanura.

El aspecto de la comarca es bastante variado y las lomas no son planas, imitando mesetas, sino onduladas, como si hubieran sido levantadas por fuerzas internas, y forman bajos bastante pronunciados al llegar a la meseta alta que es coronada por el basalto negro.

Todo es más fértil; la vista del paisaje es más risueña y los pájaros más abundantes; los guanacos ascendiendo las pequeñas colinas retosan alegres, sin recelo del hombre que, a pie, cruza cercano, espantando bandadas de pechos colorados o de patos que se alimentan con la exquisita fruta del calafate. El río corre por el lado sur, pero las mesetas del norte se han aproximado más, siempre

con las ondulaciones ya señaladas, lo que impide distinguir una larga distancia desde la costa.

He descansado durante la siesta al resguardo de un pequeño matorral, hasta que Isidoro llega con la caballada a este punto, pero el bote no se divisa y varios cóndores que revolotean lejanos entre las colinas inmediatas al curso del río, me hacen pensar que alguna desgracia ha acontecido a su tripulación; retrocedo a pie siguiendo la orilla, y recién a las tres millas doy con él y comprendo la causa que motiva el retardo; el camino que ha hecho es engorroso y además ha sido necesario demorar para cargar un guanaco que han cazado y que es la presa que atrae a los cóndores.

Recién a las diez de la noche llegamos al matorral paradero, no sin grandes esfuerzos, sobre todo en la última parte, donde el borde del río es en extremo fangoso, y donde la noche oscura nos oculta los buenos trechos para llevar la sirga. Pasamos agradable noche, después de habernos alimentado bien con fariña guisada con grasa de avestruz y excelentes beefsteacks de guanaco.

Febrero 2. — La corriente no es tan rápida en este punto, pero la inundación nos retrasa mucho en la marcha; hay parajes en que el río tiene 400 metros de ancho y donde las aguas han ocultado matorrales sobre los cuales vara el bote y que nos maltratan cruelmente al echarnos al agua para desligarlo de las ramas. El cauce del Santa Cruz se dirige ahora al norte; y estos zig-zags van siendo tan numerosos y tan espaciosos que poco ganamos al oeste. A mediodía se levanta un fuerte viento, que acrece la velocidad de la corriente de tal manera, que nos obliga a parar antes de entrado el sol, entre un bajo inundado, cubierto de matorro blanco y de calafates. Es el paraje más montuoso que he encontrado hasta aquí; lo cubren médanos grandes, que ocultan los peñascos negruzcos desmoronados de la capa basáltica que lo domina y

con la cual el río, que desciende rugiendo al pie, forma un cereado natural, casi completo, para nuestra caballada. Este es el punto donde el almirante Fitz-Roy estuvo a punto de perder una de sus embarcaciones; el ruido que las aguas hacen al chocar en los peñascos derrumbados que hay en el fondo en una boya profunda circundada por otras piedras, es grande: es una enorme caldera que bulle y cuyo hervidero siembra de blanca espuma todo el ancho del canal. Un trueno siniestro aunque no fuerte, se siente continuamente y nos avisa el peligro que vamos a arrostrar si tentamos salvar ese infierno de rocas y de olas. El río está sembrado de islas formada por la inundación que va invadiendo el valle y me encuentro perplejo sobre cuál de los canales debo seguir, pues por todas partes vemos piedras o matorrales cubiertos, pero denunciados por los penachos que el agua forma sobre ellos.

Febrero 3. — Nuestro campamento ha sido instalado ayer entre unas matas abrigadas, que la casualidad nos ha mostrado.

Aun en el abrigo en que nos encontramos todavía hoy, pues dura el temporal, hemos sentido los efectos de las inclemencias patagónicas. La maleza que me recuerda días agradables pasados en las salinas catamarqueñas, durante mi expedición a las ruinas de las calchaquies, ha sido débil reparo; la lluvia ha descargado sobre nosotros y nos ha mojado completamente, a pesar de las cuevas que cada uno ha formado en los intrincados troncos de los arbustos, precaución que no olvidamos cada vez que el tiempo nos amenaza. Al despertar, cada uno se encuentra convertido en isla, rodeado completamente por el agua y apenas podemos levantarnos, pues nos encontramos sumidos en la tierra guadalosa.

El viento continúa con fuerza cada vez mayor, levantando remolinos de arena que recorren, cara-

coleando, la llanura y elevando columnas de polvo sobre los peñascos basálticos, lo que nos produce la ilusión del humo de la lava, aún incandescente; el bote balancea con el viento y la corriente, y a pesar de sus buenas amarras, nos infunde serios cuidados su situación.

No hay posibilidad de movernos; si tratáramos de cruzar a la orilla opuesta, seguramente iríamos a tomar la costa, frente al paradero de donde salimos ayer de mañana; más vale permanecer tranquilos entre tanta intranquilidad y aguardar, para continuar la marcha, que los elementos se apacigüen. El señor Moyano, Isidoro y Patricio salen a cacería y vuelven a la tarde con los excelentes resultados de la excursión, la que ha proporcionado un guanaco, un avestruz y una ardea, en cuyo buche encuentro pequeños pescados.

Todas estas presas, aumentadas con un gordo pato de carne sumamente agradable, se convierten en pródigo banquete con que mi expedición festeja el aniversario de la caída del tirano.

Es el apéndice forzoso al bautismo que he hecho del cerro basáltico inmediato y donde truenan las rompientes. Acabo de recorrer sus pedregosas faldas; he rebuscado en sus peñascos sombríos, en medio de ruinas geológicas inmensas, a las que los elementos han dado la apariencia de devastaciones humanas y por una de esas evoluciones del pensamiento, que sin quererlo, unen en una misma idea sensaciones bien opuestas, he encontrado analogías entre esta creación de las furias volcánicas y las sangrientas obras del hombre odiado, cuya caída tuvo lugar hace hoy 25 años.

He mirado el espantoso remolino que gira vertiginoso, puliendo los negros cantos del basalto, que se ven renegridos entre la blanca espuma; he visto los desplomes del borde arenoso, que la creciente labra y desprende de la orilla a pique y que pulverizan las veloces corrientes, que debemos tratar

de vencer, siguiendo nuestra marcha adelante, y esos obstáculos físicos me han recordado obstáculos morales que produjeron los malos días; dando impulso al cuerpo al mismo tiempo que a la mente. me he internado entre las peñas y los matorrales espantosamente sombríos por la tormenta que oscurece el cielo y el fuerte viento que hace temblar los tupidos arbustos en las empinadas y angostas quebradas, y al llegar a una de éstas, cauce de un pequeño pero profundo torrente, seco hoy, he visto un gran puma que destroza los sangrientos despojos de un indefenso guanaco que acaba de sacrificar, saltándole al cuello desde el escondrijo volcánico que le sirve de guarida. Esa escena, aquí, dominada por esos cerros negros que para alejar las fieras he coronado de llamas que serpentean ascendiendo y asaltando la cumbre que queda envuelta en denso humo, impone y fortifica más el recuerdo triste evocado al entrar en la quebrada obstruída: y para perpetuar el aniversario de la caída de Rosas, hombre, pero puma de instintos, doy a este paraje el nombre de «Cerro 3 de Febrero».

He encontrado rastros del paso del hombre salvaje; desiertos hoy, estos parajes han debido ser sumamente frecuentados en épocas lejanas. Conforme con la opinión de Fitz-Roy, creo que la naturaleza del terreno no incita a que los que usan caballos atraviesen estas regiones donde hay tan poco alimento para ellos, y tan mal terreno; pero para el hombre a pie, necesitado, nada le presenta serios estorbos, y la prueba de que han pasado por este punto rocalloso no consiste sólo en cuchillos y rascadores, con los cuales las mujeres preparan las sencillas vestiduras de esos nómades Nemrods australes; en la cima del basalto he encontrado esta mañana un pequeño túmulo o cairn, muy antiguo, casi destruído completamente y donde sólo he hallado un fragmento de antebrazo humano, señal de que aquello fué el sepulcro de un indígena, y cu-

yos despojos trataron sus deudos de preservar de esa manera.

Febrero 4. — Apenas aclara, Isidoro, que ha pasado casi toda la noche en vela a causa de haberse alejado la caballada alborotada por algún puma, y que se halla impaciente por salir de este sitio, nos despierta con un buen jarro de café bien fuerte, según lo he dispuesto anoche. Vamos a atacar el mal paso; energía no nos falta, pero juzgo conveniente cierta excitación artificial para llevar adelante la marcha, donde el terreno nos ofrece tantos obstáculos. La principiamos, pero por más tentativas que hacemos, es imposible vencer el remolino; avanzamos hasta él, pero la corriente poderosa nos arranca la cuerda de las manos y hace girar el bote, alejándolo aguas abajo y exponiéndolo a zozobrar contra las piedras.

Tres ataques seguidos y enérgicos no nos ayudan y resolvemos emprender la tarea del remolque por el sur, que es bien ruda y la más penosa que hemos efectuado hasta hoy. La anchura del río es grande, pues la inundación va ganando terreno y no es posible ir por la orilla, porque los arbustos son numerosísimos y los rápidos que la corriente forma sobre ellos son casi invencibles; la velocidad es tal que el agua ondula en los canales formados en los displayados, y los matorrales cubiertos sólo están denunciados por los penachos del agua que choca contra ellos. Todos nos lanzamos al agua y no ya tirando sino arrastrando el bote, unas veces tendiéndonos, otras enredándonos en las matas sumergidas, avanzamos así hasta que por entre ese intrincado archipiélago de islas, piedras y arbustos sueltos, podemos llegar con grandes precauciones al cauce del río, y haciendo esfuerzos para no dejarnos arrastrar demasiado por la corriente, arribamos a la orilla norte, donde Isidoro nos espera con la caballada. El sitio en que varamos solo queda a cien metros del torbellino y para salvar ese

espacio hemos necesitado cinco horas de trabajo continuo.

Después de almorzar, continúa la marcha del bote, remolcándolo con el caballo hasta el punto donde desemboca una quebrada, y allí, como la barranca es a pique, e imposible de salvarla por su falda y presentando al lado sur, orilla cómoda para continuar a pie, hago cruzar el bote y me dirijo con Isidoro y los caballos por la quebrada mencionada. Esta, en su borde derecho, se presenta coronada de basalto; a la izquierda el cascajo glacial reposa sobre la arenisca terciaria. Las capas de esta última formación no se encuentran aquí en estratas horizontales; hállanse inclinadas hacia abajo, en dirección al este.

La formación basáltica cesa aquí, y bordea la quebrada en dirección noroeste, hasta mesetas altas, que se divisan hacia ese lado y cuyas cimas onduladas no presentan la horizontalidad de las líneas que caracterizan las regiones que ha cubierto la lava submarina luego de solidificada. La meseta terciaria sobre la cual cruzamos se dirige al sur, sin indicar el menor rastro de sábana basáltica. Curioso es el fenómeno de estas colinas, tan próximas unas de otras, unas coronadas de negra lava, otras de arena y cascajo, sin que estas últimas conserven señales que puedan inducir a pensar que en otro tiempo, fueran cubiertas por el líquido ígneo, aún cuando éste después de solidificado, se hubiera descompuesto. Los fragmentos de esta roca son raros sobre ellos.

Al ascender por un cañadón la quebrada despojada de basalto, hallamos que sus laderas están cubiertas de un pasto amarillento, con pequeños manantiales profundos, rodeados de lujosas gramíneas, donde los caballos gozan aprovechando esta yerba tierna que hace ya tiempo no comen. Un león espanta la caballada que huye despavorida, y mientras Isidoro lo corre con sus perros me en-

cargo yo de dirigir la tropilla y el carguero en busca de descenso fácil por la abrupta ladera.

Las yeguas y potrillos se asustan al mirar al abismo, caracolean y echan a disparar por la inmensa pampa alta; el carguero siembra la llanura de los despojos de su carga desarreglada, y el picaso tuerto y cojo, se convierte aparentemente en estatua de piedra, al borde de la meseta, al mirar cómicamente, de reojo, la profundidad árida del valle. Sólo después de largo rato y de repetidas tentativas, consigo que la caballada se arriesgue por los empinados senderos de los guanacos, que serpentean en la falda.

Mientras trabajo en las vueltas y revueltas espantando los caballos que por cualquier piedra grande que se desprenda o cualquier matorral que se les interponga al paso, vuelven hacia atrás, diviso algo más al norte, en el bajo de la meseta, enormes rocas pardas y amarillentas de fisonomía extraña a las demás y que atraen mi atención. Llegado al paradero del bote, donde Isidoro ya me ha adelantado llevando a la grupa el león que nos proporciona buen asado, hago atar el caballo a la sirga, pues el camino se presta para ello, y me dirijo en seguida a esas rocas curiosas.

En el trayecto examino los primeros grandes trozos erráticos; inmensos peñascos pulidos, suavizados por el enérgico rozamiento de los hielos, se ven sepultados entre el cascajo, y con más generalidad, al borde del río, donde van a aumentar con los matorrales, el número de los rápidos, y por consiguiente, el de los inconvenientes del viaje. Esos enormes fragmentos transportados, de granito, basalto y traquita, muestran sus faces negras blancas y grises sobre la superficie del suelo. Son páginas imperecederas, donde encuentra el geólogo, que lee en el gran libro de la naturaleza, la prueba evidente de uno de los fenómenos más grandiosos de los últimos tiempos geológicos. Al verlos,

la imaginación retrocede en las edades e imagina el gigante ventisquero que sembró con los destrozos de las montañas el valle triste por donde serpentea el Santa Cruz, que se alimenta hoy de las frágiles ruinas de sus hermanos menores, las sábanas heladas de las cordilleras, y que salta bullicioso sobre los antiguos testigos de la pasada actividad del líquido elemento congelado.

Las rocas amarillentas, que había distinguido desde la meseta, se encuentran a un kilómetro de la orilla del río. Es la parte más compacta del terreno terciario, que por la desagregación de las superiores más deleznales avanza, en peñascos macizos y de grandes dimensiones, al pie de la meseta, medio ocultos por matorrales de ropaje bastante lujoso, si se les compara con los que brotan en la planicie. Cubos enormes, grupas rodeadas de inmensos mónstruos, escalinatas, aún bien conservadas, vestigios de labor humana en los tiempos de su grandeza brutal, créese ver en esos trabajos del tiempo, que semejan productos de creaciones antiguas del hombre.

Este rincón aislado que escapó a la observación de Darwin, qué inmenso interés hubiera tenido para el ilustre naturalista! La historia de generaciones pasadas yace sepultada en las entrañas arenosas de este gris zócalo de meseta. La superposición de las capas ha conservado entre ellas restos de seres que la naturaleza ha colocado en ese lecho, unas veces enteros otras en pequeños fragmentos, para atestiguar a los otros organismos generados por la incansable progresión de sus fuerzas, la genealogía de los que le precedieron en el teatro de la vida, preparando su aparición en esta escena. Esos animales cuyos restos han hecho rodar las aguas marinas y las fluviales hasta dejarlos sepultados bajo la superficie del suelo patagónico, muestran la riqueza y la variedad de seres

que ostentaban sus curiosas formas en los paisajes terciarios.

El período eoceno, no denunciado aún en Patagonia, me ha asombrado con la extraña forma de alguno de los seres que vivieron durante él y que han cumplido su evolución, sin dejarnos descendientes próximos, en que imaginarnos la figura de los que cesaron. Incrustados en la dura piedra, mi feliz estrella me hace encontrar grandes osamentas, el colmillo de un poderoso paquidermo desaparecido, y ascendiendo la escalinata geológica de blancas, amarillas y grises fajas, mi colección paleontológica se enriquece con los despojos de variadas formas vivientes en los distintos períodos del terciario: marsupiales, roedores, carnívoros, paquidermos y hasta los desdentados, que habíamos creído hasta ahora pertenecer al cuaternario. Diez formas distintas de seres vivientes en épocas en que la tierra patagónica estaba distante de tener la disposición orográfica de la actualidad, han encontrado un nuevo reposo en mi maleta, después de haber, en su duradero yacimiento, cruzado los grandes cataclismos; han reposado en el fondo del mar; han sido arrastrados por perdidos ríos, han vuelto a las profundidades del océano, han sentido quizás el calor de la ardiente lava que cubre hoy las mesetas, luego el frío glacial representado por la capa de detritus de esa época, hanse sentido humedecidos por las lluvias diluvianas, y hoy el cierzo seco y el sol hálos acariciado antes de ser admirados por el hombre.

A la entrada del sol, acampamos en la margen norte en un retazo fértil, al pie de un gran calafate de aspecto arbóreo y que por su tamaño se divisa desde una distancia considerable, destacado sobre el azul del agua, que dominada al sur por una barranca casi a pique, corre, sombría, por la hora, cubierta aquella cumbre por la lava basálti-

ca a la que la fantasía de los elementos ha dado el aspecto de una imponente fortaleza.

El sol ha descendido enrojeciendo el horizonte pequeño que dejan ver dos negros peñones volcánicos y el cielo azul oscuro con la tenuidad de la declinación del crepúsculo, nos muestra lánguidos los grandes astros aislados. Gozando del fresco de la noche que reemplaza al calor sofocante del día, alrededor del fogón, que mirado de lejos parece una llama desprendida de la lava que lo domina, comentamos las fatigas del día, y contentos con haber cumplido nuestro deber, nos dormimos todos.

Febrero 5. — Desde el momento en que salimos hoy las piedras entorpecen nuestra marcha; un promontorio basáltico se adelanta hasta el mismo cauce y forma innumerables rápidos, a lo que contribuye el menor ancho del río.

Encontramos aquí extensos pastizales verdes, alegres, alimentados por preciosos y ligeros manantiales que nacen en la base del basalto. El viento fresco hace ondular los penachos de las gramíneas, entre las cuales de vez en cuando se destaca un montuoso calafate que las domina con sus oscuras hojas; los juncos abundan en los parajes pantanosos y los berros prosperan en las orillas del manantial poco profundo que los alimenta. Cruzamos cuadras y cuadras refrescándonos los pies en esta agua fría y en el césped, pero encontramos pasos tan barrocos que es imposible cruzar por allí tirando a pie el bote; hay que hacerlo por el sur.

Estos sitios son los preferidos por los pumas y los cóndores; sobre todo, en las dos mesetas basálticas que dominan las márgenes del río, borrando su vista, la alegría que comunican los fértiles matorrales. Entre las peñas blanqueadas por sus excrementos, se ven los gigantes del aire chillando lúgubrementemente, persiguiendo a veces algunos loros incautos mientras no se le ofrece a su aguda vista otra presa más importante. En la llanura, donde

los avestruces y los guanacos vienen a solazarse en estos oasis, situados en el centro de tanta desolación, los pumas huyen de nuestro tropel y de nuestros cuatro perros. Miran asombrados la tropilla; que un momento creyeron ser de guanacos y dando grandes saltos se alejan a buscar refugio entre los peñascos y los tupidos matorrales.

Paramos a medio día en las inmediaciones de un buen matorral y en la pequeña península que forma un río seco.

Mientras descansan los marineros salgo a caminar por el cauce seco, y encuentro un puma, el más grande, visto hasta ahora, y que Isidoro enlaza momentos después. Estaba en acecho esperando la oportunidad de arrojarle sobre uno de los potrillos, pero lo descubren los perros y el gaucho vaqueano poco tarda en alcanzarlo; lo ha enlazado de una mandíbula al ir aincar sus colmillos en uno de los cachorros que lo acosaban, y que ha herido con sus garras. Al irle a colocar bien el lazo y concluirlo de matar, se abalanza sobre mí, y casi me hubiera despedazado si Isidoro no da un buen tirón del lazo y lo arrastra. Vi su garra a pocas pulgadas de mi cabeza. Patricio guarda las manos, con las uñas, para hacer tabaqueras que regalará a sus amigos en Buenos Aires, como prueba de la veracidad de las aventuras de viaje que contará. Los demás nos contentamos con comer un buen costillar y con guardar el resto para los días venideros.

A las tres de la tarde continuamos: el río corre con menos fuerza y considero fácil ganar el extremo de la vuelta que hemos nombrado «de los Tres Cerros» por algunos mamelones glaciales que distinguimos sobre la meseta norte.

Este punto era en otro tiempo uno de los preferidos por los indios para efectuar el paso del río y en sus márgenes he encontrado pedazos de palos de toldos. Le llaman «Yaten-huajen»; conjeturo

que haya sido elegido por la facilidad que presenta el menor ancho del río, su corriente menos veloz a causa de la pila poco pendiente, los buenos pastos para los caballos cuando llegó el tiempo que los indígenas los tuvieron, y por la abundancia de caza en los manantiales, cuando cazaban a pie.

Los hielos flotantes antiguos han depositado en este valle inmensa cantidad de rocas amontonadas, que forman pequeñas colinas, como si hubieran sido depositadas por un inmenso ventisquero en distintos puntos de descanso, aunque me inclino a creer en lo primero. La ondulación del terreno es cada vez más pronunciada en el bajo, cuando se adelanta hácia el interior y las mesetas se elevan a 1150 pies; se nota más variedad en la disposición de las cumbres lo que hace cesar la perspectiva uniforme hasta ahora de la región por donde corre encajonado el Santa Cruz.

Cruzando el valle a caballo para alcanzar el extremo de la vuelta he encontrado en el camino un elegante zorrino, que aprovechando la tarde hacía caminar sus pequeños hijuelos; esta preciosa escena que se desarrolla alrededor de la cueva, en cuya boca los esperaba la madre amorosa, fué interrumpida por mis acompañantes, los perros, que dieron muerte a esos bonitos pero asquerosos habitantes de la antigua Morena.

Paramos la caballada en la falda de los Tres Cerros, entre unos médanos que bordean el río. La abundancia de piedras erráticas es muy grande y los vientos han levantado la arena que las rodeaban, formando profundas cavidades, en medio de las cuales se hallan esos trozos. De nuestro paradero situado en una de esas hondonadas no se distingue nada, sólo el río que ruge al saltar de unos peñascos que se divisan al pie de la opuesta barranca a pique, pero he subido al primero de los tres cerros y desde allí he experimentado un gran gozo. ¡Los Andes están en el fondo del horizonte!

Sus atrevidas moles azules se destacan severas, coronadas sus cumbres de blanca nieve, pues ninguna nube los oculta. Encuentro compensadas todas las fatigas y sólo siento no tener la tripulación a mi lado para admirar juntos el grandioso respaldo de nuestra gran patria.

Nuevos trapiezos detienen el bote que no se avista y recién en la noche avanzada distingo una hoguera lejana en el oscuro fondo sur, inmediato a la meseta; dejo a Isidoro en el paradero y temeroso de que algo haya sucedido a mi gente, cuando vamos tan cerca de ver coronadas de éxito nuestras fatigas, me dirigo hácia la luz, sin preocuparme de llevar armas, y con sólo una caja de fósforos para ir anunciando mi aproximación.

Aseguro que más de un rato amargo he pasado en el trayecto que separan ambos campamentos. La noche es sumamente oscura y los pozos en los médanos tan numerosos que no comprendo cómo no he muerto al caer a ellos por entre los arbustos espinosos que cubren sus bordes; pero esto no ha sido el mayor peligro. Sólo quedaba un fósforo y faltaba la mitad del camino que hacer, cuando escuché el ruido producido por un animal que se mueve en la oscuridad; el instinto de conservación me anuncia un enemigo, enciendo ese fósforo último y veo delante un puma listo a lanzarse sobre el hombre, que ha equivocado con el guanaco y que al reconocer el error huye saltando. Cómica escena, que hubo de convertirse en sangrienta, pero bastó la luz del fósforo, destello de la inteligencia humana, para hacer comprender a la fiera la inmensa distancia que existe entre la víctima que creyó tener delante y la que encuentra.

Recién a media noche llegué al paradero del bote que había sido sorprendido por la obscuridad al dar la vuelta al norte.

Febrero 6. — Un fuerte viento andino no nos permite caminar; además, la enfermedad que me

han producido las agitaciones físicas y morales, sobre todo en los últimos días de trabajo, me ha abatido hoy, de tal manera, que me es imposible moverme. Con bayetas calientes desaparecen momentáneamente mis dolores y una fuerte dosis de sulfato de quinina calma la fiebre; esto me permite recorrer a la tarde las alturas de los tres cerros, para volver a ver la cordillera.

Moyano caza un guanaco y Estrella solícito conmigo, se convierte en excelente cocinero y me obsequia con un exquisito beefsteack del puma cazado ayer, que me hace olvidar por un momento mi triste posición.

Febrero 7. — Cruzamos a la orilla opuesta con el bote, porque los rápidos aumentan del lado este, y los médanos inundados se han vuelto tan pantanosos que hay peligro de vida en ir por dicha orilla del río; al concluir la vuelta, vemos que este desciende ondulado, pero casi recto del oeste, lo que nos promete adelantar gran camino hoy; muchas de las barrancas son a pique, en otras el basalto inclinado llega hasta el agua, formando inmensos remolinos, pero siempre una de las dos costas nos permite el paso, y además, la gente ha visto los Andes; estos ejercen atracción sobre ellos, y hacen grandes esfuerzos.

Pasado el terreno volcánico, el valle se ensancha a ambos lados; colinas suaves preceden a las mesetas basálticas que se han alejado hacia los costados; el campo mejora; la vista tiene para admirar un horizonte más vasto y más alegre; los arbustos tienen mayor amplitud y más verdor; los cañadones son más fértiles y toda la comarca aumenta el contento que procura al ánimo entristecido por la sombría lava el lejano panorama de la cordillera.

La llanura está cubierta de matorrales de matorro blanco, que le dan un bello aspecto y la arena que cubre el cascajo pequeño permite galopar

con gusto. Se respira libremente aquí. Todos tiramos la sirga con placer y vamos amontonando castillos sobre castillos, que se desmoronan en los primeros rápidos que encontramos al llegar a un zanjón que se dirige del noroeste. Dormimos en él.

Febrero 8. — El camino continúa por bañados extensos donde no se puede sirgar a caballo, siéndolo sumamente molesto a pie, pero en los parajes donde la inundación ha abarcado gran parte del valle, podemos marchar ayudando los remos con el bichero. Las vueltas son sumamente rápidas en ciertas partes, y en otras el cauce del río adquiere un ancho normal, mayor que en la región que hemos recorrido. El valle es muy pobre de vegetación, pudiéndose decir que casi son tantos los trozos erráticos, como los arbustos; así el país vuelve a revestir su triste carácter patagónico. En la costa del río hemos encontrado los primeros troncos de árboles, mayores que los inciensos o calafates, los que nos anuncian los bosques de la cordillera.

Febrero 9. — Anoche los pumas han alborotado la caballada, lo que no nos ha permitido dormir; uno de ellos se ha atrevido hasta llegar a nuestro campamento, causando gran pánico a Patricio y llevándose un avestruz que Isidoro boleó ayer.

El camino es pésimo y el calor insoportable; la creciente es terrible y hace difícil la continuación de la marcha; cuando no hay que cruzar por sobre matorrales sumergidos, los vueltas nos desesperan. Algunas barrancas a pique, que se desploman nos ponen a riesgo de zozobrar.

Con peligro emprendemos el paso de la barranca, habiendo estado los dos marineros y yo, que somos quienes tiramos, a punto de perecer desplomados, pero a mitad de camino, se aumenta tanto el trabajo, que decido cruzar al sur, exponiéndome a estrellar la embarcación contra una barranca de piedra dura, o zozobrar en el centro del río sobre una isla medio sumergida.

Patricio se resiste a marchar a pie tirando el remolque, porque ha visto en las orillas ciertas señales que le demuestran que los pumas han andado por allí; tanto más cuanto que oímos los ladridos de los perros, que en la ribera opuesta persiguen a uno de estos animales.

Lo que ha alarmado al brasilero son las impresiones de las patas de los avestruces que se han refrescado en la arena humedecida.

Debo ponerme en la punta de la cuerda y tirarla por dentro del agua ayudado por el correntino, porque Estrella y Patricio, desde adentro, dirigen el bote. El señor Moyano ha quedado en la orilla del norte.

Llegados al punto que Fitz-Roy señala como segundo «Paso de los indios», encontramos huesos de caballos y un fragmento de cuchillo, lo que prueba la veracidad de la observación del marino inglés; y habiendo cruzado a la margen norte, acampamos en el mismo punto que lo hizo él, alrededor de las osamentas que menciona en su diario.

Los picos de la cordillera están más definidos, y nos orientamos con la aguja, tomando como punto de observación el «Castle Hill» de Fitz-Roy. La apariencia de esta tarde es espléndida y nos compensa el mal día. Una nube celeste y blanca oculta el agudo pico de un atrevido cerro muy elevado, cubierto de hielo, eterno, y la ilusión del deseo me dice que es la gigante bandera patria que flamea gozosa saludando nuestra llegada. ¡Qué alegres ensueños voy a tener esta noche! ¡Qué agradables recuerdos va a evocar mi alma, mientras el cuerpo descansa de la marcha penosa del día!

Febrero 10. — Peor camino que ayer; no hemos hecho en todo el trayecto marcha más penosa; encontramos puntos en que el río parece tener una milla de ancho; tal es la gran inundación. Las ori-

llas del norte son bajas, preciosas, con pastos excelentes, con abras, que son cauces de ríos de invierno, y cuyos horizontes extensos y amarillentos dejan ver a lo lejos, en el noroeste, las capas basálticas que van retirándose a ambos lados, formando un valle más ancho; en el sur, barrancas a pique, tristes, cubiertas de piedras, limitan el valle, por ese lado. En el fondo los Andes van definiéndose cada vez más, y algo nos dice que pronto estaremos a la vista del ansiado lago. Una gran quemazón oculta la región del S. O. y una cadena casi recta E. O. de colinas elevadas de 1400 pies, con grandes quebradas y que sirven de escalones para llegar a otros cerros más elevados, limitan el valle en el sur. Al oeste de nosotros y al este de «Castle Hill» se divisa una quebrada grande a cuyo pie me parece que debe correr un río. Vamos, pues, a entrar en la parte más interesante del viaje, en la región desconocida, en lo que Fitz-Roy llamó «Llanura del Misterio».

En el cauce actual del río hemos encontrado un gran trozo errático que mide fuera del agua $\frac{1}{4}$ pies de altura.

En este día alcanzamos el paraje donde suspendió su exploración Fitz-Roy, pero no hemos podido hallar el menor vestigio porque la creciente lo oculta todo; hubiera sido una dicha, para nosotros, obtener algún resto de aquella tentativa, de desvelar las misteriosas fuentes del Santa Cruz. Sólo la falta de elementos, pudo hacer que retrocediera el marino inglés; tantos esfuerzos, tantas fatigas, se estrellaron contra la falta de provisiones, y tuvo que dejar sin concluir la expedición, que realizada en todas sus partes, hubiera tenido magnífico resultado.

La rápida vuelta del río hacia el sur y un gran bajo que sigue en esa dirección, en este punto, fué la causa por la cual suspendiera Fitz-Roy el trabajo de los botes para proseguir un día más a pie,

hacia el oeste. Al principiar esta vuelta, hay, en el norte, una laguna bastante bonita, casi circular, la cual no fué vista por Fitz-Roy, y que se alimenta con las aguas del río, que penetran a ella por un pequeño canal.

Hemos tenido que tirar el bote a pie, durante casi todo el día, y esto dentro del agua, a causa de los arbustos y de la inundación, pero lo hacemos con gusto, deseando llegar cuanto antes al famoso lago Viedma, que es donde, nos dicen, nace el Santa Cruz. El valle está formado aquí por cascajo y arena traída por los hielos; la cantidad de los trozos erráticos es inmensa y vemos colinas de pedregullo, exclusivamente, a 200 pies sobre el río.

El bote ha tenido que parar en el centro del cauce y fondear en medio de un matorral casi sumergido porque no ha sido posible llegar a tierra a causa de los guadales, donde, a pisar en ellos, gran trabajo hubiéramos tenido para salir.

La corriente velocísima aquí, lo devasta todo y habiéndose desviado en parte el curso del río, este está sembrado de rápidos. Su aspecto desde la barranca, casi me ha desalentado en un principio, pero esos penachos blancos que saltan sobre las matas, con ruido que abrumba, esas líneas de corrientes blancas, que van arrastrándolo todo y que debemos resolvernos a atacar, so pena de suspender la marcha, no nos han arredrado y hemos emprendido la tarea de combatir las con la pala, el remo y la sirga, exponiéndonos a perdernos antes que retroceder.

Un espectador impasible, que mirara la escena que se desarrolla en el centro de esta vuelta, dominada por barrancas a pique de las cuales se desploman grandes fragmentos al venir las avalanchas de la corriente, y donde el bote y sus tripulantes tratan valientemente de vencer los obstáculos, hubiera creído empresa de locos, el traba-

jo que estamos haciendo; desnudos, con el medio cuerpo en el agua helada, con la cabeza calentada por el ardiente sol, arrastramos la blanca embarcación sin nombre, que lentamente avanza, gracias a los esfuerzos que trae consigo una pequeña ambición de gloria.

A la noche, el mismo espectador, atónito, hubiera visto la misma embarcación, inmóvil, fondeada en el centro del río, iluminada por rojas hogueras, fantásticas luminarias con que alumbramos el veloz Santa Cruz, encendiendo las copas de los arbustos a mitad inundados. Es un mágico espectáculo el que nos proporcionan esta noche los rayos que serpentean sobre las aguas que bajan.

Febrero 11. — Entre las bancadas del bote o entre los arbustos, encogidos como aves de rapiña, dormimos esta noche pasada, sin acordarnos que el menor cambio de la corriente nos hubiera arrastrado a la muerte.

Hemos dejado atrás las huellas de las canoas de Fitz-Roy y vamos siguiendo las del guigue de Feilberg, quien más feliz que yo, no tuvo que luchar con esta gran inundación, y esto es consuelo grande; los colores argentinos son los únicos que han flameado en estos parajes, pero es deber nuestro llevarlos aún más adelante y con provecho.

Esta vuelta del Santa Cruz, prolongada en apariencia por un gran bajo que a primera vista parece ser el cauce del río, pues la bordean barrancas escarpadas que se internan al sur hasta perderse entre elevados cerros, fué, como ya he dicho, lo que indujo a Fitz-Roy a no continuar el viaje por agua; a nosotros también nos ha desconsolado durante todo el día, hasta que en un momento en que podemos atracar a la costa sur, distinguimos desde lo alto de la muralla el curso del río, que a pocas cuadras de allí desciende rápidamente desde el oeste, por entre barrancas muy aproximadas, lo que nos indica que el gran bajo que nos ha alar-

mado es solo un antiguo cauce. En esta vuelta, inmensa S, bordeada de barrancas escarpadas unas veces, otras de pantanos, es donde mi tripulación demuestra su resistencia tenaz y no desmaya en el penosísimo trabajo de diez y seis horas consecutivas, durante las cuales sólo adelantamos a rumbo cuatrocientos metros. Pasados estos, nos encontramos en la «Llanura Misteriosa», próxima al lago, que debe estar ocultado por las grandes humaredas producidas por incendios de bosques andinos. Esta inmensa hoguera de leguas, nos oculta hoy toda la falda sud-oeste de la cordillera y no nos permite orientarnos con sus montañas.

Febrero 12. — Continúa el trabajo para concluir la vuelta, lo que conseguimos a mediodía, acampando en la margen norte, en el paraje donde el río desemboca, descendiendo casi recto del oeste. En el gran bajo hemos encontrado un arroyo angosto, muy correntoso, que corre en el centro de un pequeño valle bastante fértil que se alterna con médanos y grandes extensiones de cantos rodados por donde el agua salta bulliciosa. Este bajo, como ya lo he dicho, es el cauce de un gran río antiguo aunque menos profundo que el Santa Cruz. Debió ser alimentado en lejanos tiempos por las aguas y las nieves de las montañas terciarias y basálticas que se elevan al sur a una altura mayor de tres mil pies, negras, pardas y todas áridas. Llamo a este pequeño curso de agua «Arroyo del Bote» en recuerdo de la embarcación que tripulamos.

Ni ayer ni hoy hemos comido carne, y sí, sólo algunas galletas y dos cajas de sardinas con farfiña frita en grasa de avestruz.

Salgo a pie a recorrer las inmediaciones y a contemplar otra vez más la vuelta que nos ha costado gran trabajo en salvar; la llanura alta está sembrada de gruesas piedras y hay puntos en que parece que la mano del hombre ha contribuido a elevar los montones que el hielo ha formado. Más de

una vez me he engañado creyendo tener delante un cairn, donde Fitz-Roy y Darwin hubieran dejado testimonio de su llegada hasta aquí. En las cumbres de algunas colinas se ven inmensas piedras erráticas, que semejan monumentos sepulcrales, tumbas de antiguos héroes que la idea transporta desde las Galias heroicas al despoblado desierto austral. En el paradero he hecho repetidas observaciones termométricas, para averiguar por medio del grado de ebullición del agua la altura del terreno sobre el nivel del mar, las que me han dado un término medio de 392 pies, altura que concuerda bastante con la observada en estas inmediaciones por Fitz-Roy, y que, comparándolas con las que he verificado en otros puntos, me dan la creencia de que el río no es uniforme en su descenso gradual, sino que hay puntos en que la diferencia de nivel, en un espacio dado, es menor o mayor. Esto también puede corroborarse por la variación en la velocidad de las correntadas.

Febrero 13. — Caminamos; el río descende por un cauce angosto con barrancas bastante elevadas, algunas de ellas a pique. Al principio es un verdadero rápido, pero poco a poco la corriente disminuye en velocidad hasta alcanzar a lo más cuatro millas, tanto que nos permite adelantar con los remos y el bichero, durante gran parte del trayecto. Paramos después de caminar unas seis millas a rumbo, habiendo encontrado sólo pequeñas vueltas. Nuestro campamento se instala en un • pequeño displayado donde abunda el pasto suficiente para la caballada, y donde, en las orillas, encontramos muchos trozos de madera de los bosques de la cordillera, que pueden servirnos para arreglar las carpas, pues el tiempo amenaza.

Luego que queda arreglado el campamento de manera que la tormenta no nos ocasione perjuicios, monto a caballo y sigo al oeste en busca del lago, del cual debemos encontrarnos próximos a juzgar

por el aspecto de las montañas. A ambos lados el triste valle está limitado por mesetas escalonadas que se elevan hasta cerca de mil metros, pero a cierta distancia, al N. O. se distingue un claro al pie del descenso de una colina, lo que me hace presumir la presencia, allí de un río. Más al oeste, las montañas vuelven a aparecer, más rugosas, hasta Castle Hill, y en el fondo, anteponiéndose a la cordillera, limitan el horizonte grandes macisos de cerros menos elevados que ella; al S. O. hay mesetas semejantes a las del norte y en el centro, un gran bajo, envuelto en el humo de los incendios, denuncia el lago.

Me parece que este es el punto donde Fitz-Roy, en su última excursión a pie, hizo su observación de altura, y llamó a la comarca que en la estación de nieblas se desarrollaba, desconocida frente a él y la cual no podía desvelar, «Llanura del Misterio».

Mirando hacia el oeste, sobre el montón de rocas, me imagino que tristes reflexiones harían y con qué disgusto retrocederían los infatigables exploradores de 1834, al verse obligados por la necesidad a suspender la marcha adelante; me impresiona el pensar a qué corta distancia del lago almorzaron Fitz-Roy y Darwin, seguramente bien tristes, tratando de indagar con la mirada los nebulosos horizontes del oeste antes de volver hacia atrás.

Estos recuerdos y presunciones atenúan bastante mi contento al encontrarme en el último paradero de mis predecesores ingleses y con mayores elementos que ellos, para seguir adelante.

De este punto continúo recto al oeste; el camino mejora aunque el terreno es en extremo pedregoso y los trozos erráticos innumerables, habiendo alguno de extraordinario tamaño.

Las colinas glaciales que forman el valle del Santa Cruz y algunos mamelones terciarios que en

otro tiempo fueron islas, se acercan más unas de otras y van descendiendo gradualmente hasta un bajo lleno de grandes médanos, semejantes a los que ocupan las orillas del Atlántico en la provincia de Buenos Aires; unos tienen sus flancos desnudos, otros son sombreados por inmensos matorrales de berberis, en fruta, la que se halla en tal abundancia que hace tomar a las matas un color azul-morado, y en las cuales sacio mi apetito bastante sensible. Esta fruta es excelente y en extremo agradable y los indios que van a los bosques de la cordillera a cortar palos para los toldos, se alimentan únicamente de ellas, cuando la carne les falta.

Entre estos médanos se ven pequeñas playas, desnudas y cubiertas de cascajo o pobladas de pasto amarillento felposo que le comunica un reflejo pintoresco, aumentado con la presencia de tropas de guanacos que pastan en ellas, mientras los avestruces atacan gozosos, sin piedad, las moradas guindas del calafate, sin fijarse que un hombre los mira de cerca, contemplándoles en su natural libertad. Mi presencia alarma las bandadas de rojos pechos colorados, que vuelan chillando, a mi aproximación; alborotan a los tranquilos dueños del arenoso anfiteatro y un relincho del caballo llena de espanto a la temerosa cuadrilla de guanacos que cruza y recruza delante de mí, sin atinar a alejarse mientras los avestruces desplegando vaporosos sus pequeñas alas, describen curvas y círculos en sus raídas gambetas, hundiendo sus patas en la arena, al tiempo que un piche calmoso, trata de huir, escalando en vano un médano.

El aire ha refrescado; hay olor de agua, y un ruido cercano, halagador en extremo y que revela olas que baten contra rocas, me hace olvidar todo lo anterior.

Nada puede expresar mi entusiasmo en estos momentos en que el caballo asciende y descende

jadeando, la cadena de médanos, agujoneado por la espuela, hasta caer extenuado en un pozo o embudo formado por el remolino de viento entre la arena movediza. El ruido es mucho más sensible, pues parece que detrás del médano choca el agua, ya se oye el ruido del caseajo que rueda a su impulso; trepo la oleada de arena y encuentro al grandioso lago, que ostenta toda su grandeza hacia el oeste. Es un espectáculo impagable y comprendo que no merece siquiera mención lo que hemos trabajado para presenciarlo — todo lo olvido ante él. Las aguas azules-verdosas, penacheadas por las corrientes, vienen ondulando a despararmarse sobre estas playas. Moviéndose a la distancia vese un cristalino témpano que balancea, fantástico, su blanco castillo, en las profundas aguas del centro que minan su base, mientras que el sol radiante, derrite manchones de nieve nueva sobre la elevada cumbre de «Castle Hill», inmensa fortaleza geológica destruída por el tiempo.

Un día más de trabajo y veremos flotando nuestro bote en las aguas de este mar interior, dulce, claro y profundo, alimentado por los derrites de los grandes ventisqueros.

Es deber mío ir a denunciar a los compañeros la buena nueva, y arrancándome a la contemplación que me absorbe, desde el médano árido, ante el espléndido panorama que se desarrolla frente a mí, me alejo, no sin haber penetrado en el agua a caballo, mojándome todo lo posible; pueril satisfacción de un deseo largo tiempo arraigado.

Siguiendo la costa medanosa encuentro la nacimiento del Santa Cruz, en la que, por un ancho canal, descarga el lago sus siempre aumentadas aguas, por entre grandes trozos erráticos, sobre los cuales las corrientes se estrellan con ruido atrozador, pero que sin embargo, halaga mi oído.

En la entrada del lago he encontrado, elevado sobre un médano, un remo que conserva en su ex-

tremo restos de una bandera. Es el pabellón argentino que dejó flameando el subteniente Feilberg en el punto más lejano que él alcanzó en su exploración. Atada al remo recojo una botella que contiene el documento que demuestra la feliz realización de la primera expedición nacional llevada a este punto. Con su lectura espero dar un gran gozo a mi tripulación, pues es la prueba, irrefutable por ella, de que está cerca el punto donde terminarán las fatigas del remolque por el Santa Cruz para lanzarse en medio de las aguas desconocidas del anchuroso lago.

Al regresar por sobre la barranca, elevada de más de doscientos pies sobre el río, en una pequeña rinconada formada por una vuelta rápida, encuentro grandes trozos erráticos, los mayores que he visto hasta ahora, uno de los cuales, desde lejos, parece un edificio arruinado. Esa inmensa mole de roca cuarzosa situada a esa elevación, en medio de una meseta terciaria y cascajo extraña a la formación petrográfica del citado trozo, es una de las pruebas más evidentes que se encuentran en estas regiones de la antigua inmersión del valle, entonces inmenso río y donde flotaban témpanos tan grandes que podían transportar monolitos de más de quinientos metros cúbicos, como el que me ocupo.

A la tarde llego al campamento donde la buena nueva es recibida con gran gozo. Isidoro ha boleado un avestruz el que llenamos de piedras, asamos y devoramos contentos. La tormenta que nos alarmó se ha disipado sin causar daño al campamento, habiéndose reducido a un simple chubasco.

Febrero 14. — La aurora pálida del día nebuloso nos encuentra ya levantados y listos para continuar la marcha que se vuelve difícil porque la corriente ha aumentado y encontramos barrancas a pique, donde infinidad de cóndores que anidan

en sus grietas inexpugnables, chillan cuando pasamos al pie de ellas.

La vuelta que he mencionado ayer, en el punto donde están los trozos transportados, nos detiene algún tiempo por estar casi inundada y por formar el río una curva tan pronunciada, que aparentemente desciende del este. A las doce la cruzamos y a una milla de distancia al oeste, nos detenemos para tratar de cazar unos guanacos que se presentan en la orilla sur, y que, muy confiados, nos miran con curiosidad. Herido uno de ellos, nos da gran trabajo para agarrarlo y cuando no puede disparar más que los que lo perseguimos a pie, se arroja al río y puede cruzarlo, muriendo frente a la barranca del norte.

A las cuatro de la tarde, los que vamos tirando de la cuerda que remolca el bote, divisamos el lago, en momentos en que hacemos grandes esfuerzos para cruzar un rápido producido por el derrumbe de un barranco elevado. La alegría rebosa y se refleja en nuestras caras. Rozando las piedras donde las aguas furiosas se estrellan, adelantamos por entre enmarañados matorrales hasta un pequeño remanso, donde al cuidado de los marineros, dejo amarrado el bote, mientras Moyano, Estrella y yo, vamos por tierra en busca del punto por donde debemos hacer nuestra entrada al lago.

Todo nos halaga: el día baña con luz nítida, las aguas tranquilas o agitadas contra las rocas; el sol brilla en todo su esplendor purpureando las quebradas lejanas y dorando las crestas con sus rayos. La vista se recrea y el corazón se expande, y para que el regocijo sea completo, encuentro bajo una hermosa mata de calafate, de la cual cuelgan los más exquisitos frutos de esta clase que he conocido, algunos cuchillos de piedra. El antiguo patagón también ha tenido la suerte de admirar este majestuoso panorama; sus cacerías han tenido lugar ante él.

Las corrientes del lago se unen al llegar al principio del desagüe del río, donde creo que hay algún banco escondido, a juzgar por unos trozos erráticos que se distinguen, elevándose de la superficie, bañados y batidos siempre por las olas y forman un solo hilo sumamente veloz, pero de corto ancho. Aprovechamos ese punto para cruzar al norte, lo que conseguimos, no sin habernos balanceado en grande, al llegar a las corrientes, en las que penetramos, dándoles la proa a causa de su potencia. Nuestra buena suerte nos hace entrar en un gran remanso, que nos lleva hacia el lago en vez de alejarnos de él, tanto que, casi sin necesidad de remos, podemos poner en tierra al Sr. Moyano, que a caballo, debe ir en busca del guanaco muerto, el que, dada nuestra escasez de provisiones, no podemos dejar que sea aprovechado por los cóndores.

Sólo quedamos con el bote, Estrella, los dos marineros y yo, para hacerlo penetrar en el lago, doblando la punta que forma la entrada norte, a la que he bautizado con el nombre de Feilberg.

Después de dos horas de trabajo conseguimos doblar la punta y descansar un momento, bebiendo el agua del lago, y varar el bote en el cascajo fino al pie del médano donde Feilberg elevó la bandera.

El lago está cubierto en parte por el humo del gran incendio de las montañas del sur; las blancas crestas de los Andes muestran, de cuando en cuando, sus nevadas y azules cumbres, sobre el horizonte plomizo; pero es imposible distinguir la gran cordillera en toda su majestad, a causa de las nubes que se han agolpado sobre ella. El cielo se ha convertido en espléndida paleta de la luz artista; los renegridos chubascos que asoman cerca de Castle-Hill contrastan con blancos cúmulos, que se forman y se disipan, cual enormes capullos de nieve, a media altura de las montañas; cirrus pur-

purinos parecen reflejar en lo alto las ondulaciones del lago, y de vez en cuando, una rajadura entre las estratas, permite ver el azul oscuro del cielo. La esfera que se hunde entre dos picos, cuyas agujas doradas cruzan las nubes, enrojece entre las grandes sombras de los cerros las aguas verdeazuladas del lago, y baña con sus luces la punta donde, sobre un médano cubierto de pasto claro que amarillea ondulando, he elevado la bandera.

Este es un momento que no olvidaré: Moyano, Isidoro y Abelardo han llegado; los dos primeros trayendo la caza sobre el caballo; la tropilla baja gozosa a beber en las aguas del lago, mientras los perros ladran a las olas y a los pequeños palos que ellas arrastran. Los tripulantes, dentro del agua, rodean la ballenera, para sacarla fuera, aprovechando los últimos rayos que destacan la blancura de ella, del azul del lago y de la amarillenta arena vidriada.

El tiempo es de una dulzura inexplicable, en el sitio en que nos encontramos, mientras que a lo lejos los chubascos y el incendio devastan la región aún misteriosa. Todos estamos impresionados; todo ejerce sobre nosotros una sensación inexplicable de bienestar y gozamos de este espectáculo que por más previsto que nos haya sido, lo encontramos nuevo, pues ninguno de nosotros imaginó la salvaje grandeza del lago, digno de la salvaje aridez del desierto que hemos cruzado. En las provisiones vienen dos botellas de cognac; destapo una de ellas y doy una ración a cada hombre, y todos, sin consultárnoslo, brindamos por la patria, cuyo recuerdo nos ha dado ánimo para llegar hasta aquí.

El pequeño grupo que con la cabeza descubierta, rodea la bandera sobre el árido médano, promete cumplir con su deber y seguir adelante, mientras los escasos recursos lo permitan.

Pasamos el resto de la tarde en festín, regado,

no por el vino, sino por el agua del lago, que preferiríamos, a tenerlo, al más exquisito champagne Piche, avestruz, guanaco, fariña frita, y de postre dulce de leche, con un buen jarro de café y dos galletas por hombre, forman este banquete, que nos damos en honor del gran acontecimiento del día.

La misma mata de calafate que sirvió de asilo a Feilberg, nos proporciona cómodo abrigo contra el viento que se prepara y que ya agita el lago que muge sordamente. El cansancio del día no da lugar a soñar, ni a formar nuevos castillos, que la experiencia va demostrando ser cada vez más imposibles, y pasamos una noche plácida, durmiendo sobre la blanda arena, arrullados por las olas inmediatas y por el ruido del cascajo que va y vuelve al impulso de ellas.

EN EL LAGO ARGENTINO

Febrero 15. — ¡Qué delicioso despertar! Aún resuenan agradablemente en mis oídos las armonías que el Espíritu de las Aguas hace entonar por las olas del lago que ruedan sobre las piedras, al aparecer la aurora de este día. ¡Qué espléndidos mirajes se reflejan en mi mente al mirar desde mi arenoso lecho estas aguas verdosas que han arrullado mi sueño!

Los vientos de la noche han calmado; el lago está tranquilo. Los destellos del gran incendio oscilan en las montañas del sur. El fondo de la llanura misteriosa de Fitz-Roy, para nosotros, lago grandioso, permanece soñoliento, envuelto en la bruma que anuncia el día. Sobre él, en las alturas, los eternos y mágicos espejos de hielo que coronan los picos que rasgan altivos el velo de las nieblas, reflejan ya, en medio de sus colores, el naciente sol de nuestra bandera. ¡Mar interno, hijo del manto patrio, que cubre la cordillera, en la inmensa soledad, la naturaleza que te hizo, no te dió nombre: la voluntad humana desde hoy te llamará «Lago Argentino»! ¡Que mi bautismo te sea propicio; que no olvides quién te lo dió y que el día en que el hombre reemplace al puma y al guanaco, nuestros actuales vecinos; cuando en tus orillas se conviertan en cimientos de ciudades los trozos erráticos que tus antiguos hielos abandonaron en ellas; cuando las velas de los buques se reflejen en tus aguas, como hoy lo hacen los gigantes témpanos y dentro de un rato la vela de mi bote; cuando el silbido del vapor reemplace al gri-

to del cóndor que hoy nos cree fácil presa; le recuerdes los humildes soldados que le precedieron, para revelarte a él y que en este momento pronuncian el nombre de la patria bautizándote con tus propias aguas!

Inmediatamente de levantados, descargamos el bote para organizar nuestro almacén de provisiones que debe quedar en tierra al cuidado de Isidoro y Abelardo, mientras me interno al oeste con el bote; las malas condiciones marineras de este no permiten conducir nuestras riquezas alimenticias a través de las aguas, pues sería perderlas.

Levantamos al lado del matorral la carpa que nos queda, habiéndose destrozado completamente la otra, y colocamos dentro de ella todo lo que tenemos de más precioso; es decir, la fariña, el azúcar y la yerba, mi baúl de libros y las colecciones. En el bote quedan algunas conservas y provisiones para quince días, y dos guanacos charqueados, para el caso que, en las montañas, no podamos obtener caza, y hacemos en él las reparaciones indispensables, sobre todo en el timón que se ha hecho pedazos durante el trabajo de subir el río. Cuando está todo listo y almorzamos para embarcarnos, el tiempo se descompone, y los chubascos que desde ayer tarde se formaban en los desfiladeros del oeste, se desencadenan barriendo la superficie del lago, inquietándolo, y el viento aumenta rápidamente, de tal manera, que en vez de salir a navegar con el bote, tenemos que retirarlo de las aguas y vararlo sobre la playa lo más lejos posible de ellas, pues las olas ya se estrellan y pueden destrozarlo.

El día de hoy no ha sido perdido; lo hemos empleado en examinar el desagüe que forma el Santa Cruz, y la ribera hacia el norte, donde la quebrada nos ha indicado la probable existencia de un río.

Desde el punto en que nos encontramos dominamos el canal con rompientes en el centro, por

donde el lago envía al océano, a través de cien leguas de desierto que acabamos de atravesar, la exuberancia de sus aguas. En vano el ventisquero andino se grieta y siembra con sus fragmentos las profundas aguas; estas nunca rebosarán ni cubrirán totalmente las áridas orillas, pues el curso del Santa Cruz las vaciará en el Atlántico, unas veces con lentitud, otras con increíble rapidez, como sucede en estos momentos.

El canal, desde cierta distancia no se distingue, y media milla antes de llegar al lago no se sospecharía su proximidad, por el poco aumento de la velocidad de las aguas que descienden por él, comparándola con la de otros puntos, ya señalados en nuestro trayecto, pero una vez que se llega frente a su principio, los trozos erráticos, al estorbar el tranquilo paso de las aguas, hacen rugir sordamente éstas, refrescando sus pulidos bordes con la blanca espuma que produce el choque y recuerdan involuntariamente al viajero el serio peligro que correría, si dentro del lago, las corrientes arrastraran su embarcación hacia el desagüe.

El río Santa Cruz no nace inmediatamente de la gran cuenca del lago; le precede una pequeña ensenada, con recodos tranquilos, abrigados por médanos y lujosos matorrales, donde los botes que lleguen a ese punto, en momentos de malos tiempos que no permitan pasar por sobre las piedras de la entrada, pueden anclar o sujetarse en la costa, antes de entrar, sin temor alguno. Luego que una embarcación haya entrado en el lago, operación que siempre deberá hacerse con buen tiempo, no encontrará fácilmente reparo: en el paraje donde me encuentro ahora estará siempre expuesto a los vientos del N. O. hasta S. S. O. y creo que inmediato a la boca del río, ningún abrigo ofrecerá buen refugio, pues en lo que alcanzo a distinguir no veo sino una playa desamparada, limitada en un lado por un médano y en otro por la in-

tranquila línea blanca que forma la ola al derramarse sobre el cascajo.

Este lago, en tiempos no muy remotos, ha debido tener una extensión bastante mayor, y esto en la época geológica actual. Las mesetas que dominan la llanura baja medanosa, han sido la muralla contra la cual, en los tiempos a que me refiero, batían las aguas del lago; tanto detritus amontonado con lentitud, pero también incesantemente por las olas, han llenado ese espacio; le han levantado sobre el nivel del agua, sembrándolo de rocas y polvo de ellas, que han formado los médanos sobre los cuales hemos instalado el campamento.

He recorrido a caballo la pequeña extensión situada al norte del paradero; el camino es incómodo por la gran cantidad de médanos elevados, algunos de diez metros, y sumamente sueltos, y el paisaje, ahora que la tormenta nos oculta el horizonte montañoso, es parecido al del océano Atlántico, en las inmediaciones de la bahía San Blás; pero aquí, los arbustos (que son algo distintos de los que allí se encuentran) adquieren mayor tamaño. El calafate y el matorro blanco son los principales; aún que el último parece preferir terreno más sólido, abundando con mayor profusión en las mesetas. La costa es corrida N. S. con sólo pequeñas entradas bajas, donde acuden en vano, en busca de alimento, algunas gaviotas que, engañadas, chillan tristemente. A cierta distancia, los médanos cesan, reemplazados por colinas glaciales de altas pendientes y que muestran en sus flancos inmensos trozos de rocas; el agua baña su pie batiéndolo suavemente.

El lago concluye en este punto; pasando una corriente que baja del norte, se divisa desde la colina al oeste, una planicie inundada, luego una ensenada profunda que se interna hacia el norte; en seguida una lengua de tierra que adelanta al sur y más lejos elevadas mesetas y montañas lo

bordean en línea casi recta al oeste, inclinándose algo al sur.

La corriente que desciende a nuestros pies desde el norte, es un río; desemboca en el inmenso bañado que tenemos en frente y sus aguas que corren por la pendiente, se dividen en infinidad de brazos, por el delta que les ha formado la inundación; pero entre ellos se distinguen dos canales, que cuando bajen las aguas, serán indudablemente los únicos por donde descarga sus aguas este río, que creo es el que Viedma vió salir del lago que lleva su nombre y que los indios, que le acompañaban, le dijeron ser el Santa Cruz. Galopando más hacia el norte, veo que este río aumenta de velocidad en su descenso, la que es mayor que la del Santa Cruz.

La vista del territorio es diferente ya aquí; aunque es un desierto, hay algo de pintoresco en las barrancas que dominan este río, donde hay más arbustos y pastos, bien distintos de las áridas barrancas y médanos movedizos que han fatigado la vista en la comarca recientemente recorrida; algunos pequeños vallecitos me parecen risueños, a pesar de ser solitarios, y un trozo errático de espléndida blancura hace creer a mis ilusos sentidos, que tienen delante una pequeña morada humana en los flancos escondidos de la quebrada.

El aspecto geológico de la meseta inmediata, que cae casi a plomo sobre dicho río, el cual corre encajonado, sin valle, es distinto al de las mesetas que dominan el Santa Cruz; se elevan gradualmente hasta una altura de más o menos 1.500 pies, y en su límite superior, bajo el manto glacial, se ve una capa verdosa amarillenta en estratificación poco visible, grietada, con grandes derrumbes que han sembrado su base de peñascos enormes. La roca es blanquiza y amarillenta cerca del río. Este no corre directamente de norte, y forma una vuelta

al salir del cajón de las mesetas, con un desagüe ancho.

Ningún ser viviente vimos en estos parajes, a no ser dos zorros que nuestros perros no pudieron cazar, a pesar de haberlos perseguido con encarnizamiento. A la noche regresamos al paradero, sin traer carne, y sí solo la noticia de que aunque no hemos visto ningún guanaco ni avestruz, los rastros de estos animales son muy comunes; Isidoro dice que mañana saldrá a campearlos. Si bien no los hemos visto vivos, en cambio, es inmensa la cantidad de osamentas de guanacos que hay entre los médanos, al abrigo de las grandes matas.

Febrero 16. — El día ha amanecido tranquilo; las pesada nubes que ocultaban el oeste se han disipado y las cumbres de los Andes despiden entre la bruma rosada, destellos dignos de esos eternos gigantes; el lago, hermoso en su calma, nos convida a internarnos en él mientras su Espíritu agitador duerme. No hay tiempo que perder y tratamos que el primer rayo de sol refleje en el bote navegando, izada la blanca vela y el pabellón al tope. Como el deseo no tiene en cuenta los obstáculos, ya nos hemos embarcado; mentalmente, la embarcación flota ondulando y se sacude gozosa, sintiendo llena de aire la lona; creemos vernos en el centro del lago, atracados a un témpano, saciando la sed en la nieve, que como cana cabellera, cubrió, durante siglos, la montaña, y que la tempestad de ayer ha hecho rodar hasta las profundas aguas; cuando el *Walichu* del lago despier-ta y parece ordenar a los vientos, que nos son favorables, que se tornen en contrarios. Tristes, volvemos a desembarcar y sirgamos el bote desde la costa, durante un trayecto de dos millas hasta colocarnos en posición aparente para que aprovechando el viento del O. S. O. que sopla, cruzar a la

orilla del noroeste frente al río que baja del norte.

El viento arrecia, pero no nos acobardamos. Francisco y yo nos mojamos completamente y el bote casi se llena de agua, pues al varar sobre un banco, una ola lo cubre y lo tumba. Nos embarcamos nuevamente y tratamos de dirigirnos a la desembocadura del río del norte, lo que recién conseguimos después de repetidas tentativas, pues tenemos que luchar contra el viento y la correntada que nos arrastra con fuerza hacia el desagüe y que al mismo tiempo nos impide, no pudiéndola vencer, de ganar camino hacia el punto de desembarque. El bote es sumamente pesado, de malas condiciones marineras y no se levanta con facilidad al cruzar la ola, y ésta penetra dentro de él o choca con violencia, y como es sumamente angosto se tumba con facilidad, poniéndonos en peligro de parecer ahogados. Además, cuando en las viradas el viento nos es contrario, tenemos que emplear sólo los dos remos, pues la vela es inútil. Entonces la embarcación no obedece bien al timón y las corrientes que hacen bullir el agua y blanquean de espuma la superficie del lago, juegan con él arrastrándolo fuera de rumbo. Los remolinos que forman estas corrientes encontradas en sus choques y que nos ponen en serios peligros, tienen acción sobre el fondo del lago, el que en ciertos puntos, como por ejemplo el paraje que cruzamos, no debe ser muy profundo, y comunican a los hilos de corrientes, con los detritus que levantan, un color parecido al del río de la Plata. Estas fajas plomizas, de color siniestro, forman contraste con las aguas que a cierta distancia divisamos azuladas, meciéndose, pero sin sacudir sus cabelleras.

Recién a medio día podemos, a fuerza de remos, llegar a la costa y desembarcar en una caleta angosta y profunda (25 pies), protegida contra todos los vientos, suerte rara, pues los abrigos parecen ser muy escasos en este inhospitalario lago.

He satisfecho una de mis más grandes aspiraciones; es decir, navegar en el lago, y pisar tierra virgen de planta humana; ni salvajes ni civilizados han impreso sus plantas en la fina arena de esta playa, pues no creo que los antiguos patagones fueran navegadores.

Mis compañeros, al pisar tierra, piensan probablemente en el cumplimiento de mi promesa al salir de Pavón: «Navegaréis donde flotan témpanos; hollaréis tierras vírgenes». ¡Qué gran satisfacción experimento!

En este ancón escondido, pero desde el cual se distinguen bien el lago y sus imponentes costas, no sopla el viento y el agua clara está tranquila. Los patos, las avutardas y las gallaretas la rayan con animado buril, mientras el blanco casco del bote se refleja en ellas. La bandera que mis amigos me entregaron al embarcarme en Buenos Aires, sube al mástil; la pequeña que ha flameado constantemente en tierra y en agua, sobre el basalto y sobre el lago, se coloca en la costa sobre un remo y armamos campamento sobre esta virgen tierra argentina, no hollada aún ni por sus mismos dueños.

Luego que ponemos a secar nuestras ropas y las mantas que forman nuestras camas, dejo a cargo de Estrella el desembarque de los víveres que están completamente averiados y salgo con Moyano hacia el norte a visitar el país y buscar objetos. El aspecto del suelo no varía mucho del de la costa del este; las mismas plantas, los mismos pájaros, los mismos médanos.

Caminando hacia el norte, llegamos hasta el nuevo río, frente a la meseta elevada del este; el río parece descender con una pendiente muy grande y veo que es imposible emprender, con la clase de embarcación que llevo, su ascensión a la sirga, pues los rápidos son en doble número que en el

Santa Cruz, y siempre aumentan con la inundación. Es más angosto aquí, y tiene en su aspecto general cierto parecido con el Limay, aunque la formación geológica de la comarca es distinta.

Ya tarde, a la noche entrada, regresamos al paradero, que nos es señalado por grandes fogatas encendidas para indicarme el camino y para anunciar a los dos expedicionarios que vigilan el almacén de provisiones, en la márgen este del lago, el punto donde hemos acampado y al mismo tiempo la feliz nueva de haber cruzado el lago. Después de comer un humilde puchero con fariña, y festejado el acontecimiento con un trago de hesperidina, que es el último licor que nos queda en el bote, encontramos en nuestra cama humilde descanso de las fatigas del día, bajo la inmensa bóveda austral celeste y plateada. Los cinco tripulantes del bote dormimos orgullosos y contentos; somos los primeros navegantes del Lago Argentino.

Febrero 17. — El tiempo no nos favorece; los ventarrones que bajan de los Andes, alborotan el lago durante la noche; sus olas han rugido, y hoy, cuando lo miramos a la claridad del día, lo encontramos encrespado, rompiendo ruidosamente contra la estrecha península que se va inundando, y saltando sobre las grandes piedras glaciales. El viento nos es contrario para hacernos a la vela; juzgo, pues, conveniente disfrutar un día más de esta soledad que hoy debiéramos abandonar.

Paso parte del día sobre una colina cubierta de despojos glaciales que domina parte del lago y el río del norte y desde la cual distingo en frente a Isidoro, que busca los guanacos cuyos rastros vimos hace algunos días. Es un punto aparente para orientarse y tomar direcciones para formar el croquis de la región.

Frente a este sitio, hacia el S. O., se ve en el lado sur del lago un elevado promontorio blanco amarillento, o negruzco, según el estado del cielo,

y que se adelanta hacia el agua, despertando cierto interés por visitarlo. Parece ser un contrafuerte de las mesetas elevadas que en ese costado bordean en una línea casi recta, que asciende en escalones desde el Atlántico hasta los Andes, en dirección E. O. Desde este mamelón se ve la pequeña ensenada donde está amarrado el bote.

Siguiendo al oeste, encuentro una larga llanura cuya costa se inclina al N. O. hasta casi encontrarse con la meseta alta. Allí, un brazo del lago se interna y forma una preciosa bahía casi circular, en cuyo fondo norte y este, se elevan murallas altas que le dan un aspecto agreste. Toda esta región, a partir del punto donde la meseta elevada que sigue desde el este, es casi paralela a la que he mencionado en el sur, y que se interrumpe, para dar paso al río del norte. Continuando luego hasta el borde de la citada bahía redonda, el terreno es bajo, exceptuando el mamelón que me sirve de observatorio y que ha sido formado por los materiales glaciales; está tan sembrado de arbustos, como de trozos erráticos, sobre los cuales veo parados infinidad de caranchos y chimangos. Al norte, el río, que baja de esa dirección, aparece entre quebradas; el lado este es más elevado que el contrario, donde una hilera de colinas precede una meseta inclinada y deja ver su cumbre, sembrada de amarillento pasto que doran los rayos solares, alegrándola. Más al oeste, otras mesetas más o menos uniformes, pero más elevadas, se siguen hasta Castle-Hill, cuya cumbre, que imita restos de geológica torre, elevada por fuerzas gigantes y destruída por los hielos eternos, los indios la creen morada de espíritus. A su pie se eleva una montaña más baja, puntiaguda, que creo es la que Fitz-Roy llama Hobler Hill, aunque su posición geográfica no concuerda del todo con la que el marino inglés le asigna en el mapa.

El viento va calmando en el bajo y ha tornado

al sud y luego al sud-oeste como ayer, lo que muestra que la virazón aquí es a la inversa de la de Buenos Aires, pero en el cielo se nota gran agitación en las nubes. Son imponentes los blancos y plomizos chubascos que naciendo tras de Castle-Hill, en una nubecilla blanca, van aumentando de volúmen hasta cubrir la mitad del cielo y pasan veloces, regando al mismo tiempo que sombreando, un gran espacio, mientras a corta distancia los rayos solares, que cruzan por el firmamento azul despejado de nubes, alumbran otros parajes que parecen recibir más brillo a causa del contraste. Cuando la luz y la sombra se alternan sobre la superficie del lago, se diseñan en él inmensos fantasmas.

Esta tarde el viento calma y el tiempo, de crudo que ha sido durante el día, se torna agradable. Hace feliz a quien lo disfruta; el sol se hunde tras los Andes, entre nubes de púrpura, y sus rayos, aunque colorean los bordes de ellas, hacen resaltar la blancura del hielo de sus picos, que aparecen y desaparecen, agujereando altivos las capas de rosadas nubes para presentarse gallardos ante el azul del firmamento. El lago calla sus enojos, ya no alborota entre las rocas; todo me anuncia para mañana un buen día, para ir a buscar lo que encierra el otro costado. Soy feliz aquí; puedo abandonarme libremente a mis pensamientos. Me siento sólo en este inmenso pero escondido templo de la naturaleza, y en una niebla intelectual dejo transcurrir las horas de la tarde que siguen a la humilde cena, hasta que el sueño me sorprende.

Febrero 18. — A medio día, un viento favorable nos ayuda y abandonamos el campamento para hacernos a la vela en dirección al fondo del lago, a rebuscar en los ancones del pie de Castle-Hill y en los residuos de los antiguos ventisqueros, los bosques que han producido los troncos y las hojas que boyan sobre las aguas. Al principio, la corrien-

te nos empuja nuevamente hacia el desagüe, pero el viento arrecia y ciñendo la vela, a la que tomamos rizos, vamos contentos, saltando de ola en ola, hacia los témpanos. Estos parecen islas de claro cristal en medio de las aguas; unas veces brillan, otras permanecen pálidos y tristes. La incidencia de la luz, producida por las nubes, les comunica alegrías o tristezas. Cuando alumbrados por el sol, proporcionan contento; hay entonces algo de suave dulzura en esas inmensas moles congeladas que balancean sobre el celeste del agua, pero cuando un negro chubasco oculta el rayo vivificante, pierden ese aspecto, adquieren un color equívoco, terroso, severo, y parece que reflejan las nubes pardas.

A lo lejos, vemos inclinarse una enorme masa blanca, que se hunde momentos después con estruendo y produce una gran ola que viene rodando hasta estrellarse contra nuestra embarcación. Donde ha desaparecido, vemos alzarse blancos conos que se diseminan y balancean al impulso del agua alborotada con el choque. Son los restos del gótico monumento, tallado y desprendido por la hábil naturaleza en el flanco del ventisquero. ¡Qué cruel es el destino de este! La nieve vetusta que lo forma, anciana de siglos y siglos, ha avanzado lentamente hacia el lago, coronada de ligeros capullos y de rocas que han desprendido, a su lento pero majestuoso paso, del flanco de la montaña, y de este modo ha ido creciendo el campo de hielo que cubre los valles, o sirve de cintura cristalina al pico de granito. Pero las aguas del lago hijas de otros hielos anteriores, baten con sus olas los flancos congelados, lo careomen, lo grietan por su base, desgajan grandes trozos y dan nacimiento al grandioso témpano; así la bulliciosa onda triunfa, y en un instante desaparece la obra del cierzo helado de los siglos, que se disipa a los primeros rayos del sol de enero. La montaña flotante

es un pedazo del ventisquero; los pequeños conos que vemos son los fragmentos en que se ha convertido ella, con su hundimiento, en el seno de las aguas.

¡Qué multitud de recuerdos se despiertan en mí, mientras dirijo el timón hacia los hielos! Recién ahora comprendo las obras de los navegantes polares, que tantas veces he hojeado y que otras tantas me han producido sensaciones desconocidas con su lectura: de asombro, de admiración y de incredulidad algunas, lo confieso, ante la sublime abnegación de esos hombres que oponen solo el ardiente entusiasmo de la ciencia, al espantoso frío del polo, donde los lleva la progresión del pensamiento que no reconoce barreras. Recién, cuando tengo delante un pálido reflejo, me imagino las bellezas sublimes, pero terribles, que ostenta el mundo en sus extremos.

Lo mismo que los lagos alpinos, estos lagos de los Andes deben tener grandes profundidades, en relación con su tamaño, pero me encuentro desprovisto de los elementos necesarios para hacer sondajes; sin embargo, cuando hemos largado el plomo, nos ha dado honduras que varían entre 17, 32, 56, 65, 78 pies a corta distancia del paradero de donde hemos salido, y a dos millas de la costa, la línea de sonda que mide 120 pies, no encuentra fondo en las varias veces que tentamos buscarlo.

Al creernos ya próximos al canal que se extiende al pie de los cerros de Castle-Hill, en dirección al N. O. de esas montañas, y que es uno de los canales por donde bajan los hielos, nos encontramos con vientos sumamente violentos, que ponen por un momento en peligro nuestra embarcación y nos obligan a retroceder y buscar punto de desembarco en la margen sur. Estos tufones y las corrientes, nos arrojan a una pequeña playa rodeada de rocas, y en la cual varamos el bote, que las grandes olas y el viento hacen chocar contra el fondo,

llenándolo de agua, lo que nos hace perder otra parte de las provisiones.

El arribo a estas playas desabrigadas y sin fondeaderos, equivale casi a un naufragio. Necesitamos hacer esfuerzos serios para poner el bote a salvo, haciéndolo rodar por sobre ramas de árboles que la casualidad nos proporciona, hasta la mitad de la barranca, donde, aunque las olas al estrellarse barran sus costados, no hay peligro de que lo arrastren.

Febrero 19. — Mal tiempo; es imposible navegar a causa de la agitación de las aguas. Salgo a caminar hacia el promontorio y después de curiosear largo rato entre los derrumbes que caen casi a pique sobre el lago, hago un descubrimiento interesante.

Las barrancas verticales están cubiertas de signos trazados por mano de hombre. Tengo delante más o menos los mismos vestigios que en medio de las lujuriosas selvas y al lado de las fragosas cataratas del Orinoco, revelaron al ilustre Humboldt la existencia de un gran pueblo antiguo y extinguido. Estas inscripciones, aunque más humildes y menos complicadas que aquellas, revelan aquí, al borde del gran lago austral, el paso, y quizás también la prolongada morada de hombres más perfectos moralmente que el tehuelche, que no tiene otra idea del dibujo que las informes rayas y puntos que traza al reverso de sus quillangos.

Estas inscripciones se extienden en la escarpa del promontorio, en grupos aislados, representando cada uno una combinación de distintas figuras; adelantaré que en el primer grupo, si se exceptúan unas dobles sucesiones prolongadas de puntos rojos que en un extremo se unen y que probablemente en un principio hicieron parte de un tosco dibujo de forma animada y que se hallan situadas a ambos extremos del fragmento de barranca sobre el cual han sido pintadas, se nota gran semejanza

en estas combinaciones de signos con las que han sido descubiertas en el territorio del Colorado, en Arizona y Nuevo Méjico, y que allí han sido trazadas en peñascos de estructura igual a los que menciono. Esas manos rojas estampadas son idénticas, lo mismo que ciertas combinaciones de puntos y líneas. Encuentro también cierto parecido con algunas figuras informes de animales, formadas con puntos rojos, que se notan en otro peñasco, y más adelante veo figuras humanas, trazadas tan toscamente que algunas podríanse tomar por imágenes de lagartos y que son del mismo género que las ya citadas de Norte América. En más de cien signos que copio, noto analogías más o menos exactas con las que Schomburgk y Brown citan de las Guayanas, con las de Ceará en el Brasil, descritas por J. Whitfield, con las que se encuentran en el Perú, Bolivia, República Argentina y Chile, hallando muchas parecidas a las de Norte América. Hasta los mismos colores de las últimas se encuentran en esta; el rojo predomina, pero hay algunas purpúreas, blancas, amarillas y hasta verdes.

Este descubrimiento me demuestra que las inscripciones que asombraron a Humboldt no están ya encerradas en centenares de leguas, sino en decenas de miles; me hace ver que, con corta diferencia, se encuentran los mismos signos en todo el nuevo mundo, desde las islas de Vancouver cerca del círculo boreal, hasta este «Lago Argentino», y que las figuras pintadas que copio de las paredes abruptas y verticales de Punta Walichu, nombre que le he dado a este promontorio, son iguales a las que los exploradores americanos han señalado al norte de Méjico, y que las piedras grabadas en remotos siglos, por los habitantes de Méjico, Centro América, Guayanas, Brasil, Perú, Bolivia, Chile y República Argentina parecen haber sido trabajadas por individuos, sino de la misma raza, a lo menos provistos de igual cultura.

La descripción de estos signos, que será clave del conocimiento de una raza extinguida, es materia de arduos estudios; la interpretación de los signos antiguos americanos está por principiarse, y largos años pasarán antes que pueda bosquejarse siquiera el plan de ellos; pero dato etnográfico bastante importante es el encontrarse signos iguales en regiones tan apartadas.

Más adelante hacia el oeste, al llegar a un pequeño ancón abrigado por grandes fragmentos de peñascos caídos de los flancos de la barranca, hago un hallazgo aún más valioso, en una pequeña cueva, de paredes con figuras pintadas y que mide ocho metros de ancho por tres de profundidad, siendo su altura, en el frente, de dos y medio, disminuyendo gradualmente hasta tener sólo veinte centímetros en el fondo. Las excavaciones que emprendo en ella, son coronadas de buen éxito; a poco rato, la pala y el pico dan con un objeto que impresiona al brasilero, quien huye, abandonando la tarea que le he confiado, mientras copio los signos estampados en la piedra. Con algún trabajo prosigo yo mismo la investigación y tengo la felicidad de extraer del fondo de la cueva, un cuerpo humano bastante bien conservado, que ha sido inhumado, envuelto en cueros de avestruz y cubierto luego con pasto y tierra, sobre la cual he recogido dos cuchillos de piedra y una punta de flecha de la misma materia.

El cuerpo está pintado de rojo; la posición en que se encuentra es análoga a la de las momias del Perú y a la disposición en que las tribus pampeanas sepultan sus muertos. La pierna derecha ha sido replegada sobre el cuerpo de una manera tan forzada que poco ha faltado para que la cabeza del fémur abandone la cavidad catilóidea.

El fémur izquierdo ha desaparecido, lo mismo que gran parte del costado del mismo lado, que ha sido descubierto y comido por algunos carnívoros,

quizás zorros; se conserva, sin embargo, el resto de la pierna y la posición del pie que es igual a la de su congénere me indica que esta pierna ha tenido, en el cadáver fresco, la misma colocación que la otra. Congeturo que los pies han sido colocados de manera que los dedos grandes se tocaran. El brazo izquierdo está doblado y la mano cubre la cara y los ojos. ¿Es esto un signo de dolor, o de meditación eterna?

Entre este brazo y el cuerpo encuentro cruzada una bella pluma negra de cóndor, que también ha sido pintada; ¿es un signo de poder, señala el rango que en vida revistió en la tribu, perpetúa la memoria de un cazador atrevido, o es un simple adorno con que el deudo o el amigo sencillo ha querido ataviar al muerto? Tampoco sabré decirlo.

El brazo derecho ha sido colocado casi verticalmente entre ambas piernas; la mano crispada, parece que araña la tierra y el plumoso sudario en que ha sido envuelto y del cual sólo quedan restos y que también ha sido pintado de rojo. La posición del cuerpo, en la tierra, en relación a la disposición de la caverna, es curiosa: no ha sido colocado sentado como en vida, como sucede con las momias peruanas; por el contrario, la encuentro con la cara vuelta hacia abajo y dirigida hacia el punto más obscuro de la cueva. Junto con los cuchillos, recojo huesos de guanacos, tallados; son los alimentos con que los sirvientes han querido alimentar al que ha muerto, en el tránsito a la vida futura.

Esta momia tiene el cabello cortado casi a la raíz, y esto, junto con la pintura roja con que ha sido cubierto el cuerpo, en vida o después de la muerte, me hace pensar que quizás ella pertenezca a un fueguino, no de los que habitan la gran isla sino de los del continente, que vivían en el tiempo en que Francisco Sarmiento de Gamboa hizo su memorable expedición al estrecho de Magallanes.

(año 1580). Este navegante menciona mujeres con el pelo cortado y el cuerpo pintado de rojo. Sin embargo, creo que la momia en cuestión es un hombre, y de muy elevada estatura.

Otros antiguos navegantes descubrieron también huesos humanos en algunas cavernas, en la costa del Pacífico, en la región patagónica; los antiguos habitantes del archipiélago de Chonos, que probablemente pertenecían a la misma raza, que los que menciona Sarmiento, también enterraban sus muertos de la misma manera, y añadiré que los tehuelches me han dicho que sus abuelos les contaron que en estas regiones habitaban en otro tiempo fueguinos.

No hay duda que esta momia no pertenece a los tehuelches, pues la forma de su cráneo es suficiente para demostrarlo. Aunque deformado artificialmente, tienen mucha más semejanza con él los de otros antiguos patagones, que los de los actuales.

Más al oeste es imposible seguir por el pie de la barranca porque el agua nos corta el camino; ascendemos el cerro, dominamos el lago, aunque sin distinguir sus contornos, pues la tormenta lo alborota, oscureciéndolo, y bajamos nuevamente a la playa, para prolongar las pesquisas que continúan con buen éxito.

Siguiendo la barranca, me encuentro en un trance apurado; la roca es a pique, pero tal es el entusiasmo, que sin fijarme en ello, sigo adelante, indicando el camino al señor Moyano que continúa detrás de mí. Llega un momento en que las ramas en que me he asido se desprenden de la roca y me hacen rodar más de 30 pies hacia el abismo. Felizmente un peñasco se encuentra a mi paso, puedo sujetarme a él, y quedar suspendido al borde del precipicio, profundo de casi cien pies, y donde las olas saltan estrepitosamente sobre las puntiagudas rocas terciarias. Tenemos que retroceder y esto ya

de noche, pues con los felices hallazgos, no nos hemos fijado en el tiempo que ha transecurrido; llegamos a las diez de la noche al paradero donde la tripulación se halla alarmada de nuestra ausencia.

Estamos muy fatigados, y encontramos exquisito el poco de fariña y arroz que compone nuestra comida, pues un golpe de ola nos ha arrebatado el charque que por descuido de Patricio había quedado secándose sobre el bote.

Dormimos profundamente al reparo de los remos y de algunas pequeñas tablas del bote, que son un exiguo abrigo contra el temporal.

Febrero 20. --- En una excursión verificada esta mañana, a los matorrals inmediatos a los elevados cerros terciarios que dominan la ondulada llanura, sobre la cual nos encontramos, he recogido una punta de flecha perfectamente trabajada de la forma que comúnmente se reconoce con el nombre de «laurel». Un hermoso huevo de avestruz, proporciona además, un nuevo manjar con que aumentar nuestro humilde almuerzo.

Los temporales han dado mala cuenta de nuestras provisiones y sólo haciendo economías, a expensas de nuestros estómagos, podremos continuar la exploración; de manera que cada nuevo contingente que recibimos es bien acogido; pues en estas circunstancias no nos cuidamos de ser muy delicados; más de una vez me ha sacado de apuro un hallazgo semejante, que es el gran recurso del viajero en el desierto. Los huevos que han sido puestos antes del momento en que el macho forma la nidada, y que las hembras han dejado diseminados en el campo, duran largo tiempo, pues nunca son empollados; sólo el zorro, el gato o el puma los destruyen.

La manera patagónica como se les prepara permite que no quede ningún desperdicio y que el feliz descubridor los aproveche enteramente. Se le hace en un extremo un pequeño agujero de una

pulgada de diámetro, y después de haberle sacado una parte de la clara, se le coloca entre la ceniza cuidando de mantenerlo vertical y de revolver su contenido; así, a fuego lento, se asa sin que la cáscara se quiebre. Cocinados de esta manera son excelentes. Si se ha cuidado bien, la cáscara puede servir después de taza para te o café y hasta de mate. El contenido de este huevo se divide entre los cinco que forman la tripulación del bote; es una ayuda a la farriña con porotos que ha preparado Patricio, quien ha sido nombrado cocinero de la expedición.

Continúo el reconocimiento de las cuevas de panta Walichu, pero sólo encuentro cuevillos de piedra.

Pasando este promontorio se extiende una llanura cubierta de médanos donde inútilmente perseguimos algunos avestruces.

Hay al oeste de la punta una bahía, casi circular, mayor que la que he mencionado en el lado norte y la que con la inundación adquiere mayor tamaño; sus quietas aguas sirven de estanque a millares de pájaros que casi la cubren, matizándola armoniosamente; las bandurrias, los flamencos, los gansos, los patos, las gallaretas, vuelan gozosas en todas direcciones, arrojándose luego sobre los pequeños pescados, y en una isla, peñón terciario, que domina la entrada, miles de blancas gaviotas alborotan con sus gritos agudos la solemne majestad del lago.

El incendio de las montañas va disminuyendo y podemos ver en el S. O. las blancas cumbres, entre las nubes que corren impulsadas por los vientos polares, atravesando el humo y dominando las altas llamaradas.

Febrero 21. — Continúa el mal tiempo. Las rocas pertenecen a la formación terciaria. El terreno tiene gran cantidad de pedregullo grueso o sumamente fino. En punta Walichu hay una capa, al

parecer de un metro de grueso, de arcilla verde azulada, pero es imposible reconocerla de cerca por ser un precipicio el paraje donde se encuentra. No he podido descubrir ningún fósil, en esta tarde que he empleado en investigar los peñascos.

Febrero 22. — Este temporal se prolonga demasiado; es necesario salir de aquí lo más pronto posible, pues perdemos un tiempo precioso. Vuelvo a subir la punta Walichu, sin tener en cuenta las ramas espinosas y los cactus que me maltratan los pies, pues el calzado está completamente destrozado. Desde la cumbre descubro, en el centro del lago, una inmensa mole de hielo que viaja empujada por el temporal. Un rayo de sol que cruza por las rasgaduras de los chubascos, hace resaltar su azulada blancura. Se distinguen fácilmente las columnas cristalinas, sosteniendo una cúpula colosal, elevada aparentemente de cien pies, y la luz juega entre las bóvedas formadas por el agua congelada: aquello parece un foco gigante de luz eléctrica, aunque no daña la vista de quien se recrea con ese espectáculo.

Esta tarde, notando que la entrada del sol tras los picos andinos enrojece unos y amarillea otros, entre nubes plomizas y renegridas, anunciándonos un día nada bueno para mañana, decido tentar la suerte, lanzándonos en las aguas intranquilas del lago. Desde temprano hemos distinguido humos sobre las montañas del noreste al pie del cerro inclinado, que me anuncian la llegada de los indios a nuestro paradero en busca de los víveres que les prometí llevarles a estos parajes; y más tarde, en el punto donde ha quedado acampado Isidoro, vemos grandes hogueras, que son la señal convenida para indicarnos el arribo de los tehuelches. La contesto encendiendo la falda montuosa de un cerrito vecino, operación que en esta clase de telégrafo patagónico, dice a mis lejanos compañeros — ¡allá vamos!

Si los elementos se oponen a que continúe por ahora la exploración hacia el oeste, hay que tentarla al norte. Allí se extienden otros lagos que esperan nuestra visita.

Lanzamos el bote; las olas que ruedan lo hacen golpear sobre la playa, pero haciendo esfuerzos, nos desprendemos de la costa después de haber acondicionado los preciosos objetos coleccionados.

El viento continúa soplando fuerte y el lago se enerespa a su impulso; tomamos tres rizos a la vela y ciñéndola, volamos, tratando de alcanzar la ribera norte, antes que nos sorprenda la noche que va a llegar. Desgraciadamente sobreviene la calma, no una calma plácida que nos asegure una marcha lenta pero sin peligros, sino la que precede a la tempestad.—El cielo toma un aspecto imponente; las nubes se convierten en círculos y en esferas plumizas, divididas por estratas variadas, y cirros veloces cruzan en diversas direcciones; podría decirse que se arremolinea la espesa atmósfera, en un combate de vientos. Negras nubes descienden de las montañas del oeste y se hallan tan bajas que parece que reposan sobre las aguas; el aire andino se acerca salpicándolas, y a las siete de la tarde se declara el temporal, rugiendo sorpresivamente. Nuestro bote no resiste la vela mayor y sólo dejamos el pequeño foque para aprovechar la furia del viento, pues los remos apenas tocan las olas que se ondulan. La noche llega y con ella el temor de ser estrellados contra el gran tímpano que no debe hallarse a mucha distancia, pues el viento y las corrientes han debido empujarlo hacia el punto por donde navegamos; lo sentimos cerca, pues algo truena; son los fragmentos que le arrebató el furioso chubasco del noroeste. No hay tiempo que perder; podemos chocar con ellos, y nuestra ruina sería entonces segura. Las corrientes aumentan la excitación de las aguas, que alborotadas, se lanzan dentro del bote, continuando

así hasta más de medianoche, hora en que nos encontramos, a merced de la corriente en el centro del lago, balanceados por una marejada sumamente gruesa y que no nos permite adelantar nada, mojados completamente y extenuados del trabajo de desagotar el agua que embarca el bote cada vez que una oleada choca contra sus costados. A las dos de la mañana, creemos distinguir tierra inmediata; la superficie del lago está blanca de espuma, que hierve; conjeturo que nos encontramos en las inmediaciones de la desembocadura del río del Norte. Momentos después una veloz correntada nos arrastra, haciendo dar vueltas a la embarcación, que recibe de costado el viento y el oleaje.

Cerca de nosotros se elevan sombrías barrancas que podemos distinguir a pesar de la obscuridad, mientras escuchamos el estruendo de las olas que chocan; calculo que vamos arrastrados hacia la naciente del Santa Cruz. Las rompientes rugen estruendosamente; las olas encontradas se abalanzan y casi llenan la embarcación; no veo más remedio que poner la proa a la costa y si es necesario, naufragar allí; esto es preferible a perecer destrozados contra las rocas glaciales del centro de la boca del río. Al acercarnos a la costa, las olas embravecidas con el choque que las repele, tumban al bote, dándonos sólo tiempo a lanzarnos todos al lago, exponiéndonos a quedar aplastados bajo la embarcación; y rodando entre las arrolladas aguas, tomamos tierra en el instante en que una gran ola arroja el bote sobre la playa, llenándolo de cascajo que la fuerza de la marejada arranca de la costa y deposita dentro de él. Hemos embicado al pie de los médanos, sobre una playa de pedregullo sumamente pendiente, lo que pone en serio peligro la embarcación, que se encuentra rodeada por un furioso oleaje que la barre en todo sentido; con inmenso y peligroso trabajo, maltratados por las piedras rodadas que nos golpean las espaldas, al

ser bañados por las olas, conseguimos salvarla descargándola, habiendo perdido el timón y el palo pintado y una gran parte de las colecciones que el agua arrebató. Los víveres están casi completamente inutilizados; sólo la momia se ha salvado, habiéndola preservado un espeso sudario de lona, con el cual la había envuelto.

El gran peso del bote no nos permite sacarlo más afuera de las aguas que continúan batiéndolo, y acompañado de Moyano salgo, siguiendo la costa, en busca del campamento de Isidoro. Encontramos que se halla muy cerca de nosotros, a 500 metros. Esto me dice que si hubiera tardado algunos minutos más en embicar, habríamos perecido todos.

Nuestra presencia alarma a la gente dormida; la sorpresa de los indios, que ya han llegado, se traduce en gritos; quizás nos creen fantasmas; ¿quién puede figurarse que en una noche semejante hayamos cruzado el lago?

Los perros hambrientos nos atacan y tenemos que refugiarnos nuevamente entre las olas, de las cuales hemos salvado tan milagrosamente. Nos cuesta hacer comprender a nuestros amigos que venimos del otro lado del lago; María, Bera, su mujer y la madre, la coqueta Loshá, que son las recién llegadas en busca de las provisiones prometidas, lloran prorrumpiendo en alaridos. Me ceñan en cara mi tentativa sacrílega contra el «agua que hierve» de Shehuen y dicen que este temporal es un castigo del *Agschem*.

El buen Isidoro, siempre dispuesto, toma caballo y se dirige al galope, sin cuidarse de los médanos y pozos, a prestar auxilio a los que quedan con el bote; pero no consigue gran cosa a pesar de sus esfuerzos y tenemos que dejar el trabajo del salvamento del bote hasta que calme un poco el temporal.

Cada uno carga con sus mantas mojadas y se acuesta sobre la arena, molido de cansancio, pero feliz de haber navegado en el lago.

EXCURSION HACIA EL NORTE — LAS TOLDERIAS

Febrero 23. — Anoche, mientras el temporal azotaba el lago, caía nieve en abundancia sobre las montañas del sud y sobre la derruida torre de «Castle Hill». Hoy tienen blancas sus cumbres.

El viento continúa con mayor fuerza, pero a la tarde disminuye cambiando al oeste, y los ciu-bascos se suceden con rapidez, prometiendo una noche cruda. Conseguimos descargar el bote, vaciando el cascajo que durante la tempestad han depositado las olas dentro de él y podemos llevarlo, arrastrándolo sobre troncos a un punto seguro; entierro la momia, para que no sea vista por los indios.

Nuestra triste situación no ablanda el corazón de los indios; la pérdida de casi todas nuestras provisiones, no les hace olvidar nuestras promesas de Shehuen-Aiken y me acosan sin cesar, pidiendo el cumplimiento de mi palabra; con harto sentimiento, y para satisfacer mis compromisos, hechos en un momento de entusiasmo, tengo que entregarles la mayor parte de las provisiones que poseemos.

Un momento después reina la alegría en el desamparado campamento, cuando de un pequeño órgano que les regalo, hago brotar poco pretensiosas armonías. Singulares sensaciones les produce la música. Estas melodiosas manifestaciones de la cultura humana agradan sobre manera a los tehuelches; los cuatro que están presentes no saben cómo manifestar su contento al escuchar las alegres cuadrillas francesas.

Doy a los indios un poco del aguardiente que he traído para las colecciones y tenemos fiesta. La madre de Loshá, que goza de renombre como gran bebedora, no está contenta con la porción que le doy; incitada por el ardiente licor, quiere beber más; se pone frenética, me ofrece todas sus riquezas, y por último, para halagarme, pretende cederme, en matrimonio, a la novia de Juan! La fueguina *Ast'elche*, repelente en extremo, decide abandonar a su poco envidiado esposo Bera, pues quiere quedarse con nosotros, — tenemos aguardiente. Estas infernales brujas, repugnantes engendros, degradan la danza, saltando borrachas alrededor del brasilero, que en el paroxismo del terror, se ve rodeado por estas mujeres de caras pintadas de negro y de melenas desgreñadas.

La madre de Loshá se empeña, luego que la borrachera va desapareciendo, en comprarme al brasilero; — lo considera apropiado para ayudar a llevar los toldos y ofrece tres yeguas por él. Es escusado decir que el infeliz cree posible la venta y que llora para que no lo esclavice. La fueguina me ha prometido mostrarme carbón de piedra en estos alrededores, pero por más que lo buscamos no lo hallamos. No se da cuenta del paraje donde se encuentra, y más bien creo que equivoca este lago con otro.

Febrero 24. — Temprano, al alba, despido a los indios; no quiero demorarlos porque no tenemos carne que comer desde ayer a la tarde y es imposible obtener caza, pues esta se ha alejado. — Llevan orden de hacer fuegos sobre los cerros para mostrarme el camino que debo seguir en la marcha que voy a emprender a la toldería.

El bote queda a cargo de Francisco Gómez, quien tiene orden de no moverse del punto donde se encuentra; le quedan provisiones abundantes, relativamente, para quince días.

Echamos la tropilla por delante y cruzamos el

titulado valle del Santa Cruz; vemos que la gran moraina antigua, donde abundan los grandes trozos erráticos, se halla separada por el cauce de un río seco de la meseta alta que limita el valle por el norte. Este ex-río conserva visibles vestigios de su importancia pasada y él fué sin duda el reemplazante de uno de los brazos del gran ventisquero prehistórico. Así, la moraina citada parece haber sido una moraina central. El suelo en este punto es de un color rojizo amarillento, debido al óxido ferruginoso.

A la meseta, que podría llamársela sierra, parece se presenta muy ondulada, se asciende por una pendiente bastante notable cubierta de trozos glaciales, que reposan en ciertos parajes, sobre ricos mantos fosilíferos terciarios. Siguiendo por sobre ella, encontramos una quebrada profunda, que muestra su tortuoso fondo a nuestros pies; las laderas desnudas de los cerros, cuyas bases la forman, presentan las macizas carpas terciarias, grandiosas, perfectamente bien definidas, entre las cuales de tiempo en tiempo se notan rojos manchones, que señalan depósitos de los oceres tan estimados por los indios, que los usan como pinturas para adornar sus facciones y sus quillangos. Este paisaje solitario en extremo y en el cual no se oye otro ruido que el monótono andar de nuestra caballada, encajonado a ambos lados por elevados cerros formados de capas basálticas, tiene algo de los panoramas que han dibujado los infatigables exploradores de las Malas Tierras de los Estados Unidos. Como lo diré más adelante, se nota, en la constitución física de la Patagonia, más de una relación curiosa con las de ciertas regiones de Norte América. Este paraje es un *Cañón*, aunque sus murallas no son tan perpendiculares y probablemente en sus entrañas petrificadas guarda, también, inmensas riquezas paleontológicas, análogas a las

que encontraron, en compensación de sus fatigas, los exploradores de las regiones del norte.

Apenas se ve en este desierto uno que otro guanaco y avestruz intranquilo; de cuando en cuando un zorro salta de entre los matorrales y nos observa, azotando su peluda cola; algunos cóndores nos muestran sus altivas figuras en las negras peñas, o al elevarse, sombrean nuestro camino con sus grandes alas extendidas. Costeamos la ladera de la quebrada, a mitad de ella, lo que nos hace algo penoso el trayecto, pues a cada momento hay que cruzar, descendiendo o ascendiendo, continuamente, los derrames de los cerros.

Ninguno de los cañadones que cruzamos tiene agua en esta estación y ya no es sólo el hambre lo que motiva la marcha apresurada que no me permite examinar tanto objeto nuevo; nos molesta la sed de un día de camino continuo, así es que con gozo distinguimos al anochecer, sobre un elevado cerro, verdes manchas que se destacan de las nieblas que van envolviendo las alturas; son los manantiales que nos han indicado los indios. Después de trepar entre la oscuridad largo rato, acampamos alrededor de uno, que contiene el líquido suficiente para atenuar nuestra sed y la de la caballada. Entre el triste paisaje donde se desarrolla esta verde escena, puede considerarse ella como lujosa; los arbustos son espesos y mullidos y una que otra modesta anémona se distingue en los alrededores de mi lecho herbáceo. Estas plantas nos sirven de débil abrigo contra la gran helada que cae, endureciendo el suelo y congelando las aguas del pozo. El hambre clama, pero no es posible satisfacerla: tenemos que contentarnos con un poco de café amargo.

Febrero 25. — ¡Qué bella madrugada es la de hoy! No ha aclarado completamente y las estrellas, con la claridad de la atmósfera, pues las nubes se han alejado, se ven aún en el espléndido cielo aus-

tral; la nieve relumbra con suavidad a nuestro alrededor y nuestro fogón esperece tibios rayos sobre el polvo blanco que cubre nuestros quillangos y el escaso pasto de la ladera. Rato después, al aparecer el día, las vaporosas brumas de la mañana nos envuelven en una atmósfera húmeda y fría y luego graniza; son las rápidas transiciones metereológicas que produce la aparición del calor del día, después del frío de la noche. La luz nos permite ver inmensos trozos erráticos, pero la capa glacial no parece tener aquí gran espesor, comparándola con la que se encuentra en el valle.

A mediodía llegamos a los toldos, que están situados a 50 kilómetros, más o menos al N. del río Santa Cruz. Los indios han elegido un valle hondo y abrigado, con buenos pastos y mejores manantiales, donde han encontrado una manada de cuarenta caballos salvajes, de los cuales han muerto seis. Estos animales, restos de las antiguas tropas de caballos que en siglos pasados, vagaban salvajes en las pampas de Buenos Aires, viven en estas regiones desde los tiempos que los indios recuerdan.

El amor a la querencia, no es solo patrimonio de los animales domesticados; estos caballos, que hace siglos nacen y mueren en estas regiones poco penetradas, nunca se alejan a gran distancia de ellas. Mis datos no me dicen que un caballo salvaje haya sido visto en las inmediaciones del Atlántico, al sur de la bahía Santa Cruz, y por el contrario se les encuentra siempre en las inmediaciones de la cordillera, pero no esparcidos en grandes extensiones de tierra, sino en lugares determinados. Su principal paradero está situado al sur del lago Argentino, en las regiones que domina el monte Stockes; allí los indios desde hace muchos años, van en verano a cazarlos. Estas alturas también son otros oasis de vida caballar; más de una vez en el silencio de la noche, he sentido el lejano relincho de un potro salvaje. En las alturas de la bahía San

Julián, hacia el oeste de dicho punto, los indios me han mencionado otro paradero muy frecuentado por los baguales.

La tolдерía está dominada por un manto de basalto, que reposa sobre una capa terciaria de cascajo pequeño.

María ha llegado esta madrugada y ha anunciado mi visita; al principio los indios no la han creído, pero las golosinas que le he regalado han probado la verdad de ella y también han contribuido a que se me espere con vivos deseos.

El órgano ha entusiasmado la chusma y desde que me avistan descendiendo las lomadas, el gigante Collohue monta a caballo llevando el instrumento que ya ha aprendido a manejar. Me recibe en la cima de una colina, montado sobre un potro, el que por más que desea, no puede encabritarse con el enorme peso del caballero, y se contenta con rascar frenético el suelo, polvoreando al jinete. Este, con la majestad de un Hércules y con la seriedad de un diplomático, no atiende al enojo del bagual; parece sentado sobre un caballo de piedra, medio oculto por el enorme quillango de 15 cueros de revés amarillo y rojo, y con la calma mayor toca las cuadrillas de «Orphée aux Enfers.» Es quizá la centésima repetición en estos lugares de la popular ópera francesa, cuyos aires hoy no se pierden en el estrecho recinto de un teatro, entre el humo de los fumadores y la gritería del alegre público, sino que tienen un eco grandioso en el sonoro basalto. Por las desiertas mesetas se expanden las armonías, entre el clamoreo de la indiada que alrededor de los toldos golpea las bocas en señal de regocijo.

A pesar de nuestros regalos, principalmente de las mantas que hago sacudir con Estrella para que sus colores animen a las chinas, encuentro muchos obstáculos para conseguir nuevos caballos con que continuar mi marcha hacia los otros lagos. Sin embargo, después de ruegos y promesas, consigo uno,

Resuelvo parar y tentar de ablandar el corazón de los indios, para obtener los otros tres caballos que necesito. También la estación fría avanza; mi gente no tiene abrigo y hay que hacer negocio para procurar algunas mantas de pieles. De a tres mantas rojas, por un buen quillango, logro conseguir cinco de estos.

Por precaución, he traído conmigo el resto del alcohol destinado para las colecciones; la damajuana que lo contiene está casi vacía y sólo hay en ella dos litros de líquido, pero es lo suficiente, sabiéndolo distribuir, para conseguir de los indios todo cuanto ambicionamos.

Hay que tener, para tratar con ellos, el mismo tino que para los muchachos; hay que tentarlos. Así lo hago, después de agregar al contenido de la damajuana igual cantidad de agua, y doy a Collohue, que es el que más caballos tiene, una pequeña dosis del licor bautizado. Le gusta, lo considera puro, fuerte y no desagradable «como el que los chilenos le han vendido en el Río Gallegos». Este que le doy no le produce dolor de cabeza, «porque es verdadera lama, (bebida pura), sin agua!». Según él, la que venden los comerciantes de Punta Arenas está muy mezclada y enferma a los indios. Collohue me dice que no hay peor cosa que el aguardiente impuro; puede matar a un hombre, el puro sólo emborracha. Como todo es empezar, como lo dice el adagio, pronto la bebida ejerce influencia, benéfica para nosotros, en el cerebro de estos buenos amigos y poco a poco piden más cantidad; satisfago sus deseos, pero cuando llega el momento en que la necesidad imperiosa de beber más, se apodera de ellos, guardo la damajuana. ¡No doy ahora, vendó! y héteme aquí convertido en comerciante falsificador.

El licor que contiene la damajuana ya es agua casi pura, pues no tiene una décima parte de alcohol. Primero compro dos matambres de potro,

luego, para no dejar de aprovechar nada, hago repartir por Jonjonia, asado que se condimenta largo rato sobre las brazas. Un pequeño cuerno lleno de aguardiente, que doy a beber a la cocinera, hace su delicia; corta a grandes trozos la carne asada y nos la distribuye a los presentes arrojándola de la misma manera que la que emplean los cazadores cuando reparten alimentos a una numerosa jauría. No hacemos caso de este ceremonial gastronómico *sui generis* y devoramos las delgadas tiras que nos corresponden y que hemos agarrado en el aire, en contra de los deseos de los perros que aúllan, o se lamen los labios, impacientes, detrás de nosotros. Es curioso observar los ardides de estos canes famélicos, para conseguir un trozo de carne o un hueso. Se acercan, aparentan dormirse; no se quejan si son pisados, pero pobre del indio que se descuida con el pedazo que la china le arroja; antes que pueda recogerlo, el perro "dormido" lo ha agarrado y no lo suelta aún cuando lo maltraten.

Conchingan no bebe, pero los demás indios se entusiasman, y me estrujan; recibo seis o siete puñetazos de amistad; Collohue casi me ahoga abrazándome y llamándome su padre, mientras los pelados, quizá de alegría al ver contentos a sus dueños, me muerden las pantorrillas. Acepto todo, pues he alquilado dos caballos y un petizo, tengo carne para un día más y llevo cinco quillangos para la gente. Esto es más de lo que esperaba obtener. Collohue continúa bebiendo y quiere más licor, pero se resiste a darnos un caballo por lo que me resta. Transigimos por un potrillo y le doy en cambio cuatro litros de agua y la damajuana.

La música del órgano completa la fiesta; la noche nos sorprende escuchando esas modestas armonías que entusiasman tanto a los indios, que hacen poco caso de los sonoros relinchos de los baguales que desde los cerros vecinos llaman las yeguas mansas de la toldería.

EL LAGO SAN MARTIN — EL LAGO VIEDMA

Febrero 26. — Los indios han decidido mudar su campamento. Las exigencias de la vida nómada, han despojado de caza estos alrededores, y hoy temprano levantan sus tiendas de pieles para dirigirse a otro punto, donde los cazadores avanzados han avistado las caballadas salvajes. A la misma hora en que concluyen las chinas de cargar los toldos, en los escuálidos cargueros; cuando principia el pintoresco y pausado desfile de la caravana mujerial, seguida de los aulladores y famélicos perros, que ladran de envidia a los pelados que reposan orgullosos sobre los quillangos acondicionados sobre los caballos, o echados entre el carguero de suaves plumas, me despido de mis buenos amigos y emprendemos la marcha hacia el norte.

Mi comitiva se ha aumentado; llevo a Chesko o sea Juan Caballero, quien debe servirme de guía para llegar a los otros lagos.

Las mesetas que dominan en un principio nuestro camino, no varían en su disposición orográfica de las que he señalado anteriormente, pero no todas presentan el basalto en sus cimas. Atravesamos anchos cañadones, más alegres, que son lechos de ríos que cesaron de correr hace tiempo, y que con el transcurso de él, se transformarán en prados más o menos fértiles. Las colinas que vamos costeando están sembradas de monolitos de variados colores, monumentos sencillos pero grandiosos, que conmemoran uno de los grandes hechos en la evolución del globo y que hoy, solitarios, entre las elevadas gramíneas sirven de distracción al que viaja entre tanta igualdad.

Después de caminar por la altura y por las secas cañadas unos treinta kilómetros, llegamos a un cerro basáltico inclinado, desde donde distinguimos hacia el este, el valle del Shehuen, donde encontramos los indios de *Conchingan*, en el mes pasado.

En la tarde acampamos a orillas del arroyo, que corre angosto y encajonado, por una quebrada oscura, pero donde encontramos pastizales, excelentes aunque no muy extensos.

Inmediato al pie del cerro de basalto se ven varios pequeños troncos, destruidos, de árboles petrificados, e innumerables fragmentos de ostras; de una especie pequeña, que no he encontrado en los depósitos fosilíferos de la costa, de menor dimensión que la *Ostrea Patagónica*. Este es un descubrimiento precioso; estos troncos y estos moluscos ¡qué cúmulo de grandiosos fenómenos físicos representan! Revelan que, miles de siglos ha, la árida planicie dominada hoy por la negra lava de rugosos flancos, donde hemos perseguido inútilmente un puma, ha alimentado frondosos bosques, y que estas tierras, donde hoy las negras *Nyctelias* se arrastran perezosas, fueron las riberas de un antiguo mar siempre agitado. Donde el viajero sediento no encuentra una sola gota de agua, se estrellaron inmensas olas contra murallas escarpadas. En los mansos abrigos de estas y en las profundidades inmediatas, vivieron las parásitas ostras, cuyos calcáreos esqueletos cubren el suelo y se quiebran con la presión del pie del caballo.

Los fragmentos de vegetales, que recojo, convertidos en informes piedras, no hay duda que son vestigios de un bosque terciario, quizá semejante en su aspecto a los que hoy mezelan sus murmullos con los de las aguas del Magallanes, y que se elevaba tupido y lozano sobre lo que hoy cubre la lava arrasadora.

Un sacudimiento de la tierra, una de las porten-

tosas manifestaciones de su vida interna, hundió esas antiguas riberas y ese bosque en el seno de las aguas, haciendo elevar sobre ellas, otras tierras, en lejanos parajes. El fuego interno surgió luego de las entrañas del globo, y cubrió esta región bajo el océano, con manto ígneo devastador. Su vida orgánica sucumbió, y sus restos quedaron oprimidos por los dos grandes elementos: el fuego y el agua, restos que aún se ven bajo las escorias y las lavas, vomitadas por los volcanes submarinos. La dura temperatura transformó más tarde el agua en montañas congeladas, pedazos de cordilleras heladas y llanuras inmensas de hielos, que en su aparente inmovilidad marchaban, depositaron nuevos elementos en las profundidades del mar cuaternario, y aumentaron el gran monumento geológico que cubre los despojos del bosque y del mar terciario. A través de un sueño de dos mil siglos, revisto de opulenta vida la ingrata región donde hoy viajamos, y trato, en vano, de imaginarme el harnero de columnas de fuego de los hogares volcánicos subterrestres que lanzaron por sus rocallosas chimeneas, la lava que en gigantes manchones, se consolidó en las profundidades del entonces océano: la tan enérgica como lenta fuerza, que hizo emerger la llanura antigua del seno de las aguas, después de haberla sumergido — esta vez no poblada de bosques, sino desnuda, cubierta por la masa líquida producida en las fraguas internas y solidificada rápidamente al contacto del agua. Esta masa ha sido bautizada por el hombre con el nombre de lavas basálticas y el espíritu investigador ha sorprendido en su aparente rudeza, en su uniforme colorido, en sus finos granos, las trazas del fuego cósmico.

El valle del Shehuen, en este punto, es muchísimo más angosto que en la parte ya visitada, pero en cambio es mucho más fértil y encontramos ver-

ciadero placer en tender nuestro recado y hacer nuestro humilde campamento, sobre los verdes pastizales, en los húmedos sitios y al borde del arroyo, sin acordarnos de la aridez que nos domina desde las alturas.

Febrero 27. — Marchamos al oeste siguiendo el valle; al norte distinguimos dos escalones de mesetas elevadas a más de 2.000 pies. Chesko bolea un avestruz, el que aunque muy joven, es un buen contingente para nuestra reducida despensa, pues sólo contamos con un asado de potro y una caja de conservas, para los días que debe durar la presente excursión. El camino es excelente, casi recto, pero a corta distancia del paradero que hemos abandonado, el valle cambia de dirección, desciende del N. O. El arroyo Shehuen penetra en él a unos 7 kilómetros, aproximadamente, del punto donde hemos dormido anoche y aparece por el centro de una cadena de colinas. En el valle, hay un lecho de río antiguo, con muchos manantiales y algunas pequeñas lagunas. En algunos parajes, la fertilidad de la región disminuye y sucede a ella la arena y el cascajo, pero luego vuelve a verdear el suelo, y la región continua bastante feraz en el punto donde almorzamos, situado antes de llegar a un inmenso bañado que ocupa casi todo el valle, hacia el oeste.

El paisaje ha variado; ya tenemos en el horizonte verdaderas montañas; hay cerros rojizos imponentes y poderosos mantos de basalto, elevados a 2.500 pies, que son polvoreados en estos momentos por la nieve que cae allí; el aspecto del cielo nos anuncia que pronto la tormenta andina nos visitará. Dejamos pasar una turbonada de lluvia y viento al abrigo de un bosquecillo.

En este punto confluyen tres mesetas elevadas, con basalto en las cumbres; los trozos erráticos son muy numerosos en la más baja y parecen, entre

los matorrales, los restos de una ciudad ciclópea arruinada, arrasada hasta la superficie del suelo.

Al pie de las colinas, hacia el oeste, se extienden campos de un verde lozano, surcado de hilos de agua. Es el paradero tehuelche nombrado *Tar-Aiken*, que los indios de Shehuen han abandonado hace pocos días. Este campamento es magnífico, pero no de gran extensión; al sur lo limitan las mesetas; al norte, el gran bañado o laguna llamada *Tar* o «Sucia» se extiende con aguas enturbia- das, hasta el pie de un cerro eruptivo de curiosa forma, llamado *Kochait* (Pájaro) y el que, aunque domina el valle y las lagunas, es mucho menos elevado que las mesetas que la bordean al norte.

El campamento indio está desierto; los boleadores se han alejado, y sólo en las verdes orillas de la laguna, un gallardo bagual renegrado, de largas crines, relincha y se pasea; quizá desprecia, en su vida libre, sus hermanos domesticados, que, cansados, trotan en fila, conduciendo los expedicionarios. El terreno es en extremo blando, y hay que cruzar con cuidado un bañado cubierto de espléndidas gramíneas y regado por varios manantiales. Hacia el O. N. O. encontramos dos lagunas de menores dimensiones que la *Tar*, bordeadas de lomas amarillentas, y entre las cuales pasan arroyuelos límpidos y poco profundos. Cruzados estos parajes, ascendemos una hilera de lomadas sumamente agradables, de piso sólido, sin las innumerables cuevas de *Ctenomys* que hay en los bajos, y galopamos un largo rato, hasta que desde una de las colinas, divisamos un gran lago, y en el fondo elevadas montañas agrestes.

Es la tarde; tendemos los recados al borde de un manantial, que corre entre preciosos *Gynneriums* y apetitoso apio; asamos el pequeño avestruz, lo devoramos, y luego impresionado por la hora que aumenta la majestad del panorama donde

Andulan sus aguas busco el nombre que he de darle a este lago. Somos los primeros cristianos que lo visitan; que admiramos sus ondas oscurecidas por el tormentoso cielo, cuyas nubes llegan a reposar sobre las cumbres de las bellas montañas del oeste y sud, escondiéndolo al abrigarlo. Parece separado del resto del territorio patagónico, pues todo es distinto aquí y en vano se buscaría la planicie y los médanos que preceden al lago Argentino. Este es un paisaje de los Alpes, pero triste, desconocido, sin nombre; sólo lo visita el indio, que de cuando en cuando, viene a plantar en sus orillas el toldo primitivo, llamándole al punto donde acampa «Kelt-Aiken»; pasa aquí algunos días sin darse cuenta de la belleza del paisaje; recoge la fruta del dulce calafate; corta algún tierno árbol para su sucio kau; persigue algún altivo bagual y regresa a la llanura. La civilización no le conoce aún, y necesario es buscarle un nombre que le sirva de égida de progreso.

Llamémosle «Lago San Martín», pues sus aguas bañan la maciza base de los Andes, único pedestal digno de soportar la figura heroica del gran guerrero.

En el fondo del poniente está limitado este lago por una cadena de montañas eruptivas, de elegantes contornos.

Febrero 28. — Anoche hemos admirado una espléndida luna llena; el plateado disco se ha mostrado tras el monte Pana, (cerro volcánico situado al este del lago), derramando sus suaves luces sobre el oscuro cono y ha alumbrado de lleno el lago, cuyas tranquilas aguas reproducen la imagen del satélite sin vida.

El lago mide aproximadamente, a la vista, doce millas en su mayor diámetro N. S. por diez de ancho; sus aguas son tan claras como las del «Argentino». Al este está dominado por el cerro Ko

chait de formación eruptiva y al norte por sierras precedidas por lomadas terciarias, pardo-amarillentas; por entre estas últimas, corre un río caudaloso que desagua en el lago, según opinión de los indios. Al N. O. del paradero, unos montes se ostentan macizos, precedidos por cerros de elevación menor, cuyas hondas quebradas dan paso a varios torrentes. Estos montes están limitados al sur por una gran abra o canal que comunica con otro lago que está situado hacia el N. O. al poniente de las montañas citadas, pero al naciente de los Andes. Desde las alturas se divisa en esa dirección el gran bajo que sirve de cuenca al lago, aún misterioso para mí, y que envía los témpanos, hijos de sus ventisqueros, por el citado canal, a que aumenten las aguas del «San Martín». Al fin del gran canal, se alzan varios macizos de montañas, cuyas crestas desnudadas de distintas maneras, revelan diferentes formaciones petrográficas. Entre los picos eruptivos, véanse torreones sedimentarios; un inmenso cerro ostenta en su cumbre la imitación de un castillo feudal arruinado, otro, catedrales góticas, resplandecientes de blancura, adornadas de festoneadas cúpulas, formando todo un paisaje maravilloso de grandeza, pero también de oscura soledad en las bases de las colinas.

A media tarde levantamos campamento y caminamos hacia el sur un corto trecho, pero nuestros caballos están en deplorable estado y no podemos apurarlos mucho porque sería exponernos a perderlos. Los malos caminos y las piedras han destrozado sus patas y todos están mancos o cojos. Acampamos a orillas de un torrente que baja del macizo del «Pana». Recojo aquí muestras de carbón de piedra, que supongo superior a la lignita considerada terciaria, de Punta Arenas; y algunos moluscos fósiles, incrustados en un calcáreo compacto muy arcilloso y magnesífero, que hay roda-

dos, en el torrente, y que considero cretáceos, me hacen suponer para el manto carbonífero de donde provienen, una edad geológica, contemporánea con la del depósito de lignita de Magallanes, que el profesor Agassiz cree pertenecen también al período cretáceo. Este yacimiento carbonífero, que ocultan las quebradas, evoca el recuerdo de una vegetación opulenta que cubrió a principios de la época terciaria o fines de la secundaria el occidente de la Patagonia oriental desde el cabo Froward, y quizá desde la Tierra del Fuego, hasta las fuentes del Neuquen y aun más al norte hasta cerca de La Rioja. Las minas de Punta Arenas alimentan ya la industria moderna; las que se encuentran en Otway y Syring Water, pronto serán explotadas: éstas del lago San Martín contribuirán, con su combustible precioso, a dar vida humana exuberante a sus territorios.

En nuestro campamento no hay casi alimentos, sólo queda la caja de conservas y una libra de harina y tenemos que visitar el lago Viedma, aún distante de este punto. Sentimos hambre, pero falta con qué apaciguarla, pues no quiero tocar las modestas provisiones mencionadas, y para que Moyano, Estrella y Chesko puedan comer, o más bien roer, entre los tres, un alón de avestruz (único resto del pequeño cazado ayer por la mañana), tengo que alejarme del campamento.

En seguida, mientras los dos primeros llevan mi revólver para tratar de cazar algún guanaco y Chesko va a atar los caballos, subo amarillas colinas y bajo verdes cañadas, para adelantar algo al sur y poder examinar los bosques que se distinguen al pie de las montañas.

No hay nada que impresione más al viajero que las grandes soledades; la naturaleza severa de estos sitios se graba en mi imaginación y podré contar estos instantes, entre los más agradables de mi

existencia. Reina una tarde espléndida: el lago no tiene ninguna arruga en la superficie llana de sus aguas; los témpanos blanquean cerca, pero tristes; los cerros se colorean de rosa en sus cumbres y de violeta oscuro en sus bases, y el verde de las hayas antárticas se destacan con los rayos del sol que penetran por el canal que da paso a los hielos andinos. No había notado el menor movimiento en el lago, pero de pronto veo elevarse de su centro a larga distancia, a seis millas, una columna de agua que surge espumosa, remolinea algunos instantes y desaparece para volver a elevarse otra vez. Pienso que es una de las manifestaciones de la actividad volcánica que conocemos con el nombre de geysers; es un fenómeno imponente, pero bello en alto grado. Observándolo, he visto inmensas moles cristalinas, blancas, celestes, que se hallan diseminadas en estas orillas. Es un témpano varado, dividido en grandes fragmentos, que muere, licuándose, para aumentar las aguas del «San Martín». Llego a él y corto algunos trozos; así me creo por un momento en las regiones polares. Sentado sobre un cubo de casi diáfano cristal, dominado por una columna partida y rodeada de tenues ruinas celestes, de un palacio de hadas antárticas, todo de agua congelada, que el sol de mañana disipará, pienso en las gloriosas víctimas del hielo: en Franklyn, en Bellot, en Hall; lleno los bolsillos de baldosas de agua, y vuelvo al campamento a avisar a mis compañeros el interesante hallazgo.

Marzo 1.º. — A las 9 a. m. abandonamos el paradero; cruzamos, casi asfixiados, el gran incendio que desde unas matas quemadas por Chesko ha tomado gran incremento en las misteriosas laderas de los cerros y cuyos humos envuelven, en fantásticas espirales la cumbre del Pana; y después de caminar unas diez millas por el camino hecho anteriormente, paramos a orillas de la laguna «Tar»

para almorzar algunas frutas de calafate y un poco de fariña seca.

Desde la laguna Tar, cambiamos de rumbo y nos inclinamos al sur, costeadando un arroyuelo, el que desciende de esa dirección por dos millas, apareciendo de entre angostos cajones formados por las barrancas de enormes capas de cascajo rodado. Cruzado este arroyo, continuamos unas seis millas y llegamos a un paradero indio abandonado a orillas del Shehuen; este último arroyo corre aquí, por sobre un lecho de piedras rodadas y por el centro de un valle, bastante fértil si se tiene en cuenta la poca feracidad de estas tierras altas; los pastizales son verdaderamente hermosos; los manantiales muy abundantes, y no dudo que este sitio será habitable, con provecho, el día que el hombre aproveche las riquezas que encierran las vírgenes montañas vecinas al lago San Martín. Las grandes gramíneas pueden ser cortadas para provisión de invierno y los animales lanares, vacunos y cabalares, si bien no encontrarán en dicha estación alimentos en campo abierto, a causa de la nieve, podrán vivir con pasto seco. Este valle está limitado por mesetas terciarias, coronadas de basalto las más elevadas, y todas muestran inmensos trozos erráticos sobre los que abundan algunos líquenes.

Los caballos están en un estado tal que no podemos correr avestruces, y el señor Moyano ha sido desgraciado en sus tiros a los guanacos. Van ya dos días de casi absoluto ayuno y de marcha por estos parajes donde el fresco aire andino despierta el apetito; por mi parte sólo he comido el hielo del témpano.

Marzo 2. — Salimos temprano y caminamos unas ocho millas por parte de un hermoso aunque solitario valle y por mesetas basálticas. Ascendemos algunos cerros, cruzando capas de tenues nubes que nos hielan mojándonos; estos fríos húmedos de la

niebla densa hacen apreciar más el tibio rayo de sol cuando el vaporoso cúmulo se aleja. Llegados a un cerro bastante elevado, del que se desploman algunos trozos de lava y que sirve de guarida maternal a algunos cóndores que chillan al sentirnos, vemos la gran ladera del sur, y en el bajo el extremo este del extenso lago de Viedma.

Es un espectáculo en extremo desolador el que presenta este gran lago, el mayor de los que sirven de depósito para sus derrites a las nieves de los Andes patagónicos. También el día tempestuoso se presta a hacerlo más triste; el incendio humea aún en la ladera por donde descendemos, y en frente, al sur, áridas mesetas elevadas que forman parte del macizo situado entre el lago Argentino y este, se elevan pardas, rosadas, violáceas, limitando el agua azul-verdosa oscura; la mayor parte del lago está envuelta en la bruma, pero de tiempo en tiempo, de entre las nubes, aparece una cresta oscura o un blanco cerro que anuncia la proximidad de la cordillera. Bajamos de la cumbre de la meseta basáltica a la orilla del lago, por entre lomadas cubiertas de duros pastos y de trozos erráticos y en este trayecto, algo penoso, una feliz casualidad me hace bendecir la buena idea que hemos tenido en buscar descenso por este punto y no por donde más al este, hubiera sido más fácil.

La falta absoluta de provisiones se convierte en abundancia de ellas con el encuentro que hacemos en una quebrada honda de un joven avestruz, que algún zorro o gato ha hecho inválido; cojea saltando en una sola pierna y trata en vano de alejarse de nosotros, pero lo descubrimos, lo tomamos y pronto es asado y devorado.

Mi deseo es continuar al N. O., siguiendo el trayecto de Viedma, para tratar de rodear el lago pero los caballos no pueden marchar más y tengo que dirigirme al S. S. E. para reconocerlo por esa

parte hasta el desagüe que debe ser el mismo río que los indios dijeron a Viedma ser el Santa Cruz y que es el que desemboca en la margen N. E. del lago Argentino.

Los Andes del fondo O. N. O. están cubiertos por las nubes; el volcán, del cual tanto me han hablado los indios, apenas se distingue vagamente y conjeturo que la gran tormenta que ennegrece el lago en esa dirección puede ser de origen volcánico, pues un polvo tenue casi imperceptible, cae cerca de nosotros. El viento no agita las aguas, pero la tormenta avanza con tal rapidez que pronto se oscurece casi por completo el cielo, quedando la región poco menos que en tinieblas.

Luego que se despeja el cielo, los rayos solares alumbran una inmensa sábana plateada, que se destaca, con la viva luz, de los oscuros nubarrones que la dominan. Es el gran ventisquero que vió Viedma, resto de la llanura helada que ocupó en otro tiempo la cuenca del actual lago.

A la tarde, después de haber galopado algunas horas por tierras áridas, encontramos el río que desagua el lago, y acampamos a alguna distancia de él, a algunos metros del lago.

La costa que hemos recorrido está circundada de médanos e inundada y lo mismo sucede con la parte baja del lago que alcanzó a divisar; no se ve el menor rincón fértil, pero Chesko me dice que acercándose a las montañas hay arboledas y abundantes pastizales.

Por lo que he visto, puedo decir que este lago es mayor que el «Argentino». Pasando el desagüe hay una sucesión de cerros bajos que se interna en el lago, formando en su parte oeste un abra prolongada; luego se adelantan otros cerros con varias ensenadas entre ellos, hasta el gran ventisquero, el que parece tener en su punto norte otra bahía, cuyo fondo está oculto por un cerro pe-

queño que se ve delante; al N. O. hay otra abra. Varios macizos montañosos preceden en esa dirección a los picos nevados de los Andes. Al N. E. de la citada abra se ven las mesetas cubiertas de basalto que continúan hacia el E. S. E. y son las que hemos cruzado esta mañana. En el fondo sólo distinguimos una pequeña cadena de cerros; el horizonte, sobre ellos, está toldado de nubes plomizas y oculta las cordilleras, pero en un momento en que se hace un claro entre los vapores agolpados, vemos el negro cono del volcán y una ligera columna de humo que se eleva de su cráter.

Los tehuelches me han mencionado varias veces y con terror supersticioso, esta «montaña humeante». Es el «Chalten» que vomita humo y cenizas y que hace temblar la tierra; sirve de morada a infinidad de poderosos espíritus que agitan las entrañas del cerro y que son los mismos que hacen tronar el témpano que se desmorona en el lago. Todo lo que no se explica por causas sencillas, encierra un misterio para el indígena primitivo, y esto motiva que, en sus supersticiones, jueguen un papel importante los fenómenos volcánicos.

Grandioso espectáculo debe presenciar el salvaje, al pie del Chalten, cuando en la noche, el fuego brota del centro del agua congelada en las altas montañas e ilumina como gigantes faros con sus rojizos resplandores las blancas nieves de los Andes y las azules aguas del lago, mientras la densa columna de negro humo oculta las brillantes estrellas del sur.

Este volcán es la montaña más elevada de las que se ven en estas inmediaciones y creo que su cono activo, es uno de los más atrevidos del globo; su cráter, situado a una altura que calculo a la vista en 7.000 pies, no guarda la nieve, y su color negro, igual al del pico más agudo, situado en su costado oeste, se destaca sombrío de la nieve de

la base. Viedma cita en su diario, esta montaña al decir que hay dos piedras como torres que los indios llaman «Chaltel», pero no dice que sea un volcán. Los volcanes activos de la América del Sur, se les consideraba todos situados mucho más al norte de este; el más austral (exceptuando el que creyó ver Hall en la Tierra del Fuego, 55° 3'), está situado en el grado 44° 20' pero hoy puedo decir, siguiendo las indicaciones de los indios, que las montañas cuyas fuerzas volcánicas aún no se han extinguido son varias, entre el grado 44 y el 51; sin embargo, ninguna de ellas arroja lava en fusión, ni rocas incandescentes; sólo emiten vapores y cenizas y esto no constantemente, sino con intermitencias prolongadas; parecería que la lava concluyó hace tiempo de derramarse en Patagonia, agotados los focos que la producen, por las antiguas erupciones que sembraron de acumulaciones de materias volcánicas de centenares de pies de espesor la región situada entre el 40° y 52° y que he podido visitar en sus extremos. Las capas de basalto cavernoso y escoriáceo que domina el Limay, en el primer tercio de su curso, se extienden con cortos intervalos hasta las inmediaciones del estrecho de Magallanes, lo mismo que los mantos conglomerados que contienen cenizas y productos eruptivos vitrificados, obsidiana y piedra pómez, que he observado entre el Caleufú y el Yala-leicurá y que llegan hasta cerca del Atlántico. El monte «Pana» que ya he mencionado, no hace muchos años que arrojó humo (según dicen los indios); quizá aún tiene vida y su nombre, en indio, lo indica (Paán-humo) y las cenizas rojas que hay en los alrededores del lago San Martín pueden haber salido del cráter de ese monte.

Es sabido que la mar es la que provee generalmente a los focos volcánicos del alimento necesario para ayudar a su actividad, como lo han demos-

trado el análisis de sus lavas y sus vapores, y puede ser muy bien que las aguas de estos grandes y profundos lagos contribuyan a alimentar la actividad solfatárica del Pana y del que me ocupo y la aparición del geysir en el lago San Martín lo comprueban.

Mas al sur de los lagos, hay otros volcanes aún no estinguidos del todo. Musters dice que los indios que vivían en Coy Inlet, se vieron envueltos una vez por una nube de humo negro denso que venía del oeste, y que los atemorizó sobre manera; dicho viajero cree que era el resultado de una erupción volcánica.

Como este volcán activo no ha sido mencionado por los navegantes ni viajeros y como el nombre de «Chalten» que le dan los indios, lo aplican ellos también a otras montañas, me permito llamarle «Volcán Fitz-Roy», como una muestra de la gratitud que los argentinos debemos a la memoria del sabio y enérgico almirante inglés, que dió a conocer a la ciencia geográfica las costas de la América Austral.

Marzo 3. — La noche ha sido cruda, pero el lecho blando entre el menudo caseajo y el tierno césped, que la humedad de las infiltraciones del lago hace brotar en la árida llanura. El agua ha salpicado con sus heladas gotas las abrigadas matas, y estas caricias de las olas que baten las piedras que nos sirven de almohadas, me despiertan de madrugada, haciendo que admire el inquieto descanso de este inmenso lago. Los chubascos se han sucedido sin cesar toda la noche, y apenas aclara distinguimos, cubiertos por la nieve, los cerros basálticos que cruzamos ayer. La aparición de la mañana calma la agitación de la atmósfera y podemos volver a observar el volcán «Fitz-Roy», dorado por el sol, humeando impasible, mientras en su base duermen pesadas y negras nubes.

Caminaba solo hacia el río para dejar en su orilla una botella que contuviera la prueba de mi visita a él, cuando al pasar cerca de un matorral he sido atacado por una leona. La poca precaución que toma el viajero, pocas veces agredido, hace que me encuentre sin armas; el revólver lo tiene Estrella y sólo llevo conmigo la brújula prismática en su estuche y unas pinzas para tomar insectos, débiles armas ambas para repeler una fiera. Sin embargo, la presencia de ánimo no me ha abandonado y a pesar de haber sido arrojado al suelo por la fuerza del choque violento que he recibido de la leona, al sujetarse esta con las uñas sobre mis espaldas y cara, tratando de morderme en el cuello, he podido levantarme, arrollar el poncho y remolinear velozmente la brújula a manera de boleadora, e imponer así a la puma, que se lanza varias veces con intención de herirme, consiguiendo sólo romper el poncho y arañarme en el pecho y piernas, desgarrándome las ropas.

He podido, sin ser ofendido gravemente, llegar hasta el paradero, en cuyas inmediaciones se ocultó la puma cerca de unas matas, para esperar el momento de hacer la víctima que esperaba su estómago vacío, y aquí la hemos muerto.

El río que Viedma creyó fuera el Santa Cruz, recibe por este suceso, que poco ha faltado para ser trágico, el nombre de «Río Leona», y luego de almorzar en su margen retrocedemos para buscar a Isidoro.

—Siguiendo al este por el pie del cerro «Cheul», llegamos a través de una abra bastante extensa, cortada de cuando en cuando por colinas cubiertas de grandes piedras erráticas y capas de lava, al paradero de Isidoro, instalado en la falda de un cerro al lado de preciosos manantiales, donde los caballos se han repuesto algo de las fatigas de la ascensión del Santa Cruz.

Marzo 4: — Temprano levantamos el campamento y nos dirigimos al lago Argentino siguiendo el mismo camino de la venida, hasta llegar a las inmediaciones del cerro Inclinado, y luego subimos la meseta hacia el oeste, para conocer la pampa alta. Es un panorama grandioso el que se presenta a nuestra vista, luego de galopar algún tiempo. Los cerros basálticos se destacan de la pampa verdosa amarillenta por donde llevamos nuestro camino, al oeste; los Andes son dorados por el sol que fulgura sobre el firmamento celeste, y en el fondo, en el bajo, el gran lago Argentino está matizado de blancos témpanos. En la abrupta ladera vemos un ciervo; es el primer huemul, el tan célebre y casi fabuloso ciervo chileno, considerado como caballo-anta en los tiempos de la conquista. Encontramos nuestro campamento tranquilo: los dos marineros y Abelardo han limpiado el bote y arreglado las escasas provisiones que nos quedan.

Marzo 5. — Malísimo tiempo; los chubascos continúan todo el día sin interrupción, y las nubes parece que ruedan sobre las aguas. En la cordillera hay gran temporal de nieves. Es imposible salir del paradero; la arena movediza no permite ver nada y no hay más remedio que tener paciencia y aguardar mejor tiempo para arreglar los preparativos de marcha.

Marzo 6. — Salgo hacia el norte a tomar algunas direcciones con la aguja, desde los cerros inmediatos al «Río Leona». Llegado a la cumbre diviso el volcán y un gran bajo, que es el lago Viedma. El señor Moyano que ha salido a cazar consigue matar un guanaco, el que dividimos y cargamos sobre nuestros caballos, en momentos que principia a llover; el terreno se vuelve intransitable, la oscuridad de la noche no nos permite usar de la brújula, y completamente mojados

llegamos al paradero a las 9 de la noche, costean-
do las márgenes del lago, entre ramas y médanos;
lo descubrimos por grandes hogueras que Isidoro
y Estrella han tenido la precaución de encender,
pero que a pesar de sus grandes llamaradas, no se
distinguen desde lejos, a causa de la lluvia copiosa
que cae.

Marzo 7. — Continúa la lluvia y el temporal que
enfurece las aguas del lago. La época de los malos
tiempos ha llegado y con los escasos elementos que
me quedan no considero deber tentar navegar
nuevamente al oeste. Prefiero hacer el reconoci-
miento por tierra y a caballo, para vencer la ma-
yor distancia hacia ese rumbo y regresar luego a la
isla Pavón.

Marzo 8. — Nos ocupamos en trasladar por tie-
rra la colección y los objetos más delicados y va-
liosos hasta la punta Feilberg para no exponernos
a perderlas, si embarcadas en el bote, este sufre
averías al penetrar en el correntoso desagüe.

Marzo 9. — Algunas observaciones termométri-
cas por medio del punto de ebullición del agua, me
han dado para este paraje una altura sobre el ni-
vel del mar de 412 pies.

Marzo 10. — El lago está calmado y el día ama-
nece menos crudo que ayer. A las 10 a. m. teniendo
un viento favorable, es decir, del este, que no le-
vanta marejada, echamos el bote al agua y despi-
diéndonos del lago Argentino, nos dirigimos ve-
lozmente arrastrados por la corriente, a la rinco-
nada situada al este de punta Feilberg, de donde,
después de dejar un poste clavado donde ato una
botella conteniendo un documento que indique
nuestro paso, ponemos la proa al este y principia-
mos el descenso del río. El bote desciende con gran
rapidez y pocos momentos después encontramos
una playa donde hacemos cruzar los caballos, no
teniendo que lamentar pérdida ninguna a pesar

de que algunos han sido arrastrados por los remolinos. Fondeamos el bote en una pequeña abra tranquila, formada por la inundación que continúa.

EXCURSION AL OESTE. — LOS ANDES. —
DESCENSO DEL SANTA CRUZ. — VIAJE
A PUNTA ARENAS. — CONCLUSION.

Marzo 11. — Bien almorzados, como para poder soportar el hambre durante algún tiempo, y llevando la aun intacta caja de *paté de foie* que ha viajado por los lagos San Martín y Viedma, trotamos y galopamos todo el día, Moyano, Isidoro y yo, hacia el oeste. El trecho que nos separa de punta Walichu se compone de lomas más o menos elevadas; algunas tienen pendientes suaves, otras laderas abruptas, por entre las cuales corren tres pequeños arroyuelos que en invierno y durante el deshielo que produce la llegada de la primavera, conducen las aguas de las tierras del sur. Los trozos erráticos son numerosos y algunos de enorme tamaño; puede decirse que el terreno está cubierto por ellos; varían desde un decímetro hasta 300 metros cúbicos.

La vegetación es la misma que la que hemos encontrado en el trayecto del Atlántico hasta este lago. Vemos lagunitas que contienen pequeñas cantidades de sulfato de sosa.

Desde Punta Walichu, donde los médanos vuelven a aparecer, el terreno mejora rápidamente; hay un pequeño arroyo que desciende del sur con corto caudal de aguas y en cuyos alrededores el pasto es excelente y tan abundante que podría ser cegado para servir de provisiones de invierno; los calafates adquieren proporciones notables y cantidad inmensa de patos, avutardas, cisnes, gansos,

gallaretas y ardeas llenan de vida la región. Pasando este arroyo que baña el pie de la montaña inclinada, subimos varias colinas, de ascensión fatigosa por la cantidad de pequeños torrentes, secos hoy, que llegan a la Bahía Redonda. En estas colinas el pasto es bueno y las haciendas que vivan aquí, en los años venideros, podrán encontrar abundante forraje. Pasando esas colinas descendemos a un bajo y hacemos campamento entre unos médanos que se elevan a la orilla del lago, cubiertos de matorrales de berberis y entre los cuales nuestros perros tratan en vano de hacer presa de un *Canis Magallanicus*, que se refugia en las peñas; lo mismo sucede con un joven huemul que hemos encontrado pastando en lo que va a ser nuestro alojamiento. El elegante ciervo prefiere la muerte entre las heladas aguas, a ser presa de ellos, y lo vemos lanzarse al lago y nadar largo rato hasta que desaparece en sus profundidades.

Marzo 12. — Ayer al acampar, teníamos delante un gigantesco témpano; su enorme tamaño, pues calculo su altura sobre el agua, en más de 30 metros por un largo de 100, lo mantenía inmóvil, varado; durante esta noche pasada hemos escuchado grandes estruendos, prolongadas salvas, y el día nos ha mostrado que lo que las ha producido ha sido la cristalina isla que sucumbe. Ahora que el sol calienta, el hielo eterno zafa de su varadura y se dirige majestuoso hacia el Santa Cruz. Imita un fantástico navío con blancas y celestes velas trasparentes y desplegadas; el desplome de los fragmentos agita las ondas aéreas, y escuchamos lúgubres cañonazos que completan la ilusión: parece pedir auxilio. Entre los manantiales cercanos, donde la vegetación herbácea es espléndida, encontramos muchos rastros de caballos y más al oeste, a la orilla de un pequeño río, el que califico así para distinguirlo de los torrentes o arroyuelos que

he mencionado ayer, vemos un camino de chinas lo que nos muestra que los indios del sur han vivido aquí hace pocos días. A ellos se les debe seguramente el gran incendio de los bosques de los cerros inmediatos que nos han ocultado la cordillera a nuestra llegada al lago. Continuamos caminando hacia el poniente costeano la falda de un cerro bastante elevado y extenso, aislado, de formación arcillo-esquistosa, y cuyo pie baña el lago. Llamo a este cerro «Monte Félix Frías» en honor de mi amigo, el esclarecido patriota que defiende la causa de los argentinos, contra las pretensiones chilenas. El camino que hacemos por faldas es en extremo incómodo. Los etnomys tienen la culpa; han revuelto los terrenos sueltos, donde las raíces de los arbustos y del pasto son más fáciles de descubrir. Pasando este mal paso que mide 5 kilómetros más o menos, llegamos a un bajo con pastizales abundantes, y luego, siguiendo hacia el noroeste, a una hilera de colinas donde los trozos glaciales son muy numerosos.

No encontrando paso por este paraje y viendo que el lago enangosta a causa de una punta de tierra que avanza al norte, y que luego se divide en dos brazos, uno que se interna al NO. hacia los ventisqueros, y el otro al SO., dejando en el centro, como una enorme cuña, bellas y elevadas montañas, cambiamos de dirección y nos dirigimos a las sierras del O. para internarnos siguiendo sus laderas.

Varias pequeñas lagunas con algunos árboles y muchos manantiales a cuál de ellos más fértil, alegran la región, cambiando totalmente el aspecto árido que tiene desde el Atlántico. Es un hermoso parque que la naturaleza ha formado sin ayuda del hombre y que espera a éste para aprovecharlo. En la falda de las sierras volvemos a encontrarnos

con los guadales y los tucu-tucales y el camino se hace casi imposible por la inmensa cantidad de matas de calafates y de árboles secos; a las cinco de la tarde no podemos adelantar más. Nos encontramos en el último punto donde es posible llegar con los caballos, y establecemos campamento en un pequeño prado, frente a uno de los grandes canales que, desprendiéndose de los Andes, forman el lago.

El camino hecho en el falda del monte Félix Frías, donde se han instalado en las sueltas arenas glaciales esos millones de ctenomys que han convertido el zócalo de la montaña en paraje tan intrasitable, ha causado completamente nuestros caballos, y aunque las colinas elevadas por hielos han presentado menos obstáculos que los ofrecidos por las habitaciones de los trogloditas roedores, cuando éstas han vuelto a aparecer amenazándonos con hundirnos en sus antros arenosos, no podemos seguir con ellos. La inundación ha cubierto la región, llenándola de peligros; los bosquecillos de tiernas hayas apenas asoman sus amarillentas y verdosas copas sobre el azulado bañado inmediato, y únicamente después de seguir un laberinto de albardones hemos parado, extenuados, en la mullida alfombra, que cubre este fértil pedazo de la falda de la gran cordillera.

La noche va acercándose: las nubes pardas abandonan las alturas, buscan sus gigantes nidos entre los flancos de las montañas vecinas y descienden a extenderse sobre este valle, que pierde el agradable calor del día, ante la fina lluvia que empieza a caer, ocultándonos el fondo del hermoso, aunque imponente paisaje, que a ambos lados nos domina. Al sur, los flancos de una elevada montaña muestran tristes y renegridos troncos, ruinas vegetales creadas por el incendio; al norte, el anchuroso brazo lacustre baña el pie de un bosque virgen que se eleva tupido en la empinada falda de otra mon-

taña cuya cumbre nos oculta, en blanco vapor, la evaporación del día. Al oeste, en el primer plano, un grupo de árboles gallardos resalta de los contrafuertes parduseos de los peñascos, reflejando sus lucientes hojas en las aguas de un bullicioso torrente. Más allá, lomadas cubiertas de vegetación preceden rugosos cerros, y más lejos, entre la niebla de la lluvia y las sombras del chubasco que se descarga sobre nosotros, una forma aguda, atrevida, se eleva radiante de blancura entre rosados tintes que comunica al cielo, allí tan despejado, el sol que en estos momentos alumbraba el horizonte inmenso del Pacífico, y que se despide de ella dándole la última caricia de la tarde.

Esta montaña se llamará en adelante el «Cerro de Mayo»; su inmensa aguja paleocrística se destaca del cielo celeste a través de la capa de nubes.

Establecemos nuestro wigwam al resguardo de un frondoso berberis; las largas y tiernas ramas de las hayas y los ponchos, nos proporcionan toscos y abovedado techo, y así nos encontramos a la entrada de la noche, abrigados bajo una cabaña improvisada. De sus endebles murallas vegetales que dejan respirar el céfiro andino, cuelgan dulces y moradas frutas y si la puerta ocupa todo el frente de la choza, en cambio, sin movernos de su ancho dintel admiramos el lago y los fragmentos de hielo que arrastran sus aguas. Lástima es que de la alegría de nuestros ojos y de la mente no participe el estómago. Nos encontramos en el punto deseado hace tanto tiempo, pero también sin las provisiones que hubieran amenizado nuestra estadía en él. El contenido de la media lata de paté, un puñado de fariña y otro de café, amén de la ración de yerba que es inseparable compañera de Isidoro, es todo lo que contamos para festejar el punto más avanzado al oeste a que hemos alcanzado en esta expedición.

Isidoro está triste, pues por haber perdido, en el camino, el mate y la bombilla, no tenemos cómo tomar mate y cada uno reflexiona buscando la manera de proveernos de lo necesario para prepararlo. Me cabe a mí el honor de fabricar ambos aparatos indispensables. Derramo sobre un pañuelo el resto del paté, seguro que la cruda temperatura no lo desleirá; limpio la lata que lo contuvo: tenemos ya mate. Después de largas tentativas, mi inventiva, hija de la necesidad ayudada por el deseo, hace nacer la bombilla de un hueso de avestruz que pasa a servir de tubo, y de un pedazo de lata de la tapa de la caja, el que, envuelto toscamente en una de las puntas del hueso se convierte en colador de la yerba.

Marzo 13. — La madrugada despierta las pesadas nubes que se han abrigado durante la noche en esta profunda quebrada, y cuando ellas se elevan, despejando las onduladas cumbres, dejamos Moyano y yo nuestro paradero para continuar a pie al oeste. El aspecto del paisaje que nos rodea me promete bellezas desconocidas en las áridas mesetas, y este último día de marcha adelante, va a proporcionarme perspectivas nuevas que compensarán las fatigas. Inmediato a nosotros, en la costa del lago, hay un bosque pequeño de *libocedrus tetragonus* sumamente tupido, pues apenas hay un metro de distancia entre cada árbol. Este conífero no ha sido señalado aún en la falda oriental de los Andes; aquí tampoco alcanzo a divisar otros árboles que los que forman ese grupo, compuesto de 150 ejemplares, muy poco elevados, pues el mayor no alcanza a tener 5 metros de altura por 20 centímetros de diámetro.

Nuestra marcha tiene por objeto tratar de alcanzar una punta rocallosa lejana que se divisa en el fondo. Marchamos, costeano la orilla del lago. La naturaleza no ha sido hollada aquí por

la planta del hombre civilizado; las tupidas ramas de árboles gigantescos que crecen en las faldas de los elevados cerros, sobre los detritus dejados por los hielos al fundirse, e innumerables torrentes pequeños que se desprenden de las cumbres de los montes que he llamado «Buenos Aires», donde hilos y manchas de nieve reciente, depositada en las grietas de la roca, anuncian la entrada del invierno, hacen sumamente difícil el camino. No nos preocupamos de los pequeños fragmentos de oro que arrastra el torrente que lava el cascajo aurífero. Seguimos adelante, hollando helechos y espesos musgos; apartando las barbas rojizo-amarillentas, que cuelgan de los inmensos coigües y de las hayas de oscuras y plegadas hojas.

Muchas veces caminamos arrastrándonos bajo un lóbrego techo vegetal, entre piedras erráticas inmensas; otras el torrente a pique corta nuestro paso: cruzamos la bulliciosa corriente por sobre alguna haya añosa, o seguimos por alguna escalinata geológica, formada por la desagregación del esquisto micáceo de los cerros. Llegamos así hasta la punta donde un precipicio separado del macizo de la cordillera por un hermoso canal que arrastra témpanos, ramificación del lago Argentino, impide continuar más adelante. Inútil es que tratemos de cruzar el inmenso peñón; la arcilla esquistosa que lo forma está quebrada en grandes fragmentos verticales y no da paso; retrocedemos algunos metros y en un pequeño claro del bosque, teniendo a nuestra derecha la arqueada falda de los montes que he llamado de «Buenos Aires», al pie el ramal del lago que precede a los inaccesibles Andes y al norte el pintoresco monte Avellaneda, que nombro así en honor del presidente de la república, resuelvo no seguir más adelante.

Descansamos un momento, al reparo de un gran tronco abatido por la tempestad, y a la tarde em-

prendemos el regreso, después de dejar solitaria, como signo de nuestro paso, clavada sobre un enorme fragmento de roca, testigo mudo de la poderosa erosión de los hielos, y rodeada de verdes helechos y rojas fuchsias, la bandera patria que nos ha acompañado durante toda la expedición y cuyos colores copia ahora la alfombra blanca de nieve recién caída y el celeste hielo eterno que cubre desde la cima el inaccesible pico de «Mayo».

Esos colores que se han reflejado en las aguas de los lagos Argentino, Viedma y San Martín, y que han sido más de una vez saludados por el alarido del gigante patagón, lo son hoy por las salvas atronadoras que producen los aludes al desprenderse de los ventisqueros vecinos. El calor del límpido sol que los alumbra, arranca témpanos inmensos que truenan como cañones de gran calibre, frente al punto donde nos encontramos.

Conseguimos cazar una pareja de huemules y extraer el cuero y el cráneo del macho, objeto rarísimo en las colecciones zoológicas. Recién a las 10 p. m. llegamos al Real, yo todo dolorido, con la ropa hecha pedazos por haber, como más baqueano, servido de guía, y medio sofocado con el pesado cuero del ciervo que he llevado a manera de boa. La lluvia y la oscuridad casi nos ha obligado a pasar la noche entre los torrentes, pero las hogueras que ha encendido Isidoro nos han señalado el campamento en momentos en que íbamos a suspender la marcha.

Marzo 14. — Ha nevado casi toda la noche; el techo de nuestra vivienda parece cubierto de algodón, y el pasto y los árboles blanquean; triste es la vista de la nieve sobre los negros troncos quemados. Al mediodía, luego de reparadas las ropas y arreglado el herbario, salimos todos hacia el sur, por el valle situado entre los cerros «Buenos Aires» y el «Monte Frías»; en el trayecto recojo varios

fragmentos de cristal de roca. El camino en su principio es bueno, muy fértil, pero a dos millas encontramos colinas glaciales con trozos erráticos y pasando éstas, los terrenos blandos que sirven de guarida a los tucu-tucus. Aquí vemos que los cerros «Buenos Aires», en su frente este, presentan un paisaje espléndido, rodeado de inmensos bosques y donde corre bullicioso, formando bellas cascadas, un torrente que nace entre dos cumbres en una sombría quebrada.

Al principio creemos que están circundados al sur por otro lago y seguimos sus orillas hasta convencernos que no es sino la prolongación del lago Argentino, con el que comunica esta gran bahía por el canal de los témpanos.

Seguimos al este por un extenso guadal y vemos que un gran número de avestruces, que indudablemente se han internado en los bosques a la aproximación de los indios, vuelven a la llanura abandonando las faldas de las montañas. La lluvia principia a caer al anochecer y paramos en la orilla del riacho que he mencionado anteriormente. Este desciende del sur, con fuerte pendiente, bañando el pie de un cerro eruptivo que he llamado «Monte Moyano» en honor de mi compañero de viaje. Las rocas eruptivas abundan en estas inmediaciones; vense cerros y estratas que indudablemente son producciones volcánicas antiguas.

Marzo 15. — La mañana clara permite ver más de cuarenta picos de notable tamaño en esta parte de los Andes. Momentos después una tempestad de nieve los cubre; el cielo toma un color amarillento imponente, las nieblas nos envuelven y ráfagas formidables cruzan la región. Apenas tenemos tiempo de ensillar los caballos y ponernos en marcha dando la espalda al temporal y a los Andes.

Nadie ignora que el cordón andino tiene a sus lados la pre-cordillera oriental o argentina, y la

cordillera marítima o de la costa en la república de Chile.

De formación general más moderna, al parecer, que las de sus costados, el cordón central que es el que sirve de división de las aguas, tiene los conos más elevados, los que disminuyen de altura hacia el sur, formando algunas veces pasos bastante bajos e importantes como el boquete de Ranco y de Villarica, los de Bariloche y Pedro Rosales. frente al lago de Nahuel-Huapí, el que visitó Musters frente a Teckel, el del río Aissen, en los 45° y el situado en 50° 40' más o menos, poco al sur del monte Stokes y que se divisa cubierto por el hielo desde el fondo de este lago «Argentino» en cuyas inmediaciones ya no se ve la formación más antigua de la pre-cordillera oriental, quedando sólo la arcilla esquistosa.

En estos parajes los Andes se separan, y ese hermoso conjunto de picos atrevidos y de murallas, casi verticales unos, otros redondeados como cúpulas y torres, todo pulido y cubierto por el hielo eterno que reflejan los colores del cielo, cambian su rumbo norte-sur que traen, puede decirse, desde las regiones boreales, y se inclinan casi imperceptiblemente al sur-oeste y se pierden completamente al llegar al 53° de latitud austral.

En el espacio comprendido entre el 51° y 53° los últimos eslabones de la gran cadena se separan y se desvían por entre un intrincado laberinto de canales profundos y angostos, cuya sinonimia geográfica revela las angustias y el desconuelo de los atrevidos marinos que trazaron en las cartas las líneas que allí dibujó la creación.

El *Abra de la Pequeña Esperanza*, la de la *Última Esperanza*, la *Zonda de la obstrucción* y el *Canal de las Montañas* que corre al pie de la *Cordillera de Sarmiento*, rodean casi la extremidad de la verdadera cordillera, y sólo el monte Bur-

ney, su último pico elevado, se levanta en la tierra del Rey Guillermo. Los últimos contrafuertes andinos llegan poco más al sur, terminando en las inmediaciones del cabo Providencia donde «los Andes propiamente dichos, principian en el Estrecho de Magallanes», según la opinión de Agassiz, eminente autoridad científica. Allí, en las cercanías, el espinazo de América concluye, ocultado por selvas impenetrables.

Nuestro camino está casi compuesto totalmente de trozos erráticos; encontramos algunos de arcilla negra compacta muy antigua, algo esquistosa, tan grandes que al principio he creído que formarían parte de alguna punta de sierra, que la capa glacial hubiera cubierto. La inclinación distinta de sus bordes y lajas me hace pensar que no se hallan *in situ*, sino que han sido transportados, pero me llama la atención el gran número de ellos y que sean de la misma roca.

Al subir la punta Walichu, vemos que el lago arrastra los fragmentos de la gran isla flotante que vi desmoronarse hace tres días. A la tarde llegamos al campamento del bote.

Marzo 16. — A medio día hemos embarcado todos los objetos coleccionados, y abandonamos, no sin tristeza, los lagos y la salvaje y severa cordillera. Salimos de este abrigo para ir a esperar en el arroyo del Bote a Moyano e Isidoro que llevan la caballada por el sur. El viento del oeste aumenta la velocidad de las aguas del Santa Cruz, y apenas la angosta embarcación toma el centro del canal, emprendemos el descenso del río de una manera tan veloz, como lenta fué la ascensión. La vuelta que domina los grandes trozos erráticos nos expone a zozobrar, a causa de las olas que levanta el viento con la corriente encontrada, y que blanquean el curso del río formando remolinos en las inmediaciones de las rocas de las orillas. El bote no

obedece al remo que nos sirve de timón, ni a los dos que, en las bandas, manejan Francisco y Patricio; las aguas lo oprimen, lo zamarrean, inclinandolo sobre sus bandas y arrastrándolo con rapidez vertiginosa entre las piedras donde las olas revientan con estruendo. El deshielo producido por los últimos días calurosos ha sido tan grande, que el caudal del Santa Cruz ha aumentado tres pies de ayer a hoy y barre todo lo que encuentra de una manera que impone. El bote carga un pie de agua en esta vuelta. Los puntos por donde habíamos pasado sirgando a pie hoy se hallan cubiertos y las barrancas donde chillaban los cóndores se desploman con gran estruendo al pasar nosotros. Luchando, salvamos la vuelta y la embarcación surca el trecho comprendido entre ella y el arroyo del Bote. El paradero del 13 de febrero está cubierto por el agua, pero las corrientes no han aumentado mucho en este punto por la poca pendiente. Acampamos a inmediaciones del arroyo citado, pero los puntos donde lo habíamos hecho antes están bajo las aguas, y no hay más remedio que atar el bote en la costa este y hacer campamento momentáneo a algunas cuadras, dentro del valle del arroyo donde Isidoro ha parado su tropilla. En las inmediaciones del bote no hay como hacer pastar los caballos, y debiéndose separar la comitiva mañana temprano, quiero que todos los expedicionarios cenemos juntos. Un avestruz que acaba de ser víctima de los perros, es comido con gran contento, sin dejar más restos que algunos huesos, pues la necesidad no admite desperdicios; en el bote sólo hay un fragmento de guanaco, y las municiones que nos quedan sólo son tres tiros de remington, seis de revólver y algunos de escopeta; son los únicos recursos que disponemos para llegar hasta la isla.

Al anochecer nos retiramos al bote, habiendo ya

combinado con Isidoro las señales que indicarán nuestra posición en caso de algún accidente desgraciado, pues en el diario del almirante Fitz-Roy encuentro que mayores peligros ofrece el descenso que el ascenso del Santa Cruz, y esta opinión vale. En compañía de Isidoro queda Patricio para que le ayude en la conducción de la caballada.

Cerca del bote no encontramos sitio suficiente para dormir, la pendiente de la meseta es demasiado grande para tender sobre su falda el recado y los quillangos, pero con la pala y el pico cada uno forma una pequeña cueva que cubrimos con ramas, y pasamos la noche lluviosa como antiguos trogloditas.

Marzo 17. — No ha aclarado aún cuando Patricio aparece en nuestro paradero; llora, no ha podido dormir. «Ha sentido algo en sus adentros que le dice que si lo hubiera hecho Chesko (a quien cree antropófago) lo hubiera muerto». Me pide que lo lleve en el bote. Me compadezco de él, envío en su reemplazo a Abelardo, y tomando la corriente continuamos descendiendo. En menos de cinco minutos desandamos el camino verificado en tres días; caminamos a 10 y 12 millas por hora, rapidez considerable para un bote de dos remos. Todos los bajos están anegados y pocos son los que se conocen de nuestros antiguos paraderos; las barrancas caen a plomo sobre el río y el polvo que producen al desprenderse los desplomes, llega hasta el bote. Con buena suerte pasamos los «Tres Cerros», remolineando el bote en las cavidades formadas por las corrientes encontradas que lo quieren absorber, y dormimos en la orilla del sur en las inmediaciones de la «Fortaleza». Varias veces hemos querido acampar, pero la velocidad de las aguas es tan grande que hubiera sido peligroso embicar en la costa; sólo el gran remanso donde lo hacemos, nos da buen atracadero para el bote y

bastante leña para pasar cómodamente la noche que se presenta muy fría.

Marzo 18. — Volando por sobre las aguas del río, llegamos hasta frente al punto donde había descubierto los fósiles, y a fuerza de pico, extraigo gran parte del cráneo del gran paquidermo. Varios restos de otros animales que recojo, me parecen pertenecer a la capa superior del terciario inmediato a la formación glacial.

Pasamos el cerro «Tres de Febrero», no siguiendo el cauce del río, sino por entre las islas de la margen derecha; el bote tiembla con el choque repetido del agua, y el ruido, semejante al que produce una pila eléctrica en acción y que resulta del roce del agua en los costados de la embarcación, aumenta de tal manera que impresiona; es difícil remar; la gran velocidad de la marcha apenas lo permite, y el menor obstáculo nos perdería a todos.

Nuestro campamento en la quebrada basáltica está cubierto por el agua; únicamente se distingue la parte superior del cairn que elevamos para señalar nuestro paso. Nos anochece frente a la meseta desnuda; la lluvia empieza a caer sobre el pequeño rincón que hemos elegido y lo convierte en un pantano.

Marzo 19. — A las 5 a. m. aún oscuro, continuamos la marcha sin parar; la crepitación del bote por efecto de la corriente se siente más fuerte que ayer. El paradero de Chickerook-aiken está inundado y el río tiene hoy en sus inmediaciones hasta cerca de 500 metros de ancho; en algunos puntos la fuerza de la corriente es tan grande que levanta olas, y ha habido momentos en que no obedeciendo el bote al timón provisorio, ha continuado descendiendo sin dirección a merced de las aguas, dando vuelta como si fuera vacío y abandonado.

A las once embicamos en el punto donde había-

mos dormido el primer día de nuestra marcha, cuando emprendíamos la fatigosa sirga; grandes fogatas de humos claros, señal de gozo y de próximo arribo, coronan las lomadas inmediatas, para avisar a los isleños el regreso de la expedición.

El río es ancho en extremo; la embarcación lo surca veloz sin riesgo alguno; no hay tropiezos y la alegría vuelve a renacer entre quienes se ven próximos al fin de las fatigas. Distinguimos el techo de la población de la isla y su chimenea que humea; está habitada pero no han conocido nuestras señales. Momentos después llegamos al islote que está situado antes de Pavón y donde los guindos y membrillos que ha plantado Piedrabuena reemplazan la pobre vegetación del valle. El blanco bote aparece en el canal frente a la isla. Hemos izado las velas y con ellas rasgamos las corrientes, haciendo doce millas. Las aguas se arrollan en la filosa proa que se levanta sobre olas de espuma; la embarcación ondula y los tripulantes saludamos gozosos la cultivada ribera. Son instantes estos de grata emoción; hemos cumplido lo prometido y las nacientes del Santa Cruz han sido por fin desveladas.

La margen norte del río está ocupada por varios toldos, que no conozco; el tiro de rifle, salva que anuncia nuestra presencia, ha alarmado a sus habitantes. Grande debe ser el asombro de los tehuelches que contemplan atónitos el curioso espectáculo incomprensible para ellos, de la llegada de un bote tripulado, que descende con velocidad increíble desde la cordillera, pues desde un recodo oculto los vemos ansiosos; los hombres observan en la orilla y las mujeres frente a las pintarrajeadas tiendas de pieles; los perros que presienten algo desconocido ahullan: todo representa la barbarie estática ante la civilización. De pronto el bote da vuelta a la pequeña isla y aparece esta vez nave-

gando gallardo a la vista de los toldos. Un clamoreo salvaje contesta nuestros saludos de alegría. Los hombres montan los potros en pelo y a todo correr, prorrumpiendo en alaridos, tratan de acortar la distancia que aun nos separa de sus primitivas moradas. Chesko les contesta con estentórea voz, sacudiendo al aire su quillango y descubriendo su bronceado cuerpo indígena. ¡Un indio en un bote descendiendo el Santa Cruz! Verlo y correr a los toldos, y armar una vocinglería infernal, es obra de un momento. Al pasar frente a ellos, las muchachas que han formado un grupo sobre la barranca, palmotean y vemos llegar a todo escape al gigante Collohue que había apresurado a los indios asombrados. Me saluda a gritos: ¡Coom'ant! ¡La incógnita se ha despejado — es el comandante que llega de las «Aguas grandes»!

En veinte y tres horas y media de navegación hemos desandado el camino hecho en un mes, lo que demuestra la gran velocidad de las aguas del Santa Cruz, y las dificultades con que se tropieza para remontarlas.

En esta isla no encontramos novedades de ningún género. Los indios que han acampado frente a ella son los de Conchingan y los del cacique Gumerto que vienen estos últimos desde las inmediaciones de Nahuel-Huapí, a conocer los campos de Santa Cruz. A la tarde los visito llevándoles aguardiente. Gumerto me dice que «tiene el corazón muy contento» porque conoce ya al Comandante, y que como pariente de Shaihueque ha oído hablar de mi visita al campamento del Rey de las Manzanas.

La mayor parte de los pocos indios que dependen de este cacique son de sangre pampa, de menos estatura que los tehuelches, y entre las mujeres jóvenes hay algunas muy bien parecidas. Contentamos a éstas, dándoles abundantes sartas de cuentas y mantas; los hombres se emborrachan con

aguardiente, y la noche se pasa entre llantos y alaridos. Sólo Chesko, contento con la presencia de la hermosa Losha, y luego melancólico con la bebida, no participa de la alegría general; con el Cooll'á, instrumento musical tehuelche, pasa rozando con hueso hueco de cóndor las cerdas del primitivo violín y acompañando a la triste armonía que arranca del sencillo instrumento, una especie de canto, compuesto de frases incoherentes, sin sentido común, que no son pronunciadas sino balbuceadas por el enamorado indio.

Noto en este toldo más mujeres que hombres, y algunas me dicen estar separadas de sus maridos; la causa de este alejamiento es que están en cinta unas y otras tienen hijos pequeños, y que por una costumbre de los tehuelches, el marido abandona temporariamente a su mujer, mientras ella se halla en ese estado y no vuelven a juntarse ambos hasta que la criatura tenga más de un año.

Marzo 20. — Tranquilo, durmiendo bajo techo, contento con los resultados del viaje, paso este día analizándolos. La exploración que acabo de verificar en las nacientes del Santa Cruz, donde he podido comprobar la verdad de la opinión de Fitz-Roy quien suponía que este río nacía en varios lagos, me ha revelado extensos territorios desconocidos que pueden ser aprovechados por sus propietarios los argentinos. El valle del Shehuen, espera los ganados que han de fructificar esa tierra hoy improductiva. Algunos parajes en él pueden utilizarse con ventaja para la agricultura. Las quebradas del oeste, donde los pastos hacen ostentación de hermosura, pueden alimentar miles de animales vacunos. Los ricos depósitos de carbonato de sodio atraerán la industria. Las minas de carbón del lago «San Martín» harán que el silbido del vapor se mezcle con el del hacha y del martillo. que aproveche los bosques que hemos visto en ese

solitario paraje y que los buques a vapor que llegan hoy a la bahía de Santa Cruz, vayan a buscar a través de cerca de doscientas leguas de ríos, lagos y canales, el combustible precioso.

Veo no muy lejano el día en que la hélice alborote las aguas de los lagos «Argentino», «Viedma» y «San Martín», y llene de vida la región hoy desierta. Los campos abrigados entre el lago «San Martín» y el «Viedma» pueden ser utilizados por estancias, y hemos de ver que el faro gigante del volcán Fitz-Roy, no tendrá por único admirador al temeroso tehuelche, sino también a los civilizados que lo estudiarán y buscarán en sus faldas las riquezas que revela la ciencia. El lago Argentino con sus bosques y los valles hermosos que lo rodean ofrece al hombre elementos de vida lucrativa. Dedicándose allí al corte de los hermosos árboles, que luego de arreglados en balsas, las aguas del lago y del Santa Cruz se encargarán de llevar al Atlántico, contribuirá esa población andina con las maderas necesarias a la construcción de las futuras colonias argentinas del litoral patagónico.

Los habitantes de la Bahía Santa Cruz no verán entonces descender como ahora, un bote como el mío, sino grandes embarcaciones que traigan al Atlántico las riquezas del corazón de la Patagonia y de los Andes. Donde hoy no hay más que soledad y desamparo, hemos de ver colonias florecientes, y la hoy poco visitada bahía de Santa Cruz ha de ser el punto más frecuentado de los mares del sur.

Marzo 21. — Abril 5 — Esperaba encontrar en este punto noticias de Buenos Aires de donde he salido hace 5 meses, y que el buque del capitán Piedrabuena debía traer. Defraudado en mis esperanzas, resuelvo dirigirme por tierra hasta Punta Arenas y tomar allí el vapor del estrecho. He empleado algunos días en el arreglo de las colecciones,

en la formación de nuevas y en la reconstrucción, puedo llamarla así, de la Capitanía Argentina que yacía abandonada en la Bahía Santa Cruz, sin techo, ni piso, ni ventanas, ni puertas y con el asta bandera en el suelo.

Abril 6. — Mayo 8. — Llenado este deber de argentino, dejé en la isla Pavón al teniente Moyano con los dos marineros, el muchacho y el bote, me despedí del señor Dufour a quien debo mil atenciones, y emprendí viaje al sud. Me acompañaban Isidoro y Estrella.

Aunque me proponía revisar detenidamente y por completo la región situada al sur del Santa Cruz, no he podido hacerlo en todas sus partes. Nuestras provisiones son sumamente escasas y consisten tan sólo en algunas tortas, regalo de la tehuelche Rosa, mujer de Manuel Coronel, otro buen gaucho compatriota que ha acompañado a Pertuiset a la Tierra del Fuego; a las tortas agrégase carne para un día y dos cajas de *paté de foie gras*, que a nuestra ida para el interior había dejado de reserva en la isla. Aumentan lo penoso del viaje el mal estado de los caballos y la extenuación de los perros, que es tanta, que sólo uno de estos, el bravo «Perrilla», ha podido acompañarme, aunque sin prestar el menor servicio. Esto nos advierte desde el principio, que no podemos contar con la caza y que debemos contentarnos con lo poco que tenemos. La necesidad hace prodigios y aunque algo escuálidos llegamos a Punta Arenas después de una travesía de siete días.

La sequedad del clima y la esterilidad del suelo, circunstancias desfavorables para la colonización de Patagonia, principian en Bahía Blanca, donde llueve mucho menos que en Buenos Aires; aumenta gradualmente en el río Negro y el Chubut; sigue en las mesetas, es decir en la región árida de que ya me he ocupado y alcanza a su

máximum en el grado 47 a 48, según los informes de los indígenas.

En Santa Cruz, el continente principia a enangostarse, disminuyendo la distancia entre la cordillera y el mar, y las lluvias vuelven a ser más frecuentes, aunque no de gran duración. El valle extenso que desde el río Chico se dirige hacia el oeste, hasta el lago «San Martín» regado por el río Shehuen, presenta extensiones de verdura, verdaderamente lujuriosa que contrasta con la aridez de las mesetas que la rodean, y durante el tiempo que permanecí allí en enero y febrero la temperatura era sumamente agradable.

Desde ese punto, a contar desde el grado 50 al sur, principia la zona útil, que fertilizan las lluvias, que siendo casi diarias en la Patagonia Occidental pasan sobre la cordillera poco elevada, y la riegan, de cuando en cuando, sin hacerla inhabitable, como en la opuesta. La vegetación raquí-tica de las mesetas, batida incesantemente por los vientos, al aproximarse a la zona mencionada, experimenta un cambio brusco sin acercarse aún a la zona andina. Su aspecto agreste impresiona agradablemente al viajero que acaba de atravesar la elevada pampa, donde el paisaje entero no presenta más que soledad y desamparo, y dónde sólo el guanaco inquieto, paca, espiado incesantemente por los pumas, que en ellos y en los avestruces hacen sus mejores presas.

Al sur de los lagos, desde la cordillera, praderas extensas, verdes de pastos tiernos y trébol, cubren los depósitos glaciales, y son esos los paraderos preferidos de los indios durante las grandes boleadas de caballos salvajes. Esta pradera la limita al sud la planicie de lava que desde el pie de los Andes se dirige en una extensión de 30 leguas al este, con mesetas basálticas gigantescas, que disminuyen gradualmente su altura, y de entre

las cuales, se levantan algunos volcanes extinguidos. De allí descienden varios arroyuelos, algunos de los cuales arrastran pajitas de oro; y desaguan en el lago «Argentino», en pequeñas bahías abundantes de pescado y en las que se bañan innumerables garzas y cisnes blancos, rosados flamencos, avutardas y patos. La planicie basáltica está cruzada de distancia en distancia por profundas quebradas que le son perpendiculares y llega hasta el «Abra de la Ultima Esperanza», donde cesa bruscamente, bañado su pie por las aguas marinas. En esos parajes, nace bullicioso entre rocas de lava, salpicada del verdor de los manantiales que se forman en las grietas, el río Gallegos que desagua en el Atlántico.

Desde las nacientes del Gallegos, el paisaje es distinto; se ven colinas suaves y onduladas, que principian en pequeñas mesetas y disminuyen en altura a medida que se alejan al sur, y hacia el oeste inmensos bosques, en las llanuras de Diana, forman un cordón albéreo, al borde de los canales.

Más al sur, se divisa la «Laguna Blanca», cuyo borde está situado a pocas millas de *Skyring Water*. El nombre de esta laguna se deriva del color de sus aguas tomado de la arcilla arenosa que cubre en parte el suelo.

En la laguna Blanca, los campos son magníficos, y allí viven los indios del cacique Papón durante grandes temporadas del año, alternándose con los valles fértiles de Coy Inlet y del río Gallegos.

Algo más al sur se encuentran excelentes mantos carboníferos que se extienden hacia el mar, hasta ser ocultados por él en marea alta. Ellos dan una importancia enorme a esa región, que continúa hasta el estrecho con algunas poblaciones, tales como «Palomares», en una llanura que está limitada al oeste por las aguas *Otway Water* y por las mesetas de la península de Brunswick cu-

biertas de bosques impenetrables que crecen entre las rocas erráticas, que a su turno ocultan las ricas capas de huella que se explotan en Punta Arenas.

Entre la parte norte de la región que acabo de describir a grandes rasgos y la costa del Atlántico sobre el río Santa Cruz, se extiende la mesa elevada, primero de 3000 pies, luego de 1500, 1150 y 900 formando otros escalones más pequeños hasta el río; todo terreno árido, aunque mejor que el de la margen norte, mejorando, a medida que se acerca al océano. El profundo valle escalonado del Santa Cruz, (antiguo estrecho interoceánico probablemente; según Darwin) como el Valle Coy Inlet y el del río Gallegos, no tienen extensiones fértiles notables. Desde su nacimiento en el lago, el río corre por entre rocas erráticas, mantos volcánicos y poderosas capas de cantos rodados, hasta las inmediaciones de la isla Pavón donde las mesetas bajas se apartan y donde el río se bifurca entre islas formando recodos de alguna importancia en ambas márgenes, hasta que se llega a la bahía, que desde el Atlántico se dirige al oeste, formando el pie de la gran Y, con los brazos del río Chico y Santa Cruz. En la bahía en el lado sur, hay pequeñas cuchillas con pastos regulares; pero el agua potable es escasa. Subiendo el primer escalón de la escalinata de mesetas, que forman el pedestal de los Andes en esas regiones, se llega a la altura de 350 pies, a una llanura con desigualdades insensibles, de mejores pastos que todos los que nacen desde el Chubut hasta allí, en el litoral, y que tiene pequeñas lagunas, unas dulces y otras saladas que abundan en cloruro de sodio que el capitán Piedrabuena extrae de cuando en cuando.

Más al sur se extienden las colonias del León, que principian en la costa del océano, elevándose 710 pies sobre el mar, hasta la cuarta meseta cuya altura varía de 850 a 1000 pies.

En esas colonias los pastos son excelentes, aunque duros, y el agua es escasa, pero cavando pozos hasta cruzar la capa de cascajo, espesa de 30 a 60 pies, se encontrará de muy buena calidad.

Esa es la mesa alta que se extiende desde Santa Cruz hasta Gregory Range, donde cae a pique, batida por las correntosas aguas del estrecho y es la que crucé en toda su extensión en mi viaje.

Al subirla, desde un poco más al NE. de *Chikerook-aiken*, la vista se dilata por una extensión inmensa, bastante parecida a la pampa del sur de Buenos Aires, sin límites y sólo al SO. se ven azuladas y tenues las lejanas mesetas cercanas a la cordillera.

A medida que se adelanta hacia el sur, el terreno mejora, se penetra en algunos cañadones que hacen recordar las inmediaciones de las sierras del Tandil, y cruzandó una quebrada transversal, pasando después los «Tres Chorrillos» preciosos manantiales de agua dulce, que se pierden en una laguna salada y en cuyos alrededores viven a veces los indios, se vuelve a subir a la meseta.

Así consecutivamente por entre lomadas suaves y lagunas saladas a las que acompañan casi siempre pozos dulces, se llega a Coy Inlet, punto extremo a que alcanzan las salinas verdaderas y que Darwin da como situado en las inmediaciones de San Julián, dos grados más al norte.

La vista de Coy Inlet es pintoresca, es hoya de un río antiguo o quizá de un estrecho marino, que cruza de este a oeste. Sigue esa línea un arroyo tortuoso, entonces seco, que me indicó que no nace en las montañas nevadas por que era ese el tiempo de los deshielos, como lo había notado poco antes de las nacientes del Santa Cruz. En un ancho de dos leguas, tiene campos buenos para pastoreo, que aprovechan los indios en el punto llamado *Uajen aiken*.

Desde Coy Inlet a río Gallegos, los campos son aún mejores.

El río Gallegos es el paradero principal de los indios, sobre todo en *Guerr-aiken*. Allí, los encontré, pero como estaban en gran borrachera, sólo pude conversar con algunos, y esto, de paso. Esos parajes son de gran porvenir, y es lástima que el tehuelche, antes de una sobriedad extrema, se extinga rápidamente a causa del alcohol que los *cris-tianos* les venden.

El río Gallegos corre con una velocidad media de cuatro a cinco millas por hora y se alimenta de las nieves que en invierno caen en las altas mesetas volcánicas y en las sierras inmediatas a la cordillera. Nace de dos brazos que a corta distancia se juntan, recibiendo además dos pequeños arroyuelos que riegan una extensión regular al sur del río principal. El valle puede ser utilizado para la agricultura y ganadería.

En ambas orillas, sobre las mesetas, principian capas de lava que las cubren hacia el sur, en enormes rocas negruscas, que como murallones inmensos se levantan de las colinas fértiles, sembradas de grandes fragmentos de columnas, semejando una ciudad antigua destruída.

Los distintos paisajes sombríos que se admiran entre los manantiales que se destacan de la masa oscura del basalto y las tranquilas lagunas saladas que ocupan hondonadas, quizá cráteres antiguos, y a cuyas orillas el guanaco centinela da su grito de alarma, traen a nuestra memoria los espantosos cataclismos que han formado esas masas tristes. El fuego y el hielo han dado su relieve a esa región.

Todás esas elevaciones, muchas ya marcadas en las cartas geográficas, y que se extiende desde cerca del Cabo Vírgenes, son pequeños volcanes extinguidos submarinos en un tiempo independientes

del sistema andino y cuya mayor altura parece ser ahora de cerca de mil pies sobre el nivel del mar.

Las capas de lava que se extendieron bajo el mar antiguo, se han inclinado cuando el levantamiento de las mesetas terciarias, al que contribuyeron ciertamente esas fuerzas volcánicas, y han salido algunas de ellas de 150 a 200 pies sobre el nivel medio del terreno en forma caprichosa como el «Monte Aymon», «Los Frailes», «Las Orejas de Asno», «El Volcán», «Los Bonetes», etc.

Esa formación volcánica, entre el estrecho y el Gallegos, se dirige hacia el ONO.

En la región comprendida entre el Gallegos y las barrancas de San Gregorio donde se elevan esas capas, parece que el levantamiento no se ha hecho de una manera tan igual como en el resto de Patagonia, y allí los hielos la han bosquejado con rasgos más pronunciados. El camino serpentea por sinuosidades caprichosas, unas veces en bajos ocupados por lagunas y manantiales, formando valles preciosos, otros tantos paraderos indígenas; otras en elevaciones que, cubiertas de pasto, dejan ver a intervalos grandes piedras erráticas.

Llegando al límite de la meseta, el paisaje cambia; a la derecha, la línea azul y blanca de las montañas nevadas se destaca del fondo oscuro del cielo tempestuoso de occidente; a la izquierda la punta de San Gregorio, luego las angosturas que como fajas de plata, forman el estrecho, y más allá, de color rosado-pálido, envueltas en la bruma y en el humo de los incendios, característicos de la índole salvaje de los habitantes, se divisan las mesetas fueguinas. Al frente, en el bajo que termina en el estrecho y en la elevada península de Brunswick, la campaña ondulada y verde más aún que las pampas de Buenos Aires, cruzada de hebras cristalinas y adornada de pequeños bosquecillos de «calafate» que proporcionan deliciosa fruta y

de algunas lagunas dulces y saladas que llegan al pie de los mamelones glaciales; imitando todo un inmenso parque inglés, con sus prados, bosques, lagos y montañas artificiales.

El camino sigue al sur, bordeando al oeste, una línea de colinas bajas glaciales, antigua moraina que señala un período de reposo de algún ventisquero prehistórico, el que cruza el «Dinamarquera» arroyuelo rápido con pequeños saltos que corre entre bellas plantas acuáticas y desagüa en el estrecho; regando una gran extensión de tierras fértiles, producto de innumerables generaciones vegetales que las han cubierto con una riquísima capa de *humus*.

La región continúa así, con pequeñas alteraciones, hasta la Cabeza del Mar, canal marítimo que se interna desde «Peckett Harbour», formando una angostura que concluye más adentro en un bonito lago salado que casi toca a «Otway Water».

Al oeste del canal ya principian los árboles y se ven pequeñas agrupaciones de *fagus*, que dan sus nombres a ese paradero, «Los Robles», y la llanura feraz que colorean los frutos de la *chaura* y de la *mutilla*, se extienden hasta el Cabo Negro, surcada de arroyos que bajan de la península hasta el estrecho. El cielo claro de las regiones australes embellece ese paisaje que no tiene nada de la monotonía de las mesetas ni de la severidad de las montañas.

La región que he descripto y que presenta tan alegres paisajes, donde la vida parece ser más abundante que en el resto de la Patagonia, ha sido el resultado de una de las revoluciones más terribles del globo.

El período glacial ostenta allí toda su terrible acción y sus detritus, provenientes de los gigantes ventisqueros que avanzaban en otro tiempo hasta el Atlántico y que han arrancado de las

montañas esos enormes fragmentos que miden hasta 1000 metros cúbicos, llevados allí por los hielos flotantes, proporcionarán, con los depósitos vegetales, riquezas importantes al pionner que en el porvenir los trabaje.

Los cambios que se han producido en Patagonia desde el principio de la época terciaria permiten admirar allí la fuerza portentosa de la naturaleza.

En el período eoceno, la tierra se eleva del fondo del océano, y alimenta monstruos fósiles terrestres parecidos al *Dinoceras* del mismo tiempo en Norte América y que desconocidos aún en esos parajes, he tenido la suerte de encontrar en dicha capa geológica, cuya existencia he revelado en Patagonia. Luego se sumerge y permanece quieta durante un número indefinido de años que la geología no cuenta, período que se nota por la horizontalidad de las capas. Más tarde, vuelve a mostrarse en la superficie y nutre árboles enormes, cuyos troncos petrificados se ven en las inmediaciones de la cordillera, y curiosas formas animales y el mar alimenta en sus costas lobos marinos, delfines, enormes saureanos y tiburones, y moluscos. A su turno esta capa vuelve a desaparecer en las profundidades del mar hasta 800 pies más o menos, y bajo ella se depositan entonces los basaltos en mantos tan gruesos que alcanzan hasta 400 pies. En seguida de este mar de fuego, llega el mar de hielo a aumentar el espesor de las mesetas, con detritus de 250 pies en algunas partes.

Después, por un movimiento lento, la Patagonia se despoja de su manto glacial, elevándose en partes hasta tres mil pies sobre el mar. Y este levantamiento continúa todavía: se nota en la costa, desde Buenos Aires, cuyas pampas quizá se deben a los hielos, y he visto lagunas saladas con conchas actuales y vivas todavía, que en la región fértil

del estrecho se han alzado hasta una altura mayor de 100 pies!

«Cabo Negro» es precioso paisaje, rodeado de bosques y de pequeños prados pastosos que alimentan una cantidad regular de ganado de una estancia chilena, situada frente al cabo, desde el que se domina a la isla Isabel, punto poblable.

Desde allí en una extensión de 10 millas es preciso hacer el camino por la costa, cubierta de grandes piedras erráticas y troncos de árboles que las aguas del estrecho bañan incesantemente. Compénsase la molestia del viaje con la impresión que causa el ruido ritmado de las olas y del bosque espeso y florido que lo verdea, haciéndolo delicioso para el viajero. A lo lejos, al sur, divisase la cresta de los montes Sarmiento y Darwin, cuyo «hielo se ha vuelto azul, a fuerza de envejecer» y que aparecen dorados por el sol.

Quince millas dista Punta Arenas del Cabo Negro y se llega a ella atravesando el arroyo «Tres Puentes», a cuyos bordes se levanta un aserradero a vapor que reduce a tablas los árboles seculares para emplearlos en los edificios de Punta Arenas e Islas Malvinas; y cuyo denso humo, indicio de civilización, se detiene en las copas elevadas de los coigües que llegan hasta treinta metros de altura. Desde «Tres Puentes» se extiende una preciosa llanura, en la cual viven los pocos animales que tiene la colonia, que está situada en la falda de la meseta separada de dicha llanura por el «Río de Oro», que arrastra en sus bulliciosas aguas pepitas de ese metal e inmensos troncos de árboles aún más valiosos.

Luego de recorrer durante algunos días las pintorescas inmediaciones de Punta Arenas transpórtame a Montevideo en el vapor inglés «Galicia» y después de una deliciosa navegación desembarcaba el 8 de mayo de 1877 en Buenos Aires, contento

con este viaje que me ha dado motivo de apreciar la gran importancia que tienen para nosotros las feraces tierras inmediatas a los lagos y las que se encuentran entre el «Gallegos» y Punta Arenas, futuros asientos de ricas colonias nacionales; y que me había convencido que la región vecina al estrecho, en vez de ser árida, como se creía, es quizá, la tierra más fértil de la parte austral de la república.

El río Santa Cruz que tanto ansiaba conocer, habíalo recorrido en toda su extensión y por esa hermosa vía fluvial, que, a pesar de la velocidad de sus aguas, creo que puede ser navegable para vapores de 12 pies de calado y de gran fuerza, había llegado a los hermosos lagos andinos. En ellos había vivido la vida del trópico y del polo; había comido hielo flotante de los ventisqueros eternos que baten las olas lacustres a sólo 500 pies sobre el mar, en parajes situados a la misma latitud de París; había admirado la majestuosa cordillera, con su manto de hielo en su cima y su guirnalda arbórea en su base; había en los mismos días, navegado al lado de los témpanos y habíame internado en los bosques vírgenes que recuerdan el trópico; en fin, los lagos Argentino y San Martín, situados a los lados del lago Viedma, habían sido revelados a la geografía de la patria, y, con la ayuda de mis compañeros, había agregado algunas noticias más a las que teníamos sobre las tierras australes.

En fin, había cumplido con el grato deber de dar cuenta al gobierno de la nación que la «Llanura del Misterio» del Almirante Fitz-Roy, había sido explorada, y que las planicies que los marinos ingleses llamaron del «Desengaño», albergan hermosos lagos, donde pronto navegarán las naves argentinas.

73°

49°

Volcan Fitz Roy
7000 p'

M^{te} Lavalle
4000 p'

LAGO SAN MARTIN

Mesa

de los Andes

4000 p'

Kell aiken
M^{te} Kachai

LAC TAR

M^{te} Pana
3000 p'

PAIS MONTAÑOSO

Keharr aiken

Basalto
Kaper aiken

LAGO VIEDMA

MONTAÑAS

50°

Cordillera

Castle Hill
4600 p'

Bobler Hill
7000 p'

M^{te} Avelkmeda

LAGO ARGENTIN

Cerro de Mayo

P Bandera

Ede los Ciervos

M^{te} Buenos Aires

M^{te} Elias
3600 p'

M^{te} Moyano

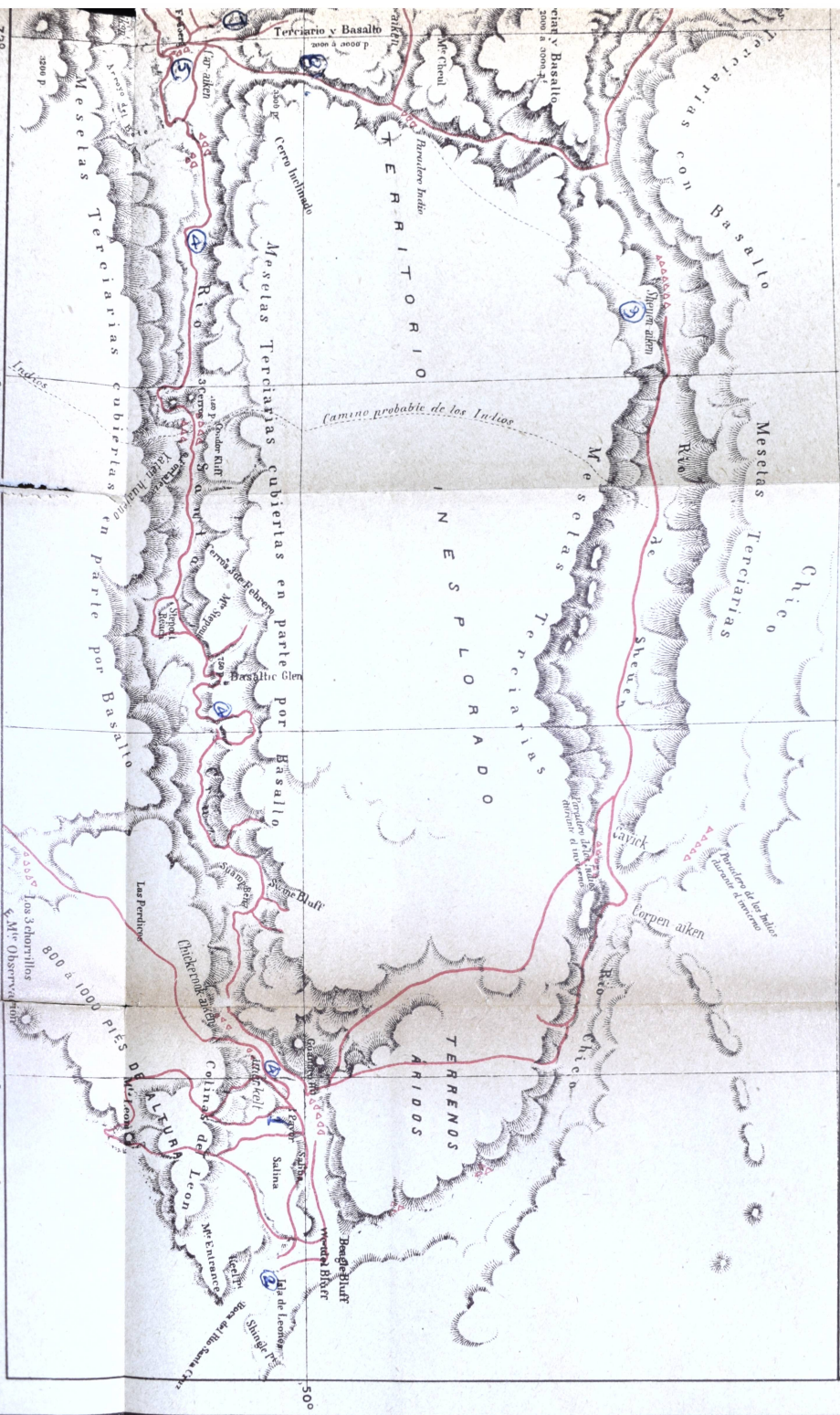
M^{te} Stokes
6400 p'

73°



720 710 700 690

720 710 700 690



T E R R I T O R I O

N E S P L O R A D O

T E R R E N O S
A R I D O S

P I E S
800 a 1000

U T B U B A
de Leon

ÍNDICE

	Pág
Al lector	
Primeros ensayos	
Preparativos — Partida — Llegada al Chubut . .	1
Excursión a la meseta norte — Tumbas indias . .	2
La bahía de Santa Cruz — Llegada a la isla Pavón	5
Excursión a las Salinas y a la isla de Leones . . .	6
Una visita de indios patagones — Excursión a She- huen-Aiken — La toldería — Vista de los Andes	8
Ascensión del río Santa Cruz .	9
Llegada al lago	13
En el lago Argentino	16
Excursión hacia el norte — Las tolderías . .	18
El lago San Martín — El lago Viedma	19
Excursión al Oeste — Los Andes — Descenso del Santa Cruz — Viaje a Punta Arenas — Con- clusión	21